

Tray Mocha

REVISTA

SEMANAL



"COQUETERIA"

N.º 830

20.3.1928.





FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912.

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVII

Buenos Aires, marzo 20 de 1928

N.º 830

ESPRONCEDIANA, por Rojas



HOJAS DEL ARBOL CAIDAS,
JUGUETES DEL VIENTO SON;
LAS ESPERANZAS PERDIDAS
SON HOJAS, ¡AY!, DESPRENDIDAS,
DEL ARBOL DE LA ILUSION.



(Conclusión).

VI

Ha caído el viento y hay luna. Su pálida luz que no alcanza a iluminar completo las cuencas profundas de los valles, pone sin embargo reflejos de nacar en todos los picos nevados, que destacan como centinelas las masas sombrías de la cordillera lejana.

Silverio Mulchen sale del cuarto de su patrón.

—¿Entonces—dice—lo mando a Picún a traer la leña y el otro a sacar el cuero?

—Eso es, y recoméndale mucho que revise bien los matorrales porque debe haber más capones muertos.

—¡Ah, ah! y yo voy a tratar de llegar hasta lo de don Facundo, después de la recorrida, a ver si ha terminado el trabajo.

—Como quieras.

La silueta del capataz se recorta nítida sobre el cuadro de luz de la puerta y la rubia cabeza de Jaime, inclinada ante la lámpara, tiene reflejos de oro.

—El bozal no ha aparecido — continúa Silverio —, se lo ha llevado nomás a la hija, el chilote Galván.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí, ya sabe lo pícaro y lo ladrón que es, ¿por qué lo dejó dentro?

Cada vez que dentro se alza con alguna cosa.

—¿Y qué querés? Como vino para hacerme un servicio... ¿Pero qué mirás?

El capataz, que ha inclinado el cuerpo hacia afuera, reclama silencio con ademán expresivo.

Jaime se incorpora expresivo...

—¿Qué, ché?

—¡Apague la luz, patrón!

Jaime obedece instantáneamente y luego se acerca cauteloso.

—¿Qué hay, ché?

—No sé, me pareció...

—¿Algún bulto?

—No, un tropel.

—¿Por dónde?

—No sé; ¡cállese!

Y Silverio, después de avanzar algunos pasos, se detiene en medio del patio y poniéndose en cuatro pies aplica cuidadoso el oído a tierra... En ese mismo instante se oye un ladrido de alerta del lado de los galpones y acto continuo el tropel de los perros atraviesa el patio a la carrera.

—¿No ve? Ya lo sintieron...

—¿Y qué será?

—No sé, patrón, pero tenga cuidado. Yo voy hasta la cocina a alzar el "guincher" y a despertar a los otros...

Jaime, al quedarse solo, procura oír. Los perros han salido al campo, y ladran ahora desesperadamente, allá en la huella que conduce al paso del río. Con semejante algarabía es imposible distinguir nada... Jaime entra entonces en su cuarto, para cefirse el cinto americano de su Colt 44 y toma una carabina que está sobre la mesa. Se ve por la vacilación y la lentitud con que se mueve que todo su pensamiento está reconcentrado en otra cosa. En el momento en que sale llega Silverio al trote con su winchester en la mano.

—Están pasando el río — dice jadeante. ¿No oye cómo los carga la perrada?

—¿Y, vos qué pensás que sea?

—¿Y?, los presos no son...

—¿Cómo sabés?

LA EVASION

Por Benito Lynch

—Por qué son pocos y por qué la mayoría trae mulas... Es gente de más arriba, a la hija... ¡Oiga!, ya galopan por el camino... Para mí que son milicos... Aunque los perros arman una

batahola infernal con sus ladridos, Jaime distingue, ahora claramente, el rumor característico que producen las cabalgaduras al galopar sobre el cascajo, pero sus ojos no han percibido nada todavía, cuan-

LOS PRECURSORES

Mirad la sombra de esas almas: todo trasciende a gloria en derredor de ellas: sus plantas baten nuestro mismo lodo, pero bañan su frente las estrellas:

Darwin la vista hacia el misterio tiende, y absorto de la vida en el proceso, a través de la célula sorprende la escala misteriosa del progreso.

Renán, apóstol de la vida nueva, abandona las criptas conventuales: y, hecha un águila audaz, su mente eleva la curva de sus vuelos inmortales.

Marx funde en los crisoles de su genio los anhelos de un mundo igualitario, y rompe en su dramático prosenio las cadenas de bronce del salario.

Dostoiewsky, en su cárcel de Siberia, ilumina la tumba que lo inspira, con el vago fulgor de su miseria y el relámpago rojo de su ira.

Zola, vuelto a los míseros de abajo, predica el Evangelio del Futuro, y dice: Amor, Justicia, Paz, Trabajo, ¡santas palabras del ideal más puro!

Tolstoy, con su pupila de vidente, ve en sus místicos sueños de patriarca la esperanza del bien sobre su frente, como el ave del cielo sobre el Arca...

Kropotkine, el espíritu sin brida, semejante al caballo de Mazeppa, atraviesa, luchando, por la vida, las nieves desoladas de la estepa.

Ibsen, absorto en su creación, tranquilo, entre el presente y el futuro, media: y en el yunque titánico de Eskylo, forja sus personajes de tragedia.

Wagner, soberbio ante la turba necia, sueña un arte de gloria soberana, y reconstruye el Partenón de Grecia para el pueblo ateniense de mañana.

Víctor Hugo condena el universo, y hecho para los pérfidos vestigio, encarna el Porvenir, y da, en su verso, el verbo formidable de su siglo.

Ricardo ROJAS

do ya la voz de Silverio confirma satisfecha:

—¡Ah, ah! ¿No le decía? Son milicos; he visto relumbrar un latá! ¿No ve? ¿No ve?

El pelotón lleno de tintineos y de ludimientos marciales, hace alto al borde del patio y una voz varonil y bien timbrada, interroga en la sombra:

—¿Está ahí el patrón?

—¡Yo soy! ¿Quién es usted?

—Soy Sutton, oígame una palabra, Frasser...

Jaime, que siente, sin saber por qué, como el aletazo de un presagio aciago, al oír aquel nombre, se apresura a acercarse:

—Adelante — dice. — Bájase, teniente.

El célebre oficial de policía se deja resbalar sin prisa, de su no menos célebre alazán roano, sobre cuya paleta sudorosa, relumbran los cañones de la carabina, y estrechando la mano del joven, dice sonriente:

—¿Cómo le va, Frasser? Necesito que me preste algunos caballos y mulas... traigo la mancaronada deshecha y tengo que incorporarme con Aquino, si es posible, antes de que amanezca.

—Pero, ¿qué pasa, Sutton?

—Pasa una cosa muy rara, amigo, — y el teniente baja la voz como para que su gente no le oiga.

—Vea; esta mañana recibí un parte del comisario aguillera, ordenándome que tratara de incorporarme cuanto antes con el teniente Novillo en M., porque se habían evadido una punta de presos que a todas luces seguían la costa del Picún-Leofú y que habría que atajar antes de que llegaran a las quebradas de Chuchil... (Pero apenas me había movido de mi destacamento en el rumbo indicado, cuando me alcanza otra chasque, a las dos de la tarde, con la orden terminante del subcomisario Freire, de dirigirme a mata caballo a la estancia de Brown, en las costas de "El Zapato", para incorporarme a Aquino esta misma noche, porque al viejo Aguillera, según parece, los evadidos le han pegado esta mañana una revolcadura jefe, en Las Lomas Negras... ¿Qué me dice, Frasser? ¿Qué desmedrados! ¿Qué hijos de perra!

Jaime, que siente que el corazón se le rompe de angustia, balbuceó como en un sueño:

—¿Pero, las Lomas Negras, teniente, están allí, de ese otro lado, sobre la costa del Neuquen y no sobre las del Picún-Leofú, como se ha supuesto no sé por qué. — Y el teniente continúa sin reparar en el trastorno de Jaime: — ¡Y ahora que les echen un galgo! Si no los ataja la policía chilena, me parece que nosotros no les vamos a ver el polvo:

—¿Y por qué?

—¡Caracho! Es casi seguro que cuando yo pueda juntarme con Aquino ellos ya habrán pasado "El Zapato". Tengo como ocho leguas de mal camino por delante y todavía es posible que deba esperar al otro si viene mal montado.

A Jaime le tiemblan las manos. Siente como un impulso de saltar sobre aquel hombre y morderle en el cuello como un impulso insensato de correr a través de los campos lanzando alaridos... Pero se domina con un esfuerzo formidable de su voluntad y dice de un tirón, apretando los dientes:

—Bueno, entonces no perdamos tiempo... ¡Silverio! Que echen la caballada en el corral y que me ensillen el doradillo... Yo voy con usted, teniente.

VII

A las dos de la mañana, y al llegar con el piquete policial a la pulpería de "El Chileno", arrasada por la horda frenética, recién tiene Jaime la confirmación absoluta de su atroz desventura. Al principio, eran noticias vagas, incompletas, contradictorias, que dejaban siquiera un asidero a los afañes de su loca esperanza, y que le impulsaban a espolear su caballo sin descanso ni tregua; pero allí en el patio obscuro de la pulpería, y entre el círculo de las calbalduras inquietas, recibe de la boca temblorosa y desquijada aún por el espanto, de uno de los mozos del mostrador del infeliz pulpero asesinado, el primer mazazo brutal de su infortunio: derrotado y muerto Aguilera en Las Lomas Negras, asaltada y saqueada la estancia de don Bruno Valles, asaltada y saqueada la estancia de Dougal...

En medio de un silencio trágico, que sólo interrumpen el sordo y ansioso jaderar de las bestias y algunos ludimientos metálicos de sales y de espuelas, arrimado al estribo de Sutton, que le escuchaba sin desmontar, el mozo de la pulpería, un muchachón rubio y tímido, a quien llaman "por mal nombre" "El Chanchito Colorado", con voz quebrada expone lo que sabe:

"Es aquello una horda imponente, incontenible; una horda frenética, que borracha de alcohol, de libertad y de crimen, va matando, robando y violando, en tanto que se desliza por los caminos como una gran serpiente roja y negra, roja de sangre y negra de infamia, en procura de la cercana cordillera para pasarse a Chile..."

Es un relato, el del mozo, que subleva la sangre, que arranca suspiros de coraje de todos los pechos. Sólo un hombre de la pasta de Sutton es capaz de escucharlo con su eterna sonrisa en los labios y repitiendo uniformemente, de vez en cuando: "¡Qué desmedrados! ¡Qué hijos de perra!"

"Llegaron al dentrase el sol-gime el "Chanchito Colorado" al estribo del teniente; — llegaron al dentrase el sol; eran como cien y todos venían mamaos... Aquí estuvieron chupando y bailando; tráiban una punta de mujeres sacadas de las estancias y las hacían bailar y tocar el piano a la fuerza..."

—¡Qué desmedrados! ¡Qué hijos de perra!"

El doradillo de Jaime pega un bote enorme, gira como una peonza sobre sus remos traseros y con un brusco tabletear de trueno, gana el campo por el portillo del patio, como una exhalación...

—¿Y eso? — pregunta el teniente sorprendido.

—No sé — contesta sordamente Silverio Mulchen — al patrón se le debe alzar el caballo — y sin decir más, pone su malacara a gran galope...

VIII

Como un inconsciente, como un poseído, como un raudo fantasma negro empujado por un ventarrón de pesadilla, Jaime Frasser retorna el camino a toda rienda.

En la primera legua, ni piensa, ni ve, ni menos oye los gritos sal-

vajes de Silverio Mulchen, perdidos como suspiros entre el furioso redoblar de las patas.

Corre como un indio loco a espuela y rebenque y con la misma

decisión insensata y suicida, lanza su caballo contra los más agría re-
pechos, que lo precipita en el vértigo de los hondos barrancos.

Es un milagro que no se hayan

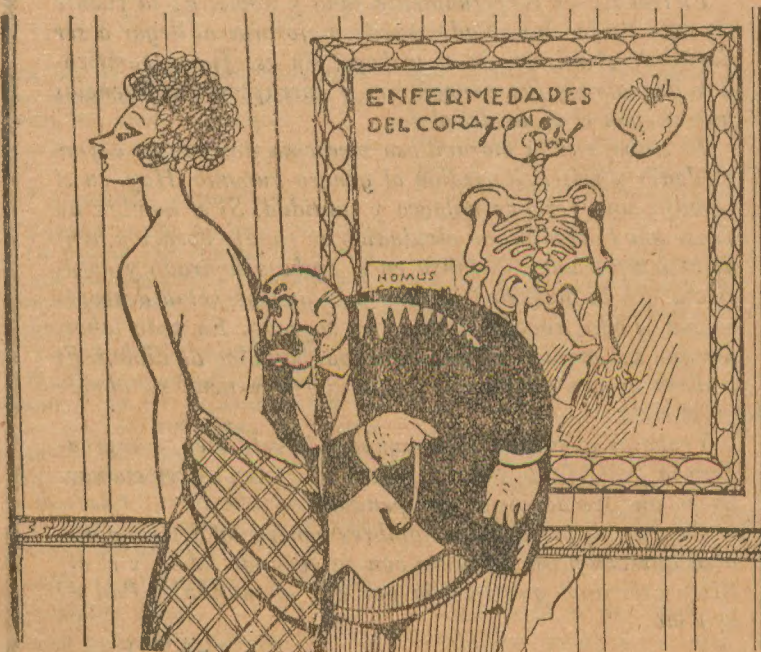
LAS GRANDES PALABRAS

Ciertamente tiene la vida momentos y aspectos que hemos subrayado con palabras excelsas, como si significaran la aparición milagrosa del espíritu. Sin embargo, no olvidemos que aquellos estados y fases donde un día pudo mostrar el alma sus encantos, en la mayoría de las veces sólo son grandes palabras. Tales son la amistad, el amor... ¡En cuán pocos casos tienen un contenido!... Responden a requisitos externos, pero huérfanos de realidad espiritual. El soplo de la divinidad las redime y vivifica. No serán duraderos, ni leales, ni abnegados, ni la amistad ni el amor, si se apoyan sólo en relaciones de A y B y no entre la humanidad de A y B. Hay que amar a Dios sobre todas las cosas; es decir: ser inagotable en el amor. Muchos necesitan que los amen para ser amados, y entonces devuelven la misma cantidad que reciben. Es una operación matemática. Pero pocos aman generosa y activamente, ofreciendo toda la sangre.

Queda el respeto a la santidad de las palabras, y los hombres ven algo de miserables, pretenden engañar al espíritu manteniendo las apariencias. A la postre sufren los daños de su conducta y expían duramente sus faltas. Y, fuera de esos casos, de esos aspectos y fases, señalados con palabras excelsas, ni siquiera guardan las apariencias, como si la vida no fuera una continua oportunidad de mostrar la grandeza del alma. Un poco de abnegación, un poco de sacrificio para los días de fiesta, del amor, de la amistad... y en los demás, vivir para uno mismo, ensayando retardar el instante de la muerte. Este vivir para uno mismo es la forma más usual de vivir de las gentes; su camino es un desierto, donde no brota jamás una fuente que apague la sed de la jornada ni un árbol a cuya sombra poder descansar.

Y sobre el fondo yermo de esas vidas apenas si brotan esas flores del espíritu — la amistad, el amor; — pero, aun entonces, ¡qué pálido es el recuerdo del alma! ¡Qué pocos hombres tienen la dicha, en el amor, de que se repita el milagro de las bodas de Caná! ¡Qué pocos hombres tienen la suerte de que asista Dios a sus nupcias! ¡Qué inmensa plenitud del espíritu! Sólo con la presencia y regalos del amor y el agua puede convertirse en vino.

V. García MARTÍ



—¿Es usted taquicárdica, señorita?
—No, señor; soy taquimecanógrafa.

matado ya, y Silverio Mulchen, que en principio trató de alcanzarlo a una de buen caballo, pero que convencido de la inutilidad del esfuerzo, le sigue ahora a un galopito resignado, espera en cada segundo la consumación de la catástrofe.

Pero Jaime reacciona al cabo. Le obliga a ello una tremenda costalada del doradillo sobre el manto de cascajo de la manta de un cerro...

Cuando se incorpora y vuelve a montar de un salto, aunque siente en la pierna derecha una extraña pesadez de plomo, el mozo comprueba con desesperación, que su caballo apenas puede andar. En vano lo incita, en vano lo castiga hundiéndole sin piedad las espuelas en el vientre para obligarlo a correr, para lanzarlo de nuevo en aquella furia salvaje, que es lo único que puede calmar la ansiedad de su espíritu. ¡Inútil empeño! El doradillo no puede ni galopar siquiera. Está rengo de la pata derecha y además ha sufrido una mancadura tan grave del encuentro, que parece despaletado. En cuanto quiere apurarse, se va de hocicos.

Entonces Jaime continúa como puede su camino, pero hay en sus ojos azules lágrimas de dolor y vértigos de locura.

¡Oh! un caballo, — piensa — un caballo cualquiera, nada más que para llegar hasta ella y salvarla o morir por lo menos ante su vista, como un hombre, como un macho, como un perro leal, con los dientes clavados en el cuello de algún miserable!

Pero el campo está tan desierto y silencioso, que a Jaime le parece que el desastre que acaba de caer sobre su alma, se ha extendido a toda la naturaleza viva, matándola o haciéndola desaparecer en las entrañas de la tierra, para dejar tan solo en la superficie y a la curiosidad de las estrellas, el espectáculo único de su gran dolor, paseados por los caminos solitarios sobre aquel triste caballo claudicante.

Jaime siente remalazos de rebelión y de ira que le hacen erguirse violentamente en los estribos: ¿Qué está haciendo? ¿Qué se propone? ¿Cómo podrá llegar así nunca hasta aquel cerro de maldición que tiene ante los ojos y que parece alejarse a medida que su ansiedad aumenta?

De pronto, se queda como deslumbrado: A menos de una cuadra de distancia, la silueta de un hombre, jinete en una mula, blanca o tordilla, acaba de surgir ante su vista. Viene en sentido contrario, y al parecer, no le ha advertido todavía.

El mozo siente que la emoción le ahoga, que la sangre le martillea las arterias. No piensa en otra cosa sino en que allí viene una cabalgadura, en que allí viene su salvación enviada por la Providencia, y por eso, incontinenti, y sin apartar de la presa sus ojos avezados de cazador de guanacos, Jaime se desliza cautelosamente del doradillo y extrae su carabina del recado. Le tiemblan las manos y aunque experimenta un dolor intenso en su pierna derecha magullada, avanza a pie al encuentro del pasajero, con el caballo de la rienda.

—¡Ojalá que fuera un conocido!

Pero Jaime se equivoca. El hombre, tan pronto como lo ve, hace rayar su mula en una brusca sofrenada y se apresura a apartarla del

camino para describir un gran rodeo.

—¡Oiga, amigo — llama Jaime con voz insinuante; — oiga, señor!

Pero el hombre aquel, ya sea por timidez o por una larga experiencia en los peligros de travesías nocturnas, lejos de escucharle, aplica dos sonoros "pencazos" a su mula y la echa al galope por la falda.

—Oiga, señor, — repite Jaime; pero el viajero no quiere oír nada y dispara ya francamente por la ladera del cerro como un guanaco asustado.

El mozo pierde entonces la cabeza y con los ojos lucientes de fulgor homicida, mueve la palanca del winchester y se lo echa a la cara; —¡Tomá, trompeta!

Pero en el mismo instante en que su dedo oprime el disparador del arma, Jaime oye a su espalda el tropel de un caballo que se le echa encima y la ronca voz de Silverio Mulchen que le grita angustiada:

—¿Qué hace, patrón?

—¡Vos, Silverio!

—Sí; ¿qué iba a hacer patrón?

—No sé; dame el caballo.

—¿Para qué?

—¡Tengo que seguir; dame el caballo!

—¡No, patrón, no!

—¿Cómo que no?, ¡indio trompeta! Y al decir esto, el joven con los ojos extraviados por la ofuscación de su ira, levanta el winchester... Pera Silverio no se intimida:

—¡No, patrón — dice, — no, patrón; yo no lo dejo que se haga matar al cuete!

Tras un segundo de vacilación, Jaime se lanza hacia el caballo; pero el pecho de Silverio Mulchen lo detiene como una muralla.

—¡Mirá Silverio que te mato!

—¡No, patrón, hágame caso!

—¡Largame, te digo!

—¡No, patrón!

El estruendo de un tiro que devuelve multiplicado el eco de todos los valles, retumba de pronto, insólito y bárbaro.

—¡Ahí está! — exclama Jaime con una extraña voz entre espantada y triunfal, y mientras el capatás, de bruces en el suelo, hace esfuerzos inútiles por incorporarse, el patrón, con el winchester en la mano, monta de un salto el malacara y lo precipita por la falda del cerro, entre un turbión de cascajo...

IX

Las primeras luces del día comienzan a teñir con tonalidades de nácar rosa la nieve de las cumbres, cuando Jaime Frasser, que acaba de vadear el pedregoso cauce de "El Zapato", descubre por fin, surgiendo de una hondonada, los ansiados y trágicos pinos de la pulpería de "El Inglés".

El corazón le da un vuelco al divisarlo y sus dedos entumecidos se crispan ansiosos sobre el almacén de su carabina. El mozo sabe muy bien que en ese valle, que detrás de esa cumbre que va a trasponer en breve, está ella, está Mabel; está su vida entera ultrajada, pisoteada, deshecha y está también la Venganza y está la muerte.

Por eso, aunque no tiene plan alguno, no sabe por lo tanto, lo que hará cuando caiga al fondo del valle como un canto rodado, desprendido de una cumbre, no deja de hostigar su caballo, que aunque exhausto, reacciona todavía, bajo el rigor de la espuela.

Al coronar la cumbre, desde donde puede dominar todo el valle, Jaime experimenta una gran sorpre-

TARDES MARINAS

Delicia

La pureza celestial,
Sobre la mar que reposa,
Sutiliza el vago rosa
De una tarde de cristal.

La brisa amores promete,
Y aunque, a ratos mortecina,
Ya es vuelo de golondrina,
Ya rizo de gallardete.

Por el pálido sendero,
La serenidad rosada,
Pasa como suspirada,
Evocando su lucero.

A nuestro embeleso unido,
El matiz de rosa crece,
Y de súbito parece
Que en un beso se ha encendido

Y al leve rubor que arde
En tu secreto de amor,
Vuélvese en tí viva flor
Todo el rosa de la tarde.

Pasión

Tiende el sol occidental
Con amoroso retardo,
Dorada piel de leopardo
Para tí en el arenal.

Bajo ese último arrebol
Que esclarece tu embeleso,
Tu ser, temblando en un beso,
No es más que un rayo de sol.

El crepúsculo que asoma
Sobre el mar abandonado,
Trae en su calor rosado
No sé qué lánguido aroma.

Un suspiro hincha la espuma,
Mas sólo se ensancha el mar,
Y al soplo crepuscular
Nuestra delicia perfuma.

Encanto

No turba la tarde un vuelo,
Un noble zafiro obscuro
Es el mar; y de tan puro,
Luz azul se ha vuelto el cielo.

Azul es también la duna...
Y en esa uniforme tela,
No hay más que una blanca vela
Que sale como la luna.

Tan honda es nuestra ventura,
Que algo en ella va a llorar,
Y lento solloza el mar
Su constancia y su amargura.

Leopoldo LUGONES

sa: Al revés de lo que esperaba, tanto el valle como el patio mismo de la pulpería, que el camino atraviesa como una cinta blanca, están desiertos. No se ve un ser humano en todo lo que la vista abarca, ni una cabalgadura arrendada a los palenques. Tan sólo algunas vacas que pastan tranquilamente, salpican aquí y allá el verde de las faldas con sus pelajes policromos.

Jaime aspira una gran bocanada de aire, y tras un instante de vacilación, se precipita hacia el valle.

La senda es empinada, tortuosa, peligrosísima; pero el mozo, en su ansiedad, no repara en nada y obli-

ga a su cabalgadura a hacer prodigios. Hay momentos en que el malacara se desliza materialmente por espacio de varios metros, sentado sobre los cuartos traseros...

A mitad del descenso, Jaime, que no quita sus ojos del blando edificio de la pulpería, se ve obligado a apartarlos un instante para prestar toda su atención en un rumor insólito que acaba de llegar a sus oídos y que le estremece de aguda emoción:

Son tiros los que oye, es esa hueca crepitación del fuego de fusilería a la distancia, lo que viene de allá del Oeste, en alas del gran viento...

Entonces, el mozo vuelve a hos-

tigar su caballo, que a resbalones y a saltos termina el peligroso descenso y lo lanza al camino a media rienda.

¡Ya sabe por lo menos a dónde va, ya tiene norte!

Pero al llegar al patio de la pulpería, Jaime sofrena bruscamente. El dueño del negocio, "El Inglés", un viejecillo enteco, pero flemático y valiente como todos los de su raza, acaba de llamarle:

—¿Va para allá, don Jaime?

—Sí; ¿dónde es? En lo de Baster, ¿verdad?

—Sí; en lo de Mr. Baster... ¡El viejo se defiende! ¡Qué cosa bárbara! Hace apenas una hora que se fueron de aquí... ¡Qué cose bárbara! ¡La pobre chica ese de Mr. Dougal!

El mozo siente que una oleada de sangre le hincha la carótida:

—¿Qué? ¿Qué dice?

—¡Oh! ¡Me la han dejado aquí, pobrecita! ¡Se está muriendo!...

Es un rugido de fiera lo que exhala la garganta de Jaime, entonces. El mozo no desmonta, se tira del caballo al suelo, y al hacerlo, el dolor de su pierna le hace caer de rodillas. Pero se incorpora en seguida, apoyándose en el winchester:

—¿Dónde está?—gime. — ¡Quiero verla! ¡Muéstremela, por favor! "El Inglés", asombrado, le señala una puerta inmediata:

—Ahí está — dice.

Jaime llega a esa puerta casi arrastrándose... la empuja suavemente... La pieza es pequeña y oscura... Al principio, el mozo no puede ver nada. Jadea de angustia cardíaca, como si hubiese hecho una larga carrera...

El pulpero que lo ve indeciso, le grita de pronto, desde lejos:

—¡Vea, don Jaime, vea! ¡Vienen soldados, muchos soldados!

Pero el mozo no le oye, ya no puede oírle; comienza a distinguir un camastro improvisado con cueros de guanaco el cuerpo rígido de Mabel; su pálido rostro de azucena y sus grandes ojos divinamente espantados que parecen decirle desde la eternidad:

—¡Tengo miedo, Jaime; tengo mucho miedo!

...El mozo saca su revólver, ese Colt formidable que se carga con cartuchos de winchester, y serenamente lo aplica a su cabeza. Pero una mano firme se lo aparta:

—¿Qué va a hacer, patrón?

Jaime, sorprendido, se vuelve bruscamente. Es Silverio Mulchen que con la cabeza entrapajada, le está mirando con sus ojos negros, cargados de reproches.

Jaime también le mira un instante, pero quizá sin reconocerle, porque su mirada es turbia y vaga, como la mirada de los locos... Después recoge su carabina, y sin decir una palabra, sale al patio...

El teniente Sutton, que rodeado de un grupo de soldados conversa con el pulpero, le reconoce y le llama.

Pero Jaime no le oye, Camina agobiado y renguea de un modo lamentable.

De pronto, el tiroteo que arrecia del lado de la estancia de Baster, parece despertarle. Entonces, con una extraña sonrisa, se dirige presuroso a su caballo.

—¿A dónde va, patrón? — pregunta el indio. Pero Jaime no le contesta, y saltando sobre el malacara, lo echa a correr hacia la muerte...

...Y Silverio Mulchen parte tras él al galopito...

EL TRABAJO

El trabajo es perpetuamente sano y noble. Es la fuente de toda perfección. Nadie puede mejorarse ni llegar a ser dueño de sí mismo sin el trabajo, sin ese fuego purificador que abrasa las ponzoñosas y corruptoras influencias que ahogan el vigor del alma.

El trabajo es la maravillosa medicina de cuantas enfermedades y miserias asedian al género humano. Hay, en el trabajo, una perenne nobleza y santidad. Si el hombre no fuese por lo común tan olvidadizo de su alta vocación, tendría siempre una esperanza en el trabajo honrado y entusiasta. En la ociosidad no hay más que perpétua desesperación. Todo trabajo legítimo es sagrado. En toda labor, aunque sea manual, siendo honrada, hay algo de divino. El trabajo es tan dilatado como la tierra y tiene su cúpide en el cielo.

Trabajar es orar. Quien comprenda esto bien, comprenderá la profecía de todo el porvenir. Es el postrer evangelio en que los demás se compendian.

Yo, por mi parte, a dos hombres venero: al artesano manual que conquista la tierra con su fecunda labor, y el artífice espiritual que trabaja por dar al mundo el Pan de la Vida.

T. CARLYLE.

A MEDIA NOCHE

Por Ramon del Valle Inclan

Corren jinete y espolique entre una nube de polvo. En la lejanía son apenas dos bultos que se destacan por oscuro sobre el fondo sangriento del ocaso. La hora, el sitio y lo solitario del camino, ayudan al misterio de aquellas sombras fugitivas. En una encrucijada el jinete tiró de las riendas al caballo y lo paró, dudando entre tomar el camino de ruedas o el de herradura. El espolique que corría delante, parándose a su vez y mirando a una y otra senda, interrogó:

—¿Por dónde echamos, mi amo?

El jinete dudó un instante antes de decidirse, y después contestó:

—Por donde sea más corto.

—Como más corto es por el monte. Pero por el camino real se evita pasar de noche la robleda del molino... ¡Tiene una fama!...

Volvió a sus dudas el del caballo, y tras un momento de silencio, volvió a preguntar:

—¿Qué distancia hay por el monte?

—Habrà como cosa de unas tres leguas.

—¿Y por el camino real?

—Pues habrà como cosa de cinco.

El jinete dejó de refrenar el caballo.

—¡Por el monte!

Y sin detenerse echó por el viejo camino que serpentea a través del descampado donde apenas crece una yerba desmedrada y amarillenta. A lo lejos, confusas bandadas de vencejos revoloteaban sobre la laguna pantanosa. El mozo, que se había quedado un tanto atrás observando el aspecto del cielo y el dilatado horizonte donde aparecían ya muy desvaídos los arreboles del ocaso, corrió a emparejarse con el jinete:

—¡Pique bien, mi amo! Si pica puede ser que aun tengamos luna para pasar la robleda.

Pronto se perdieron en una revuelta, entre los álamos que marcan la línea irregular del río. Cerró la noche y comenzó a ventar en ráfagas que pasaban veloces y roncadas, inclinando los árboles sobre el camino, con un largo murmullo de todas sus hojas. Jinete y espolique corrieron mucho tiempo en la oscuridad profunda de una noche sin estrellas. Ya se percibía el rumor de la corriente que alimenta el molino y la masa oscura del robledal, cuando el mozo advirtió en voz baja:

—Mi amo, vaya prevenido por lo que pueda saltar.

—No hay cuidado.

—Y bien que le hay. Una vez, era uno así de la misma conformidad, porque tenía temor, y en la misma puente le salieron dos hombres y robáronle, y no lo mataron por milagro divino.

—Eso son cuentos.

—¡Tan cierto como que todos nos hemos de morir!

El jinete guardó silencio. Percibíase más cerca el rumor de la corriente aprisionada en los viejos dornajos del molino; era un rumor lleno de vaguedad y de misterio que tan pronto fingía alarido de can que ventea la muerte como un gemido de hombre a quien quitan la vida. El espolique corría al flanco del caballo. Allá en la hondonada recortaba su oscura silueta

—¿Tú le conocías!

—¡Era mismamente un Satanás!

Estaba tendido en medio del camino. Tenía una hoz asida con la diestra, descalzos los pies que parecían de cera, la boca llena de tierra y chamuscada la barba. Un hilo de sangre le corría de la frente. El jinete, afirmándose en la silla, le hincó las espuelas al caballo, que temblaba, y le hizo saltar



En la omnipotencia del sueño

se encuentra la dicha de la vida. El sueño profundo, sano y reparador tranquiliza y fortalece los nervios en la lucha diaria en pos de la felicidad y de la alegría, del dinero y del bienestar.

Si los nervios fracasan, falta el sueño o atormentan las contrariedades, tomad algunas Tablettes „Bayer“ de Adalina! Calman y fortalecen los nervios y proporcionan un sueño tranquilizador y reparador.



Tabletas Bayer de
Adalina

„No tiene los efectos nocivos del Bromuro“.

una iglesia cuyas campanas sonaban lentamente con el toque del nublado. El jinete murmuró:

—Ya estamos cerca de la rectoral.

Y respondió el espolique:

Engaña mucho la luna, mi amo.

De pronto, moviéronse las zarzas de un seto separadas con fuerza, y una sombra saltó en mitad del camino.

—¡Alto! La bolsa o la vida.

Encabritóse el caballo, y el resplandor de un fogonazo iluminó con azulada vislumbra el rostro zaino y barbinegro de un hombre que tenía asidas las riendas y que se tambaleó y cayó pesadamente.

El espolique inclinóse a mirarle, y creyó reconocerle.

—Mi amo, paréreme el Chipén.

—¿Quién dices?

—El hijo del molinero.

—¡Dios le haya perdonado!

—¡Amén!

por encima. El espolique le siguió. Chispearon bajo los cascos las piedras del camino, y amo y criado se perdieron en la oscuridad. Pronto descubrieron el molino en un claro del ramaje que iluminaba la luna. Era de aspecto sospechoso y estaba situado en una revuelta. Sentada en el umbral dormitaba una vieja tocada con el mantelo. Parecía hallarse en espera. El espolique la interrogó azorado:

—¿Lleva agua la presa?

La vieja se incorporó sobresaltada:

—Agua no falta, hijo.

—¿A quién aguarda?

—A nadie... Salime un momento hace, por tomar la luna. Tengo molienda para toda la noche y hay que velar.

—¿No está el pariente?

No está. Fuése a la villa para cumplir con la señora, mi ama, a quien pagamos un foro de doce fe-

rrados de trigo y doce de centeno.

—¿Y el rapaz?

—Marchóse anochecido. ¡Cosas de rapaces! Pidióle relación a una moza de la aldea y tiene con ella parrafeo todas las noches.

—Bien dice: ¡Cosas de rapaces!

—Aquí estoy esperándole.

—Espérole muy dichosa.

Y el espolique se alejó corriendo para dar alcance al jinete. Emparejóse y salió jadeante al flanco del caballo:

—¡No me andaba engañado, mi amo!

—Parece que no.

—¡Era aquél que dije!...

—¡Y la madre esperándole!...

Callaron con las almas sobresaltadas y cubiertas de misterio. Habían dejado el camino de herradura por otro de ruedas cuando se cruzaron con un arriero que iba medio dormido sobre la mula, arrebujado en una manta. Apartados sobre la orilla del camino secretearon amo y criado:

—Madruga la gente de la feria...

—Nos exponemos a un mal encuentro.

—Eso pensaba, mi amo.

—Tú, ahora te vuelves con el caballo. Yo tomo la barca.

—¿Y sino se adoptan allí los mozos de la partida?

—Estará, cuando menos, don Ramón María. ¿No te ha dicho que me esperaba?

—Eso díjome, sí, señor.

—¿Qué hora será?

—Cuando cruzamos la aldea ya cantaban los gallos.

—Aun hay tres horas de noche.

—Eso habrà. ¿Conoces el camino?

—Creo que sí.

—Más mejor, salvo su parecer, sería que llegásemos a la puente, y luego yo volveríame por la vereda, que es camino más seguro.

—No repliques, rapaz.

—¡Dame pavor el muerto!

—Aún alcanzas compañía.

Y señalaba al arriero que subía el camino lleno de charcos, donde se reflejaba la luna.

—¡Puede recelarse!

—Distimulas. Monta si quieres...

Obedeció el espolique, y una vez sobre la silla se inclinó para escuchar al caballero, que le intimó en voz baja:

—¡Te va la vida en callar!

Y con esto arrendóse en encubierto, para dejarle paso, un dedo puesto sobre los labios. Al verse solo, se santiguó devotamente. ¿A dónde iba? ¿Quién era? Tal vez fuese un emigrado. Tal vez un cabecilla que volvía de Portugal. Pero de las viejas historias de los viejos caminos, nunca se sabe el fin.

Memorias del detective Deboissigne

El gran servicio policiaco que hizo el Rey Eduardo. —
La recepción a que fué el kaiser Guillermo con condecoraciones prestadas

Las visitas del Rey Eduardo a París eran siempre de prueba para los agentes encargados de su custodia, porque tenía Su Majestad el curioso capricho de desaparecer de repente, como por encanto, dejando a sus cuidadosos guardianes trasudados de terror.

Una vez fui yo el designado para "seguir el rastro" a Su Majestad desde la Embajada británica al teatro de Sarah Bernard. El Rey Eduardo, que me vió danzando por cerca de él, me llamó y me dijo que era conveniente que por aquella noche me retirara. No tuve más remedio, con toda reverencia al real visitante, que seguirle, ocultándome de que me viese.

Para conseguirlo, salí a la esquina y acercándome a un cochero de punto le hice que cambiara su ropa conmigo y me permitiese guiar montado en el pescante. Se hizo el cambio de ropas dentro del coche mismo y, vestido de cochero y guiando el coche, fui detrás del Rey hasta el teatro, donde entró en el palco que reservado le tenían.

A mitad de la representación se armó gran alboroto en los palcos, y mis compañeros y yo, temiendo que hubiese ocurrido algo al real personaje cuya seguridad nos estaba encomendada, subimos a saltos desde el patio de butacas.

Vimos entonces una sorprendente escena: estaba en el suelo un hombre joven, vestido de frac, y encima de él, teniéndole ambas rodillas sobre el pecho, otro que no era sino el Rey Eduardo mismo. Nos apoderamos del sujeto a quien el *Peace Maker* (El Pacificador) tenía agarrado, lo esposamos e inquirimos qué había ocurrido.

Se adelantó una señora que estaba en el palco inmediato y contó que, a favor de la obscuridad que en el palco se había hecho durante la representación, dos manos le habían arrancado de la garganta el collar que llevaba. Gritando, había salido al pasillo, donde había visto al joven vestido de frac, el cual, temeroso, se había precipitado en el palco regio y tropezado con el Rey Eduardo, que en aquel instante, al ruido, salía.

—¿Qué pasa?—había preguntado el Rey.

—¡Este hombre—había exclamado ella—, que me ha robado el collar!

—¡Cómo! ¿Le ha robado el collar?—gritó el Rey Eduardo. Y antes de que nadie de los presentes pudiera tomarle la delantera, había cogido al ladrón por las solapas y había entablado con él decidida lucha, en la cual el pobre ladrón había llevado la peor parte.

El collar se encontró deshecho en el suelo del palco real. El *Pacificador* se lo devolvió a su dueña y cortó los elogios con que la dama quería pagar su conducta.

LA UNICA VEZ QUE SE ME BRINDO LA FORTUNA

Podía yo estar actualmente viéndolo rico, y hasta con un título, en cierto país europeo, si me hubiese avenido a aceptar un ofre-

cimiento que me hicieron, recién terminada la guerra, con ocasión de una batida en Montmartre; batida famosa en que me vi obligado a detener al hijo de cierto Monarca, por contravención del Código criminal.

EL APOLOGO DE LAS ROSAS

Dijo al Amor, la Vida: No existe la esperanza
Sin tí, porque en tu ausencia no vive la Ilusión;
Sin tí, zozobra y muere perdida en lontananza
Como la luz del cielo cuando declina el Sol...

¿Por qué, entonces, no endulzas mis horas angustiosas
Y no calmas la pena que abruma al corazón?
¿Por qué no me concedes, ingrato, algunas rosas,
Que sirvan en mi senda, de alivio a mi dolor?

Sonriente demonio de pupilas divinas
El Amor, con malicia, esa gracia otorgó:
Concede algunas rosas... que se tornan espinas
Porque las flores mueren... y sus espinas, no.

Domingo SASSO.

Habían llegado muchas quejas y denuncias relacionadas con cierto establecimiento nocturno que poseía y dirigía uno de los príncipes rusos desterrados que en aquella época pululaban por París. Una de las quejas vino de una alemana que afirmó haber sido víctima de las maldades de un personaje real que estaba en París, la detención del cual pidió bajo responsabilidad suya y ofreciendo probar su denuncia.

libertad bajo palabra de honor. Fui al hotel, me presenté al príncipe y le pregunté qué me quería.

—Mire usted, M. Deboissigne—dijo su alteza—. Quiero marcharme esta noche. Si usted consiente en ayudarme a salir de París y se viene conmigo le prometo que vivirá cómodamente todo el resto de su vida y, además, le otorgaré el título de barón.

—¡Señor—contesté—, usted me insulta! ¡Yo soy un servidor de la

ANECDOTA

Un candidato, con grandes merecimientos, presentóse al Instituto de Francia, pero fué rechazado tres veces, pues contaba allí con un encarnizado enemigo, hombre muy influyente, que hizo todo lo posible para cerrarle las puertas de la Academia.

En vista de que se aproximaban nuevas elecciones, unos amigos dijeron al candidato:

—Usted no entrará nunca al Instituto, estando allí X. Lo mejor será que vaya a verle y trate de arreglarse con él. Así se suavizará un poco esa enemistad.

El hombre se resignó, no sin mucho vacilar a una visita que le parecía bastante humillante y llegó a la casa del académico.

—¿El señor X? — preguntó.

—Se ha muerto, señor — contestó el portero.

—¿Cómo!... ¿Muerto?

—Sí, señor... Esta madrugada a las dos.

—¿Está usted seguro? ¿No será una noticia falsa?

—De ningún modo, señor — replicó el portero en el colmo del asombro. — Acaba de venir el encargado de las pompas fúnebres.

El hombre, loco de alegría, viendo su elección asegurada, sólo acertó a decir en su trastorno;

—¡Vamos, vamos!... Eso no será cosa de cuidado.

ECZEMAS y Picaduras de Insectos se curan con PASTA VASENOL

República! ¡Tenga usted buenos días!

En seguida empezaron a lanzarse cables políticos. En primer lugar, se ofreció a la mujer que había presentado la denuncia una considerable suma para que hiciese un viaje por el Extranjero y no se volviera a acordar del asunto. Ella aceptó con acritud... lo que había sido su único deseo en todo el negocio.

En tanto, el embajador del real personaje había recibido instrucciones para que el príncipe saliera de la capital francesa por su propia cuenta, y el Quai d'Orsay nos telefonó que la cuestión estaba arreglada y que seguiría el asunto, en lugar de nosotros, el Servicio secreto francés. Así acabó todo.

LA DETENCION DEL EX KEDIVE

Otro de los casos famosos con que tuve relación fué el de Bolo pachá, el traidor a Francia y uno de los sinvergüenzas más pintorescos con que he tratado en mi vida. Por entonces estaba yo afecto al Servicio secreto.

El ex kedive de Egipto, que vivía en Berna, recibía el dinero alemán con el cual Bolo pachá había de comprar el periódico francés *Le Journal*. El modo en que Bolo (el gran canalla se hacía llamar pachá por vanidad exclusivamente) estafó a la Wilhelmstrasse es de sobra conocido; pero las investigaciones y trabajos del Servicio secreto en Berna y en Génova no fueron al sumario.

Nuestro encargo era, ni más ni menos, que coger al ex kedive por el cuello y obligarle a declarar que en efecto, había recibido de Alemania diez millones de francos para comprar los elementos principales de *Le Journal*.

Cuando llegamos a Berna encontramos al ex kedive alojado en las más suntuosas habitaciones del Bernerhof. Lo vimos comiendo con una amiga en el restaurante, vestido con llamativo uniforme, cuajado de condecoraciones y rodeado de una pompa verdaderamente regia.

Sentados en la mesa de al lado observamos y vigilamos a nuestra presa, y cuando hubo terminado la comida y estaba fumando un cigarro en la terraza, nos aproximamos a él para cumplir nuestra misión.

—Venimos de París — empecé por decirle—, de parte de Bolo pachá.

El ex kedive nos miró atentamente, se puso el índice en los labios y nos indicó que le acompañáramos a sus habitaciones. Aceptamos el vino y los cigarros que ofreció, y luego descubrimos nuestra verdadera personalidad.

—Sabemos que ha recibido usted aquí, por medio de un Banco suizo, diez millones de francos, que Bolo pachá espera que usted le remita por medio del Crédit Lyonnais—le dije.

—Eso no es verdad—dijo el ex-kedive—. Ahora, caballeros, ustedes me dispensarán; pero tengo una cita... — y se dirigió a la puerta.

Uno de mis compañeros le cortó el paso.

—¡Este es un atropello!—gritó el ex kedive—. ¡Haré que les detengan a ustedes! ¡Estamos en un país neutral!

—Es posible — repliqué—; pero las autoridades suizas tampoco tolerarán la presencia de un espía y agente de Alemania.

—¡Hagan ustedes lo que quieran!—dijo entonces.

Y dejándose caer en una butaca encendió un cigarro y nos volvió la espalda. Por nuestra parte, comenzamos el registro de las habitaciones.

Realmente, lo que hacíamos no se ajustaba estrictamente a Derecho; pero entre los servicios secretos de potencias amigas hay tal camaradería, que no abrigábamos ningún temor.

El ex kedive quiso impedirnos registrar su equipaje; pero dos de mis colegas lo agarraron bien mientras yo revolvía los papeles. Pronto encontré lo que buscábamos: unos telegramas de Bolo pachá y varios más de Berlín, juntos con una orden de diez millones de francos, transmitida por un Banco de Berlín a sus agentes en Berna, a favor del ex kedive.

Le soltamos y nos vino justo el tiempo para coger el tren de regreso a París, llevándonos los documentos que formaban el último eslabón de la cadena que necesitaba el tribunal militar.

Bolo pachá fué condenado a muerte y fusilado en el castillo de Vincennes en la mañana del 17 de abril de 1918.

Semanas después de nuestra visita a Berna, el ex kedive presentó una queja que, tramitada formalmente, fué al Quai d'Orsay y luego a nuestro jefe, el del Servicio secreto francés. Mis compañeros y yo hubimos de comparecer ante el jefe, que, guiñándonos el ojo, nos reprendió por nuestro comportamiento.

Volvió a Berna, por todas las necesarias vías diplomáticas, el informe de que se nos había reprendido, y se dieron cumplidas explicaciones al Gobierno suizo, que las aceptó con toda la seriedad que es de suponer.

Bolo pachá se presentó ante el pelotón que había de fusilarlo vestido de frac, imaculado, en aquella sombría, mañana de Vincennes. Murió como había vivido: con vanidad, con grandilocuencia, con pompa.

LORD KITCHENER

Me ocurrió a mí un incidente en que figura lord Kitchener.

De camino para El Cairo, estaba una noche en París, y perdí en la estación una maleta en que llevaba una valiosa espada.

Toda la noche anduvieron los agentes recorriendo establecimientos

Si quiere surtirse con facilidades de pago en la mejor casa de Sud América, llene y remita hoy mismo esta

Solicitud de Crédito

Buenos Aires de de 19
1-2-3-4

Casa A. CABEZAS:

SARMIENTO esq. SAN MARTIN — Buenos Aires

Deseando adquirir mercaderías de esa casa hasta un valor de pesos m/n. de c/legal
(\$ m/n.) solicito un crédito por dicha cantidad con amortizaciones del 10 o/o mensual y propongo de co-deudor al Sr. de profesión domiciliado

FIRMA DEL CO-DEUDOR
En prueba de conf. y para cotejo

Domicilios
Comercial
Particular

Rogamos dar datos exactos para facilitar el pronto despacho.

FIRMA DEL SOLICITANTE

Domicilio particular

Donde está empleado

Esc. u Of.

Nom. y apel. comp. del solicitante

La Casa más conveniente para compras
A. CABEZAS

LINEAS PARALELAS

I

Hoy, cuando el tranvía cruzó la calzada, sentí unos deseos locos de llorar. La tarde era triste, tan triste y nublada como aquella tarde que te ví marchar.

La Estación erguía su nueva fachada; los trenes pasaban con vivo ajetrear y en aquel gran banco, cerca de la entrada, dos novios se aislaban para platicar.

Por la ventanilla me asomé. A lo lejos, las luces brillaban con vagos reflejos y ahogando el sollozo próximo a brotar

descendí pausada la recia escalera y en aquel oscuro banco de madera, como en otro tiempo me senté a esperar.

II

Uno a uno, veinte, treinta pasajeros fueron descendiendo del enorme tren. Sonaban sus pasos firmes o ligeros sobre el duro asfalto del pequeño andén.

¡Oh, si tú vinieras! — pensé con un loco furioso deseo de verte llegar. Y cuando a lo lejos divisaba el foco verde que avanzaba, me echaba a temblar.

El pulido acero de las paralelas ante mí mostraban sus líneas gemelas "sin poder unirse, juntas marcharán".

Y evoqué la vieja lección aprendida, pensando que fueron tu vida y mi vida líneas paralelas que no se unirán.

Rosario SANORES.

tos y buscando en los bajos fondos de París; pero no se encontró clave ninguna. Ya de mañana, un compañero mío entró en un café próximo a la plaza de Italia, y cuál sería su asombro al ver a un hombre, borracho completamente, esgrimiendo la espada en el aire con los más grotescos aspavientos.

Se le detuvo en el acto y contó que había comprado la espada a uno de los vendedores de objetos egipcios que suelen frecuentar los cafés. Se le cargó el robo y se le condenó a seis meses de prisión.

LAS CONDECORACIONES DE GUILLERMO II

También al ex Kaiser, en una de las visitas que hizo a París años antes de la guerra, le robaron una maleta en que llevaba todas sus condecoraciones y veneras. Como el robo fué el día antes del fijado para la recepción presidencial, la consternación fué enorme, pues el Emperador se negaba a presentarse de uniforme sin una sola condecoración.

La Policía de París respiró cuando la maleta, con su contenido intacto, se encontró en un solar cercano al Jardín de Plantas. Se llevó apresuradamente a la Embajada; pero ya era tarde: el Emperador había marchado ya con medallas que había pedido prestadas.

Raoul DEBOISSIGNE.

Algunos rasgos de los rusos.

La hija de Dostoiewski cuenta cosas muy interesantes en la vida y pensamientos de su ilustre progenitor.

Dice, por ejemplo: "Mi padre pretendía que sus conversaciones con los desconocidos terminaran siempre con palabras obscenas dichas únicamente con el fin de molestar al interlocutor. ¡Ay!... es demasiado cierto, mis compatriotas son terriblemente mal educados. Por esto los rusos evitan en los viajes hablar entre ellos; prefieren a los extranjeros".

"La limpieza—continúa diciéndolo—no es virtud precisamente rusa. Nos llegó después de la mitad del siglo pasado. Nuestras madres nos contaban que las noches de baile le mandaban preguntar a nuestras abuelas cómo se lavaban: si para un pequeño o grande escote.

"Un caos reina en la obra de Dostoiewski, porque un caos reina en la Rusia joven y anárquica. Mi padre no hacía más que pintar a los rusos tal como ellos eran d'après nature".

"Tolstoy—afirma Dostoiewski—admira los defectos de sus compatriotas, comparte sus absurdos infantiles, su ingenuo sueño de comunismo.

Su ideal es el ideal oriental del pueblo ruso: no hacer nada, cruzarse de brazos, bostezar, soñar, "escupir al techo", es decir, no trabar...".



Hubo un día que la música se hizo carne y hábito entre nosotros, y este día fué el 27 de enero de 1756, y esta carne fué Juan Wolfgang Amadeus Mozart.

El trozo de tierra que le vió nacer es una pequeña y sonriente ciudad de Austria, junto a las montañas del Tirol; azules intensos que se yerguen sobre la verdura de los campos, que baña un río en bulluciosa y rápida corriente: Salzburgo. Aun hoy se conserva una casa de no muy reducidas proporciones en uno de cuyos cuartos se señala el lugar que ocupó la cuna de tan prodigiosa criatura.

Si hay infancias pródigas en milagros de precocidad, augurios ciertos de lo que ha de ser la trayectoria espiritual de una vida, esta de Mozart es, entre todas, la más elocuente y clara.

Contaba apenas tres años este niño cuando su padre Leopoldo, excelente músico y buen violinista, adiestraba en el clavecín a su hija María, poco mayor que Wolfgang, cuando reveláronse las disposiciones maravillosas con que la naturaleza le dotó para el arte de los sonidos. Constituía entonces su mayor placer en perseguir en el clave intervalos de tercera, cuya armoniosa sonoridad le regalaba dulcemente el oído; saltaban las manos minúsculas y gorduzuelas en busca de las teclas que realizaban tan tibio consonancia, y la sonrisa veñiale a los labios.

Todo se cumplía de modo sorprendente en aquella maravillosa infancia; cada nuevo día aportaba muestras más fehacientes de que el "demiurgo" de la música contorneaba tan tierno cuerpecillo. No cumplido el cuarto aniversario de su natalicio ya retenía de memoria numerosos trozos de música, y al quinto se complacía en componer al clave pequeñas obritas que su padre, para alentarle, se complacía en transcribir.

Sensible — el sonido áspero y violento de la trompeta casi le producía convulsiones —, llena el alma de amor y mansedumbre, de su boca se escapaba constantemente, entre súplica y queja, esta frase: "¿Me quiere usted mucho?" Interrogación que clavaba ante toda mirada en la que sospechaba amistad.

He aquí una anécdota que perfila el carácter de *il cavaliere filarmónico*, como más tarde le apellidaron los italianos. Vestido de un traje lila bordado en oro, encargo del archiduque Maximiliano, con él hacía las delicias de la Emperatriz María Teresa y sus hijas; paseábase por los encerados salones de la Casa Real austriaca, cuando acertó a resbalar en el momento que pasaban cogidas del brazo dos tiernas princesitas; una de ellas levantó al niño del suelo y depositó un beso en sus sonrosadas mejillas.

— ¡Qué buena sois! — clamó el infante. — Quiero casarme contigo.

— ¿Por qué? — interrogó la princesa.

— Por agradecimiento — respondió Mozart. — Con tu hermana no lo haría nunca. No se ha preocupado nada de mí.

La princesa que había puesto sus labios jóvenes junto al rostro del infante Mozart era aquella que, más tarde, Reina de los franceses,

UN RECUERDO A LA INFANCIA DE MOZART

había de pagar con excesiva usura sus frivolidades en la plaza de la Crève, ante la guillotina: María Antonieta fué su nombre.

Perenne juventud de alma y amor que le acompañó durante toda su vida, siempre apacible, a pesar de los sinsabores. Ya adolescente, vedle cómo aun sonríe y juega. Así se expresa en una car-

prisión le digo: "Dios te bendiga, pequeña Constanza; Dios te bendiga, briboncilla, cabeza locuela, naticitas puntiagudas". Y después, cuando lo guardo muy lentamente, clamo: "Buenas noches, ratoncito, duerme bien". Creo que te estoy escribiendo cosas bien tontas; pero hace seis días que estoy lejos de ti y casi me parece un año. ¡Ah, si las gentes pudieran ver mi co-

VIEJA LLAVE

Esta llave cincelada que en un tiempo fué, colgada, (del estrado a la cancela, de la despensa al granero) del llavero de la abuela, y en continuo repicar inundaba de rumores los vetustos corredores; esta llave cincelada, si no cierra ni abre nada, ¿para qué la he de guardar?

Ya no existe el gran ropero, la gran arca se vendió: sólo en un baúl de cuero, desprendida del llavero esta llave se quedó.

Herrumbrosa, orinecida, como el metal de mi vida, como el hierro de mi fe, como mi querer de acero, esta llave sin llavero ¿nada es ya de lo que fué!

Me parece un amuleto sin virtud y sin respeto; nada abre, no resuena... ¡me parece un alma en pena!

Pobre llave sin fortuna... y sin dientes, como una vieja boca, si en mi hogar ya no cierras ni abres nada, pobre llave desdentada, ¿para qué te he de guardar?

Sin embargo, tú sabías de las glorias de otros días: del mantón de seda fina

que nos trajo de la China la gallarda, la ligera española nao fiera, Tú sabías de tibores donde pájaros y flores confundían sus colores; tú, de lacas, de marfiles y de perfumes sutiles de otros tiempos; tu cautela conservaba la canela, el cacao, la vainilla, la suave manteguilla, los grandes quesos frescales y la miel de los panales, tentación del paladar; mas si hoy, abandonada, ya no cierras ni abres nada, pobre llave desdentada, ¿para qué te he de guardar?

Tu torcida arquitectura es la misma del portal de mi antigua casa oscura, (que en un día de premura fué preciso vender mal!)

Es la misma de la ufana y luminosa ventana donde Inés mi prima y yo nos dijimos tantas cosas, en las tardes misteriosas del buen tiempo que pasó...

Me recuerdas mi morada, me retratas mi solar; mas si hoy, abandonada, ya no cierras ni abres nada, pobre llave desdentada, ¿para qué te he de guardar?

Amado NERVO.

le habían regalado en la capital de Austria; pero tanto insistió el pequeño y lloró con tanto congoja, que el padre acabó por autorizar que tocara con Schachtner, sirviéndose de su diminutivo instrumento, siempre que lo hiciera tan quedamente que no se le oyera y así no pudiera interrumpirles con su impericia "Comenzamos el trío—narrar Schachtner—, y el pequeño Mozart tocaba conmigo; pero no tardé en apercibirme, con el mayor asombro, que mis servicios eran completamente inútiles. Sin decir una palabra, abandoné mi violín y dejé al niño que tocara él solo, lo que realizó maravillosamente en los seis tríos que aquella tarde se ejecutaron".

Constantes viajes por Europa, con los que el padre, modelo de pedagogos, abría los senderos de la vida al futuro autor de "Don Juan", despertando así su inteligencia en el comercio de los hombres más representativos de la época, acercándole al trato con los más ilustres músicos, al mismo tiempo que hacía ostentación de sus insólitas cualidades, que difundían su nombre en todas las conciencias que sintieran apego por la música; así, le tuvieron por huésped, a partir de 1763, los principados alemanes, la corte suntuosa de Versalles, Londres, donde Wolfgang compuso y se dieron a la estampa seis sonatas que dedicó a la Reina; Viena, en donde recibió el encargo del Emperador José II de escribir una ópera bufa, ópera que fué la "Finta Simplice", y la que no llegó a representarse, a pesar de la aprobación calurosa del maestro de capilla Hasse y del gran poeta Metastasio.

Y para dar fin a las anécdotas, con las que queremos hoy recordar la infancia luminosa de aquel "monstruo de la naturaleza", nos serviremos de la del "Miserere", de Allegri, que entonces, y aun hoy, adquirió la categoría de un mito heráclida.

En Roma, en la capilla Sixtina, cantábase desde hacía doscientos años, y dos días de la Semana Santa, ante el apocalíptico "Juicio final", de Miguel Angel, que alumbraban macilentos cirios, un "Miserere", de Antonio Allegri, que estaba prohibido, bajo severas penas a los intérpretes, lo comunicaran o enseñaran a nadie. Mozart lo oyó, lleno de emoción, y lo retuvo de memoria; cuando llegó a su albergue lo transcribió con el mayor cuidado. El "Miserere" era cantado de nuevo el viernes. Wolfgang lo oyó esta vez llevando en su sombrero el manuscrito, y pudo hacer algunas correcciones. Los romanos no quisieron creer tamaña fechoría, y comprometieron al niño a ejecutar el "Miserere" en un concierto. El "castratto" Cristofori, que lo había cantado en la capilla Sixtina, afirmó, tras de habérselo oído, que la versión era perfecta hasta en sus menores detalles. Tenía entonces Mozart catorce años; pero en su alma parecían haberse acumulado las experiencias musicales, de los más maduros compositores. De haber nacido en la vieja Grecia, el mito de Orfeo se hubiera, renovado, y la música se llamaría Mozart.

J. DEL B.



El hombre de los veinte centavos

Por Aníbal Ravagnán

Y aquella moneda de níquel, como otras veces, sintió la caricia de unos dedos suaves que la despertaron de sus remembranzas en el tibio rincón del chaleco gris. Allí recordaba escenas de sus trashumancias por la vida, desde su liberación de la lobreguez de la alcancía de un viejo usurero, donde estuvo cautiva largos años en convivencia con otras monedas de distintos colores que hablaban idiomas extraños y algunas de las cuales llegaron pestilentes, con sus caras sucias, con crispaciones de rencores, expresándose con perversidad, contagiadas de la rebeldía de corazones atormentados por el alcohol y la vida miserable, hasta el día que un niño, pálido y de cabellos rubios que tosía mucho, durmió con ella debajo de la almohada. ¡Qué de ilusiones recorrían los senderos de la imaginación de aquel niño! ¡Soñó con ella la noche entera! El día siguiente la manita blanca la apretaba entre sus dedos. ¡Y aquel contacto cómo hacía estremecer a su corazón! Cuando ella quedó en la caja de la juguetería, vio reír a la criatura, con risa de gloria embelesada. Con intensa pena sus recuerdos epilogaban aquel día que proporcionó al niño tanta dicha: meses más tarde con ella adquirió flores una pobre mujer para dejarlas perfumando la soledad del pequeño mártir del hambre y del frío. Secretamente llegó al alma del vendedor, consiguiendo de ese hombre las flores más bonitas.

Esa tarde, aquellos dedos suaves, la tocaron en el bolsillo, cuando ella estaba recordando episodios de su vida aventurera. Era la cuarta vez que se alojaba en ese chaleco gris y ya sabía que las horas que pudiera permanecer en él, estaría muy bien. Esa prenda pertenecía a un hombre bueno...

Arrellenada en su cuchitril, casi a flor de aire, oía la charla continua del corazón con el cerebro de su poseedor. Era un hombre de treinta años, delgado, vestía un traje bastante usado, pero limpio, sin una mancha. Su único vecino era un reloj de respiración gruesa que efectuaba todas las noches el mismo paseo, salía del bolsillo para hacer el centinela de las horas en un clavo de la cabecera de su cama. En esa forma vigilaba el sueño de su compañero. A veces en el silencio de la noche su tic-tac parecía el golpe de un Vulcano invisible sobre un yunque gigantesco. Y el insomnio de aquel hombre sencillo, a veces, era vencido por aquellos golpes que los iban adormeciendo lentamente.

Había días que la moneda lo acompañaba hasta la boletería de un cine. Allí, ella le abría las puertas a su fiel amigo. Y era feliz en el cajón del boletero, pensando que su compañero estaría deleitándose con los episodios de ese "mundo" que da vida en la pantalla un potente chorro de luz. Mientras tanto tenía que oír en el monedero simplezas, historietas cursis o el desmedido orgullo de monedas contagiadas del delirio de grandezas de sus ex-dueños. De allí saldría el día siguiente para algún café, cosa que deseaba de todo corazón, porque ese era el único sitio donde podría ver a su amigo. ¡Era tan agradable estar junto a él! Su corazón hablaba tan cariñosamente con sus ojos, cuando los posaba sobre la miseria de sus semejantes! Era un estoico para las seducciones más insignificantes. Caminaba siempre; Yendo por las calles, veía tantas cosas! A veces se detenía delante de las vidrieras, en un éxtasis de admiración, recordando sus emociones espirituales. A su paso veía mujeres de positivo encanto. Consideraba que para hacerlas felices era menester mucho dinero. Sin ese vínculo ninguna mujer se acercaría a un hombre. El amor sin la ornamentación de la riqueza, no se adhiere a los corazones. Por eso las dejaba pasar y era feliz...

La moda y el lujo le incomodaban. ¡Se sentía tan bien dentro de su traje sencillo! ¡Eran tan amables sus botines blandos, envejecidos! ¡Es tan dulce pasar desapercibido por las calles! No sentir la mirada del que observa para asimilarse lo que ve. Y en su mente acariciaba la ilusión de reducirse a un tamaño insignificante; ser un átomo, hacerse invisible, pero sin perder ese amor desinteresado que revestía a las cosas de un valor milagroso, tan puro que envolvía a su espíritu en una exaltación de inmortal regocijo.

A veces aquel hombre que huía de la vida interesada, se detenía junto a la mano mendicante que se extendía exangüe a sus ojos y ponía en ella su moneda de veinte centavos. Y en ese momento, sólo, sin dinero, se sentía más puro, más cerca de la libertad; de ese mundo ideal, cuyo rey es el corazón... y soñaba... Caminaba entre la aristocracia y la plebe, muy feliz, embriagado en sus imágenes que se le antojaba que Dios las iluminaba.

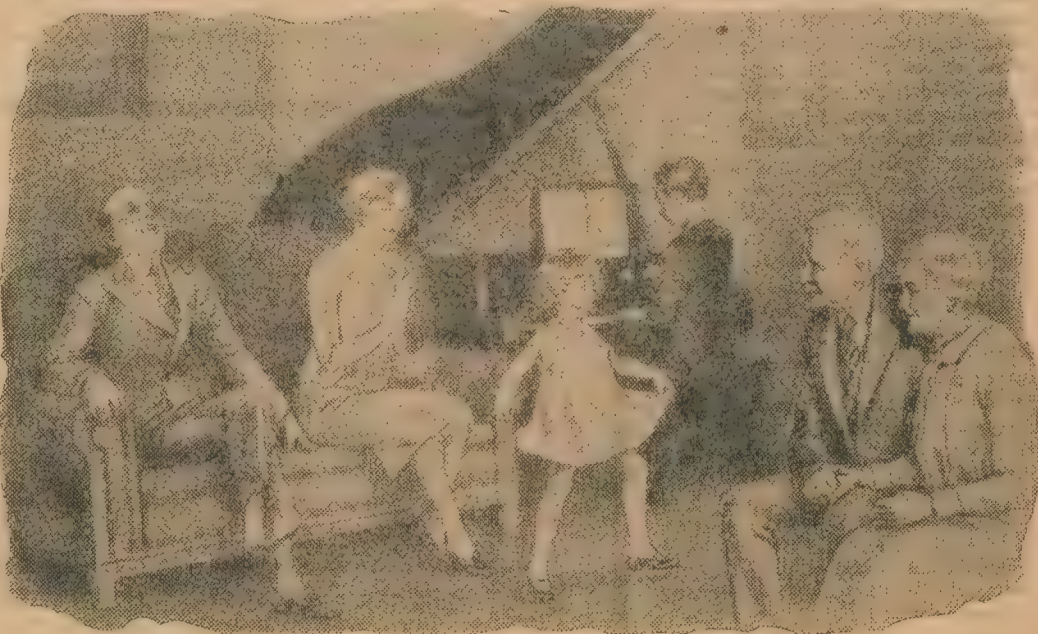
EL AVE CANSADA

Vértigo e incoherencia, sombra leve de la nube que pasa hacia el Levante y en el desierto a dibujar se atreve fugitivo fantasma alucinante.

Agua que nace de la dura entraña y persiguiendo su ilusión risueña, al través del dolor de la montaña incondicionalmente, se despeña!

Así: suspiro y luz, sombra y anhelo, lágrima y claridad, espuma y nube, como un ave cansada por un cielo de tempestad, el alma, sube y sube!

Fernán FELIX DE AMADOR.



Buena salud - hogar dichoso

Asomarse a uno de esos hogares donde reina la más perfecta salud, es algo que inunda el corazón de una inefable emoción: allí desborda a raudales la alegría, la prosperidad y, sobre todo, la felicidad; esa tan soñada felicidad, que muchos emperadores y reyes ni a trueque de millones llegaron a alcanzar.

¡Y qué satisfacción produce consignar que la Malta Palermo ha sido en miles de hogares factor vital de salud! Pues por sus magníficas virtudes digestivas — asimilativas y tónicas naturales, es indicadísima como bebida de mesa, y uno de los elementos de influencia más positiva y directa sobre el bienestar general.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A.

Buenos Aires.



Malta
PALERMO



Publ. P.A. Weber

REGENERADO

Por Manuel Vadillo de Ahumada

Jenaro Monte-Rey había acudido al refugio de su casona campesina como un naufrago que se acoge a una tabla salvadora y que ansía arribar al puerto de salvación. En su vida tumultuosa nunca había sentido tan hondo ni tan fuerte el deseo del descanso que ahora quería imponer a su naturaleza rebelde, la fe que lo había guiado siempre por derroteros perjudiciales y la que en sus juveniles años lo había hecho descender con precipitación vertiginosa hacia una vejez prematura.

Treinta y tres años tenía y ya se encontraba cansado de la vida, sin la fe santa que en la juventud da fuerzas para seguir subiendo la cuesta, con las ansias de escalar la gloria y de llegar a lo más alto, repleto de desengaños, hastiado de apurar todos los placeres y de saborear a causa del abuso, las amarguras de la hartura; achacoso y casi enfermo, con el caudal que recibiera de los padres muertos, menegado a causa del abandono y del despilfarro, de pronto comprendió el fracaso de su vida que tan en balde gastaba, y apareció en su mente el recuerdo de la casa solariega abandonada desde tantos años, edificio testigo de su niñez dichosa, el pueblo humilde que le vio nacer, cuna de sus abuelos los Condes de Monte-Rey, y veía de nuevo desde el tren a los viejos venerables cuando al calor de la lumbre para sus huesos y al calor de los hijos para sus almas pasaban la velada bajo la campana enorme de la vieja chimenea.

Aparecía como visión celeste que le halagaba también, la silueta sentimental de María Luisa, aquella amiga de la niñez, a quien enseñó a soñar y a la que tan injustamente había olvidado en aquella capital tan de sus pesares.

La Rosaleda se llama la mansión olvidada y tuvo una impresión de inmensa tristeza, cuando desde la clásica tartana del pueblo, vio el aspecto desolado de aquella casa tan querida por sus antepasados, el abandono de sus muros, el lastimoso estado de sus campos, la frialdad del escudo señorial de la portada.

Pasaban los días y Jenaro recobraba un tanto de aquella salud perdida y parecía que en su alma iban también germinando las saludables máximas que allí mismo aprendiera cuando niño, porque, contento con las costumbres del campo, emprendía una vida toda nueva para él y desconocida por completo, pues con la escopeta al hombro y el perro compañero, recorría el territorio de su propiedad y volvía a la casa, alegre de espíritu, con buen humor y mejor apetito. Una mañana que se acercó más a la carretera, oyó tocar la campana de la única parroquia del pueblo y llegó el leve gemido tan a lo hondo de su alma dormida, que despertaron los dulces y lejanos recuerdos de su niñez pasada y el sonar cauteloso y mágico del bronce que lo llamaba, lo arrastró, por decirlo así, dulcemente hacia el lugar santo, donde supo encontrar con la mirada, el sitio que años atrás ocupaba su madre, y en aquella mañana, como entonces, rezó sin saber lo que hacía, pero a pesar de ello, aquella plegaria hizo brotar de las fuentes secas de sus

ojos, dos lágrimas que silenciosas rodaron por sus mejillas, al recuerdo de la santa muerta que lo dejó tan solo.

Después, un influjo poderoso le hizo permanecer de rodillas, porque unos ojos dulces de mujer, se clavaron en los suyos y tanto él como María Luisa retrocedieron juntos un montón de años y vivieron de nuevo por unos breves momentos la época feliz en que entusiasmaditos al salir de la Iglesia, se juraban cariño eterno para pasar muy unidos toda una vida de ilusiones.

iluminaba la vereda larga y estrecha por donde su vida se deslizaba y esperaba verlo retornar cual segundo hijo pródigo a la casa solariega, y lo que era más todavía, soñaba despierta un año tras otro con la recuperación de su amor; cariño que era su vida entera y que a pesar de los esfuerzos que había intentado hacer, no podía apartar de su corazón de cera virgen. Por eso en la mañana que de pronto lo vio aparecer por las puertas del templo y postrarse a los pies de la Virgen, vio realizado su sueño deseado y los ojos hartos de esperar

SUS OJOS

(Especial para FRAY MOCHO)

Son dos ojos azules de muchacho nervioso;
tú lo sabes, AMOR...
sobre su rostro pálido tienen no sé qué embrujo,
no sé qué misteriosa ensoñación...

Son ojos infantiles que la noche hace de hombre...
y acaso más que de hombre sean de dios...
Hablan místicamente de otro mundo
con prisas e impacencias en la voz.

De otro mundo en el mundo... de otra vida en la vida
del brotar milagroso de un tercer corazón...
¡Cómo se abre a mis ojos al paisaje estupendo
y cómo en la ansiedad no somos dos!...

Son dos ojos azules de muchacho nervioso;
tú lo sabes, AMOR...
De noche son dos lámparas ardientes de deseo
y yo me siento diosa bajo su resplandor...

De día, juguetones, me envuelven con ternuras,
con mimos de chiquillo para quien no hay dolor;
la ingenuidad los abre, mientras yo voy pensando
qué haré con mis dos manos para apagar el sol...

Alicia PORRO FREIRE.

En el pueblo se hablaba mucho, todavía, de sus locuras pasadas, de su manera de vivir escandalosa y de su fortuna derrochada a torrentes, sin freno para el placer y sin mirar hacia el porvenir. María Luisa sufría con todas estas demostraciones de antipatía que todo un pueblo dedicaba al que había seguido siendo siempre el dueño de su alma entera. Abandonada por él desde los albores de su juventud, despierta, cándida al amor, no supo colocar otro que pudiera borrar las huellas producidas por el que tan despiadadamente la había malherido y se resignó bien pronto a ser siempre la eterna muchacha provinciana que vive pendiente de un ideal y que mustia, cual flor que le falta el riego que prolonga su vida, muere abrazada por los rayos solares de su juventud estéril y sedienta de cariños; pero en su fuero interno una ráfaga de luz

el dulce reflejo del faro bendito de la verde esperanza, no supieron apartarse de aquellos otros olivados, que al cabo del tiempo volvían a aparecerse en mitad del triste camino de su existencia.

A los oídos de Jenaro llegaban las quejas y los comentarios de sus paisanos, y él para salvar su reputación y demostrar a los escandalizados que su cambio de vida era rotundo y verdadero, comprendió que había que hacer algo grande, algo que de nuevo lo pusiera al contacto de los suyos y recuperar con esto el amor y el respeto que siempre habían merecido los caballeros Monte-Rey, fundadores de la comarca entera.

El proyecto era grande, humanitario y caritativo. La nación, desangrada por una continua guerra, necesitaba de hospitales para la instalación de los heridos de la cam-

paña, de los enfermos venidos del frente de batalla, todos dignos de los mayores cuidados y sacrificios.

Cedió el palacio y lo abasteció con sus dineros de lo necesario para que el edificio rayara a la altura de los mejores hospitales y en el balcón principal de la casona campestre ondeó un día la bandera tan blanca como el armiño con su mancha sangrienta de la Cruz Roja, y el escudo señorial de la portada parecía recobrar su antiguo esplendor como el solar todo entero de los Monte-Rey, que obtuvo de nuevo el cariño respetuoso de todo un pueblo amante de sus tradiciones.

Llegaron los primeros heridos y tuvieron que acudir solícitas las damas enfermeras, palomas blancas que con sus arrullos consoladores, saben endulzar las penas amargas del desvalído enfermo que ve en cada una de ellas una Hada misteriosa que le alivia y le acompaña en las horas tenebrosas de la enfermedad contrada.

Llegó por fuerza la figura prestigiosa del pueblo, María Luisa con su sencillo uniforme y con su cara de cera a causa de la emoción al pisar de nuevo los umbrales de aquella casa que tantos recuerdos le despertaba y donde tuvo que necesitar de toda su energía cuando tropezó en la galería de rosales que habían vuelto a florecer, con el dueño de la finca Jenaro Monte-Rey, que le cerraba el paso.

—¿Estás satisfecha de lo que he hecho?

—Me ha parecido muy bien.

—¿Me he reivindicado ante tus ojos?

—Yo nunca te he recriminado... ¿con qué derecho?

—Con el de víctima.

—No hablemos del pasado; todo voló como nuestra niñez dichosa, ocupémonos los dos, si quieres, de los pobres heridos que se encuentran en la Rosaleda.

—Y yo soy uno de ellos. Necesito también de una dama de la Cruz Roja que cicatrice las heridas de mi alma y que me acompañe en el nuevo derrotero por donde quiero encauzar mi vida. Y después de un corto silencio durante el cual los dos se miraron con embeleso, le susurró muy quedo, casi rozando con sus labios temblorosos los pliegues de su vaporosa toca: ¿me perdonas?

No pudieron hablar más, los ojos lo dicen todo cuando las bocas enmudecen y las palabras no pueden salir; cogidos de las manos, llorando las lágrimas dulces de la felicidad, atravesaron juntos el largo camino de la Rosaleda y penetraron en el palacio.

Cuentan los aldeanos de aquellos contornos, que la finca de los Condes de Monte-Rey ha revivido de nuevo y que lejos de inspirar la tristeza de hace algunos años, el edificio es el orgullo del pueblo cercano. La alegría reina en ella y los rosales que le dieron el nombre, siempre se encuentran florecidos, porque esta vez, de estable, el amor y las buenas costumbres, han reinado en la mansión solariega, que ha recuperado con ello el prestigio y la consideración a que siempre tuvo derecho a causa de su rancio y glorioso abolengo.

El día 14 de diciembre de 1918 un poeta argentino que tiene el hábito de ser modesto y pasa, por lo tanto, desapercibido entre los círculos intelectuales, publica en la revista "P. B. T." una composición compuesta de cuatro sonetos, que titula "Si quieres profesar de hermana mía..."

La composición se transcribe en toda Sudamérica. Vuela por radio-telefonía. La lleva su propio autor en una jira cultural al interior. Altas mentalidades femeninas la aprenden y declaman en las propias escuelas nacionales que dirigen. Y por uno u otro motivo, llega el caso en que FRAY MOCHO y "La Razón", la reproducen, gustosos, a pesar de no ser inédita.

Siete años después, el día 13 de agosto de 1925, el gran poeta español Fernández Moreno publica en "La Prensa" un soneto que comienza diciendo: "Si quieres ser mi alegre compañera..."

Uno de los cuatro sonetos publicados en 1918 decía:

Es tarea muy fácil ser mi hermana mostrarme tras un rumbo una presea, decirme que soy bueno, aunque no sea, y hacer entrar la luz por la ventana.

Contarme que la aldea se engalana y hay júbilo y hay rosas en la aldea, y corregirme el alma, idea a idea, como quien pone en limpio alguna plana.

Pintar una acuarela, abrir el piano, leerme algún romance sin querellas de algún país de ensueño muy lejano;

Hablarle alguna vez de las estrellas y alisarme el cabello con la mano si me pongo a llorar pensando en ellas.

Otra composición del mismo autor, publicada en FRAY MOCHO en 1921, terminaba de este modo:

"Y viendo todo sin fijarme en nada..." etc., etc.

El soneto del señor Fernández Moreno, publicado en agosto 13 de 1925 y escrito especialmente para "La Prensa" decía:

Si quieres ser mi alegre compañera por la ciudad enorme y bulliciosa deberás aprender alguna cosa... He aquí, entonces, mi lección primera.

Me sabrás esperar una hora entera en una esquina, indiferente, sírosa, y si la tarde es invernal, lluviosa, en un café, detrás de la vidriera.

A hurgar libros en toda librería, a meterse de pronto en un tranvía, a ir de una barriada a otra barriada.

A gozar con el aire de la calle, con un toque de luz, con un detalle... Y a verlo todo sin fijarse en nada.

Se nos ha traído al Pórtico esta cuestión: ¿Puede decirse que el poeta de "La Prensa" haya plagado al poeta de "P. B. T."?

Contestamos sin vacilar: Evidentemente, no.

Por plagio se entendía antiguamente el hurto de hijos a siervos ajenos para servirse de ellos o venderlos como esclavos y actualmente ese concepto se extiende a la apropiación de libros, obras o tratados ajenos.

Los autores están de acuerdo en que no se conoce con precisión el origen del vocablo, aunque algunos estiman que viene de la palabra latina *plaga*, que significa llaga, herida, calamidad, infortunio; y así lo consigna Escriche en su Diccionario de legislación y jurisprudencia.

Ya desde muy antiguo, este feo delito fué reprimido con las penas más severas.

En seguida de haber dictado Moisés las diez reglas de conducta co-

nocidas bajo el nombre de Decálogo con que quiso afirmar la fisonomía y la médula moral de su pueblo, las cuales se registran en el capítulo XX del libro del Exodo, se dedicó en el capítulo XXI a es-

DESDE EL PÓRTICO

Disertación acerca de la palabra "plagio"



Toda dama que estima el cuidado de su cutis, usa

JABON REUTER

Es insustituible. Abundante espuma. Larga duración. Delicado perfume.

Unico precio: 70 centavos cada jabón.

CRUZ DE PLATA

La adolescencia del jardín exhala un perfume suave de reseda; y en el reclinatorio de la sala, tu voz, en oración, murmurá queda,

ascendiendo al azul como una escala hecha de raso, terciopelo y seda, temblorosa y fugaz, tal como un ala rozando fugitiva la arboleda...

Lo mismo que una Máter Dolorosa, con los brazos abiertos, lacrimosa, rezabas, de rodillas, en la alfombra...

Y, penetrando por la abierta ojiva, la luz plenilunar, en plata viva sobre un tapiz crucificó tu sombra...

Francisco VILLAESPESA.

tablecer los diversos delitos y sus penas, disponiendo, por el versículo 16, que "el que hurtare hombre y lo vendiere, convencido del delito, muera de muerte". El sabio comentador de la Vulgata, dice que ese delito se llamaba plagio y sólo debía entenderse del hurto y venta de hombre hebreo, lo que a nosotros nos parece muy puesto en razón, porque, siendo el pueblo de Israel el pueblo elegido, Moisés no pudo legislar sino para provecho de su pueblo.

San Pablo, en la primera epístola que escribió a Timoteo (cap. I vers. 10) enumera las diversas clases de delinquentes conocidos y en la enumeración vienen a quedar colocados los plagiarios entre los fornicarios, los sodomitas, los mentirosos y los perjuros.

En el derecho romano, la ley fabia de plagiarios, castigaba con pena pecuniaria a los que ocultaban dolosamente o hurtaban hombres libres o siervos ajenos, en lo que eran ya más universales que Moisés. La pena llegó a ser; con el tiempo, capital. *L. ult. D. Ad leg. fab. de plag.*

El Fuero Juzgo imponía, como pena, que el plagiario fuera hecho siervo del padre o de la madre o de los hermanos del niño robado, los que podrían, a su vez, venderlo, si quisieran.

Entre las Leyes del Estilo, la que se registra con el número 80 establecía diversas penas según que el hombre libre vendido supiera o no que lo vendían.

La Ley XXII, Título 14, Partida VII, castigaba al plagiario, cuando era hidalgo, con la pena de trabajos perpétuos en obras públicas, y, cuando no lo era, con la del último suplicio.

Voltaire, en su Diccionario Filosófico, refiriéndose al plagio de los autores dice que éstos no venden hombres esclavos ni libres, y que sólo se venden algunas veces a sí mismos por exigua cantidad de dinero. (Edición Sempere, tomo VI. — Plagio).

Es, pues, de una verdad evidente, que el poeta Fernández Moreno no está comprendido en ninguna de las leyes citadas.

La imitación que ha hecho del soneto aparecido en "P. B. T.", en el caso de constituir una falta, estaría comprendida dentro de las culpas leves del derecho y tendría, como atenuante, lo que ocurrió en España con Horacio, a quien no se desdijeron en imitar poetas del alto vuelo de Santillana, Garcilaso, Fray Luis de León, Herrera, Rioja, Argensola, Moratín, Meléndez Valdez y el duque de Rivas.

La imitación consiste, pues, en lo siguiente:

1o. — En que el poeta de "P. B. T." intituló su poesía "Si quieres profesar de hermana mía" y el de "La Prensa" la comenzó "Si quieres ser mi alegre compañera".

2o. — En que el primero enumeró en 1918, las condiciones que debía llenar su hermana para poder considerarse tal, y el segundo hizo lo mismo en 1925 respecto a su alegre compañera.

3o. — En que ambos usan la forma del soneto y emplean los diversos acentos conocidos en el emdecasilabo.

4o. — En que el verso "Y viendo todo sin fijarme en nada" de otra composición anterior del primero, fué repetido por el segundo cuando dijo: "Y a verlo todo sin fijarse en nada".

Nosotros pensamos que la imitación es útil a las letras, porque el imitador añade siempre alguna belleza a la cosa imitada.

Fray Luis de León supera a Horacio en la oda que comienza "¡Qué descansada vida...!", la cual está calcada en la del poeta latino titulada "Beatus ille, qui procul negotus...". — "El Telémaco", de Fenelón supera en elegancia a la odisea de Homero; y la seguridad de su valer con que Cervantes cuelga su péñola después de escrito el Quijote no desmerece, sino que aventaja en donaire a la seguridad con que Ovidio sabe, al dar fin a sus Metamorfosis, que con ellas conquista la inmortalidad.

Así, los versos Horones, anticuados y sujetos a una vieja preceptiva del poeta del "P. B. T." han dado origen a la composición alegre, bulliciosa, llena de gracia y salud del poeta de "La Prensa".

Por eso creemos nosotros que las imitaciones son las que pueden llevar la poesía a las cumbres más elevadas del Arte.

Imitar es perfeccionar, mientras que plagiar es destruir y aunque Homero, celebre a Antolico, abuelo de Ulises, porque aventajó a todos los hombres en el arte de robar y engañar con juramentos, nosotros pensamos, con Hesiodo, que, si el camino del vicio es liso y llano, el que conduce a la virtud es largo y escabroso, pero ha sido aparejado por los dioses.

El autor de los versos imitados acostumbrará a decir, tal vez, lo que don Lorenzo, el hijo del Caballero del Verde Gabán decía a don Quijote en el castillo de su padre: — "Verdad es que yo soy un tanto aficionado a la poesía y a leer buenos poetas, pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice". Y puede ser que el ingenioso Hidalgo le responda: — "No me parece mal esa humildad, porque no hay poeta que no sea arrogante y piense de sí que es el mayor poeta del mundo".

En cuanto a los escritores que se dedican abiertamente al plagio, nosotros creemos que su pena debe limitarse a novecientos azotes de correa y novecientos de caoshocharana, con que el Zend Avesta castiga a los que niegan su salario a un maestro.

Puede decirse de ellos, además, lo que se lee en el tratado de La República acerca de dos especies de hombres, los zánganos con aguijón y los zánganos sin aguijón, de quienes Platón decía que hacen en todo cuerpo político los mismos estragos que en el humano hacen la flema y la bilis. Siguiendo su consejo, hay que tomar, respecto de ellos, las mismas precauciones que un diestro colmenero toma respecto de los zánganos, es decir, impedir que se introduzcan en la colmena y si a pesar de su vigilancia se hubiesen allí metido, cortarlos cuanto antes con la parte del panal donde se hayan alojado.

H. LARTIGAU LESPADA.

Como eran las columnas de hércules

Las columnas de Hércules no sólo han existido como fábula mitológica.



—He prometido obsequiar a mi esposa con algo que le siente bien al cuerpo.



—¡Eureka!...



—Has adivinado mi gusto, querido. Para el estómago no hay nada mejor que el reconfortable Hierro Quina Bisleri.

Realmente está probado, que, en la antigüedad como señales a manera de semáforos o faros, se habían colocado en promontorios del Estrecho.

La circunstancia de ser más de una se halla testificada en el siglo X de nuestra Era por el escritor bagadita Masudi, quien nos ha

dejado la memoria de ser varios, tales faros compuestos de estatua y columna de cobre y piedra. Estaban las columnas cubiertas de caracteres de escritura antigua y las estatuas parecían decir con su actitud: "No hay camino ni vía detrás de nosotros para los que quieren ir por el Océano".

Una de ellas es sin duda la mencionada por los autores que tratan de la entrada en España de Taric Ben Zeyyac, en la cual estatua creyó ver el valeroso caudillo cierto ademán hostil a su paso por el estrecho.

De la última demolición de tales faros, en la época de la ruina de los Almoravides, informan muchísimos escritores musulmanes, siendo uno de los más antiguos que consignan este particular el insigne filósofo Averroes, contemporáneo del suceso, el cual en su "Comentario Magno de las obras de Aristóteles", en la parte correspondiente al libro "Sobre el cielo", puntualiza pormenores muy interesantes; ni seguramente fueron éstos los únicos faros establecidos para guiar a los navegantes por los romanos y los pueblos que les sucedieron en la dominación de España y África, conmemorándose el de la costa de Galicia hacia la Coruña, o torre este (Augusto), la cual tenía una estatua que los autores árabes, entre ellos Aben Adhari, llamaban ídolo y otro en una de las Canarias, probablemente la isla de hierro, cuyo avance occidental indujo quizás a los Bizantinos, o a los árabes en la Edad Media a tomar de allí el primer meridiano.

Las columnas y estatuas del Estrecho posteriores a Estrabón, que floreció en tiempo del Emperador Tiberio, (puesto que dicen que no existían al describir el Estrecho), a tenor del autor árabe Casuini; subsistieron hasta el año 1145 en que fueron derribadas de orden del antiguo almirante de los Almoravides sublevados contra éstos y nombrado rey en Cádiz, Ali Ben Isa Aben Maimun, para ver si era de oro macizo como se suponía. Se comprobó entonces que era sólo dorada y su venta produjo 12.000 dinares.

Constaba el monumento, según el texto en cuestión, de pilares de piedra sobrepuestos, formando como una torre levantada en la costa. Cada pilar tenía 15 codos de circunferencia y 10 de altura.

El conjunto que medía más de 60 codos de alto estaba sólidamente ligado por barras de hierro combadas.

Sobre dicha torre que no tenía ninguna puerta ni cámara interior, se levantaba una estatua de bronce de altura 6 codos, representando a un hombre barbudo, con manto ceñido que descendía hasta los pies, y con una llave en la mano derecha. Dicha llave, según el autor, se desprendió de la estatua el año 400 de hégira (1010 de J. C.) y llevada a Ceuta se comprobó que pesaba tres libras, siendo substituída por un bastón o maza, en la persuasión de que el personaje representado era Hércules.

"MI" DANZA MACABRA

Tengo yo, por mi desgracia, una imaginación fúnebre que se place en ennegrecerme los objetos. En pleno día, bajo el oleaje luminoso, hállome perdido irremediablemente en las entrañas de las tinieblas y sólo veo lo negro nocturno. "Mi cristal" de observación es ahumado y a su través las cosas se me aparecen de luto rigurosísimo. Además, muéstranse descarnadas, en líneas secas, duras, hirientes. Choco con ellas, no las percibo nunca en la calma de lo interior; no me halagan, me lastiman. De los árboles distingo la armazón ingrata, el tronco y las ramas sin hojas; de la tierra las últimas capas estériles; de las flores, el tallo; de los seres humanos, de mis pobres prójimos, el esqueleto. Todos los velos, todas las formas y todas las apariencias de la vida caen ante mis ojos fatigados de mirar la muerte. Desnudo voy por el mundo como un recién nacido, y desnudando lo que me rodea atravieso mi sendero de espinas. Casi no existen para mí la materia, la carne.

Por eso carece de objetivos físicos mi amor y tienen, en cambio, mis afectos una concentración espiritual, una intensidad anímica enormes. Lo que amo, lo amo abstra-yéndolo, depurándolo hasta convertirlo en alimento exclusivo de mi alma que se nutre de esencias. Consiste en esto mi tortura de cada minuto. Para amar humanamente, es preciso humanizar la pasión y sentir que circula en la sangre, que vibra en los nervios, que tiraniza los músculos, que late en las fibras todas del ser. Pero cuando se ama con el espíritu, más allá de la forma, se llega a la plenitud y a la universalidad de amor.

Desnudo estoy con Job en su estercolero y desnudos se me presentan los hombres. El baile más espléndido me resulta una danza macabra.

Entre las músicas y las luces, y los perfumes, entre las sedas y los brillantes y las rosas, bailan, para mí solamente, los esqueletos.

La encarnación desaparece; los huesos articulados crujen, se entrechocan, se dislocan, en una fiesta de panteón. Al mirarme, miro mi propio esqueleto que se extravía en medio de la tremenda asamblea, y escucho el ruido horripilante de los cráneos heridos por las que fueron manos...

Por eso no voy jamás a los bailes, fiestas del lujo, de la vanidad y del placer en que otros ven la humanidad encarnada y vestida. Yo la veo en los puros huesos. Y huyo de "mi danza macabra".

Francisco GONZALEZ DIAZ

DIPTICO IMPRESIONISTA

(Para FRAY MOCHO)

FANTASIAS DEL DESIERTO

Atravesando las mudas pampas vírgenes, desnudas, por una estrecha avenida de torpes cactus — sin vida ni belleza — de improviso me aturde el sonajero melancólico, enfermizo, del pierrot grotesco y feo del Deseo.

El Sol, como un antojo sanguinolento, vierte en medio de la tarde imágenes de muerte.

La mica del terreno se eriza de fulgores, junto a un repiqueteo monótono de flores...

Yo voy soñando en frutos milagrosos de un huerto que envenenó — hace mucho — la ingratitud solemne, terrible del Desierto...

El lago del Ensueño que diérame alegría, es hoy cristal de arenas en mi melancolía: Un Sol ebrio de sangre bebió su linfa clara... ¡y no sé si otro oasis surgirá en mi Sahara!

A LA AMABLE COMPANERA

Pocos, muy pocos los ratos tan íntimos como cuando nuestra ropa nos quitamos...

Dos seres que juntos viven (como, en el caso del líquen, los hongos y las gonidies) nuestro cuerpo y nuestra ropa, sepáranse en esa hora y viven con vida propia...

Tal como el alma recoge y graba las sensaciones que conmueven sus resortes; así también, nuestra ropa moja sus hebras vistosas en la emoción de las horas.

Adonde quiera que vaya su dueño, la ropa marcha insustanciabilizada por sus dichas, sus desvelos, su ansiedad, sus movimientos...

Si con alguien conversamos, se "amolda" a nuestros vocábulos... y a los gestos empleados; toma el olor y el aspecto de las tantas cosas que hemos contemplado en torno nuestro.

Si a algún muerto acompaña (mos), satura el triste osario, de fluoruros y fosfatos... Y si nos vamos de "juerga" — participando en la fiesta — de nuestra dicha se impregna.

Pocos, muy pocos los ratos tan íntimos como cuando nuestra ropa nos quitamos...

En tal hora recupera nuestra civil vestimenta la sutil, interatómica palpación que le es propia...

Pero, después, como siempre... se esclavizan — mutuamente — con cariño, los dos "seres"...

Dudando si estoy despierto, (semi-dormido) contemplo mi pantalón y el chaleco, el saco y el sobretodo que, con gestos de beodos, van danzando ante mis ojos...

Se elevan en el espacio, como oscuros espantajos, y — trémulos, tambaleando se pasean por la alcoba tomando mis propias formas...

Como si Luzbel, por broma, — oculto entre las tinieblas profundas — se entretuviera en soplarlos con el caño de fantástica trompeta!

Francisco A. PAGANO.
Montevideo.

ANECDOTA

Un joven agregado de embajada, escribió una comedia para una fiesta de la legación y gustó mucho.

Actuaban como actores personas muy altas de la sociedad y se titulaba la obra "Los zapatos de teatro".

Una marquesa se había encargado del primer papel; quedó bien, se llenó de vanidad y le suplicó al autor que le diera una copia de la obra, con el objeto de representarla en su casa, en una de sus fiestas.

—Tendré en ello un grandísimo honor — respondió encantado el joven diplomático — y yo mismo le llevaré a usted las cuartillas, a la mayor brevedad.

En efecto, a los pocos días se presentó con ellas en casa de la marquesa.

Un criado le pregunta:

—¿A quién debo anunciar?

El diplomático teme que la marquesa no recuerde ya su nombre, y dice así:

—Diga usted a la señora marquesa que le traigo "Los zapatos de teatro".

Y el criado anunció:

—Señora, el zapatero.



Ese ardor en los ojos
con obstrucción de la nariz
y decaimiento general
¡es un Resfriado!
¡No se lo deje agravar!

¡ATAQUE los gérmenes antes de que se extiendan a los bronquios o al pulmón! Tómese en seguida dos tabletas de FENASPIRINA y repita esta dosis cada tres o cuatro horas. Si al acostarse toma otras dos tabletas con un limón exprimido en agua caliente y se abriga bien para sudar, el resultado será mas rápido.

FENASPIRINA
No trastorna el estómago ni la cabeza

No trastorna el estómago ni la cabeza, como los productos laxantes a base de quinina.

Durante la Influenza fué lo que salvó más vidas.

¡Tenga siempre en casa un Tubo de veinte tabletas!

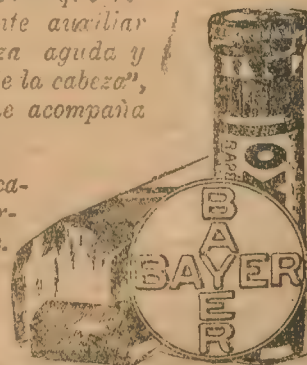
La FENASPIRINA se vende también en "Sobres Verdes" de dos tabletas, pero aunque esta dosis proporciona un alivio relativo, no se debe, naturalmente, esperar que ella baste, sino continuar el tratamiento hasta que los síntomas hayan cedido.

OXAN

UN nuevo producto "Bayer" que recomendamos como excelente auxiliar de la "Fenaspirina" para la coriza aguda y crónica; el romadizo o "catarro de la cabeza", y la obstrucción de la nariz que acompaña generalmente a los resfriados.

Facilita la fluxión, despeja la cabeza y desobstruye la nariz, permitiendo así respirar libremente.

OXAN es un polvo muy fino, hecho a base de Aspirina, que se absorbe por la nariz, lo mismo que el rapé.



¿C U A L?

Por Pierre Villetard

Querida — dijo M. Sollar al des- pedirse y ya con el sombrero pue- sto — hay que tomar una resolu- ción lo más pronto posible. La po- sición que se ofrece a Santiago es inesperada. ¡Ya es un hombre, ca- ramba!... Ha estado en la guerra, y la vida que lleva a nuestro lado es indigna de él. Ya sé que Mi- rail ha hecho con su casa de Ban- ca una pequeña fortuna, pero las condiciones no son las mismas. Un hombre como Santiago sólo puede prosperar expatriándose.

La esposa no contestó. A las ra- zones de su marido no oponía ar- gumentos sino discretos suspiros, frases a medias: "Sí, lo compren- do... Voy a pensar en ello...", que son la fuerza de los seres débi- les.

—Y, además — agregó brutal- mente Sollar, — Santiago no tiene un céntimo. Es una situación cruel, pero inevitable. Vuelvo a repetírtelo: Borel es un buen ami- go, y si nos ha pedido a Santiago, es que sabe apreciar en lo que va- le su inteligencia. Aquellas tierras son una maravilla, y todo está por hacer aún... Café, algodón, caña de azúcar... ¡Si no tiene más que elegir!... ¡Ah!... Si yo tuviera sus años... Además, querida, pa- sado cierto tiempo, podríamos ir tú y yo a hacerle una visita.

Elena se encogió de hombros, lo que exasperó a su marido.

—Hablemos claro — dijo éste con voz cortante; — no se trata de un juego de palabras. Ya sa- bes que no hay lugar para dos en casa de Mirail. Nuestro amigo es viejo, sin hijos, y no me ha oculta- do sus deseos de vender el nego- cio. Hace diez años, ¿lo oyes bien?, diez años que acaricio el proyecto de comprarlo para Jorge. Es lo que le conviene: tiene grandes ap- titudes de financista.

—Calla, por Dios! — suplicó Elena.

Sollar le tomó una mano y dijo:

—Perdóname... Soy lógico y veo claramente las cosas. Pasados diez años. Santiago será millonario, y a su lado, Jorge, tú y yo, no re- presentaremos nada. Por lo de- más, no te apremio... Reflexiona; sé razonable... Me contestarás la semana que viene.

El automóvil en que volvían de la iglesia, Sollar y su esposa, se- guía por un sendero angosto. A su lado veíase un "court" de "ten- nis". Los dos hermanos, que en unión de otras parejas iban a em- pezar a jugar, saludaron moviendo las raquetas.

Elena quiso bajar, y después de abrazar a sus hijos quitóse el som- brero, tomó unas tijeras y alejóse por los senderos del jardín para cortar flores, como lo hacía todos los domingos.

La mañana era hermosísima. No había más ruido que los gritos de los jugadores, cuyas siluetas blan- cas iban y venían. A menudo se detenía alguien ante la verja de entrada. Eran aldeanas, con su blusa de los días de fiesta; mu- chachas que volvían de la misa mayor o modestas empleadas de las hilanderías, que al mirar el jardín, la cancha de "tennis", la casa am- plia, lujosa, pensaban:

—¡Qué feliz debe ser esa gente!

Y, sin embargo, Elena Sollar no era dichosa. Abandonó su tarea y fué a sentarse en un banco rústi-

co, cerca de la glorieta. Desde aquel sitio veía jugar a sus hijos. Santiago era moreno, alto, vigoro- so, templado para la lucha; Jorge en cambio, era delgado, rubio con aspecto algo enfermizo. En reali- dad, si alguno de los dos debía ale- jarse, para siempre quizás, más va- lía que fuese el mayor. Pero luego su corazón protestó y sus ojos se llenaron de lágrimas... No, no; ni uno ni otro.

En un instante recordó toda su

vida. Su primer casamiento, a los veinte años, con Pablo Jorjioz, el joven notario de Villeneuve, que la adoraba, y a quien quería tanto. Evocó su casita, más modesta, sin duda, que la suntuosa propiedad de Sollar; pero tan limpia, tan ale- gre, con sus muebles nuevos y su jardinillo lleno de rosas y violetas.

Tres años de ilusión, de amor absoluto, con aquel muchacho des- preocupado. Luego había nacido Santiago.

MI OFRENDA

A BLASCO IBAÑEZ.

(Especial para FRAY MOCHO).

*Su patria al hombre no le
debe servir de sepulcro.*

ABIGAIL LOZANO

Ha muerto ese gran latino,
para vivir en la Historia
entre fulgores de gloria
de su ingenio peregrino.

El Himalaya hecho lumbre
fué el novelista fecundo,
que irradió luz sobre el mundo
enguido en la excelsa cumbre.

Lloran la muerte del genio
pueblos de todas las zonas,
que le tejieron coronas
de la vida en el proscenio.

El Plata, el Hudson y el Sena
murmuran en su corriente:
"¡murió el artista eminente,
creador de rica vena!"

En sus obras inmortales
pintó en páginas hermosas,
del Turia, las frescas rosas
y sus verdes naranjales.

En tierra de Libertad
su tumba halló el novelista
que con su pluma conquista
a toda la Humanidad.

¡Oh! del Turia, ninfas bellas
llorad la muerte de aquél
que pintó el patrio vergel
y vuestras dulces querellas.

Desde la orilla de Añaza
le envió esta pobre flor
a la huesa del cantor
en prosa, de nuestra raza.

Isaac VIERA.

Santa Cruz de Tenerife, enero de 1928.

Sin embargo, su familia estaba inquieta. Decíase que Pablo especu- laba en terrenos y que el negocio no era seguro. Pero los esposos se rieron de aquellos temores. ¡Te- nían tanta confianza en el porve- nir!

Luego, brusca, inesperadamente, estalló la tormenta. La quiebra, el suicidio de Pablo, el deshonor que caía sobre el nombre de su hijo.

Entonces intervino Sollar. "Aquel hombre rico, un amigo de la in- fancia, había amado a Elena sin atreverse a decírselo. Puso en or- den todos sus asuntos, pagó las deudas y luego desapareció sin que la viuda hubiera podido expresar- le su reconocimiento. Pasaron dos años. Sollar volvió de su viaje y solicitó la mano de Elena, que le fué concedida. Ella sentía por él, si no amor, al menos una profun- da estimación. "Es muy bueno", pensaba. Y, efectivamente, Sollar era bueno, pero frío; con esa bon- dad práctica y rígida que caracte- riza a ciertos hombres íntegros. Un año más tarde nació Jorge, y entonces creyó la madre que exis- tía la felicidad.

Pero Santiago estaba allí. A me- dida que crecía iba ocupando más sitio en el nuevo hogar. La anti- patía del padrastro se acentuaba día a día. Santiago era siempre para Sollar, el hijo del estafador, del suicida. Mas aún: el hijo del hombre que le había robado unos años de felicidad. ¡Cuanto tuvo que luchar Elena y con cuántas he- ridas, con cuántas pequeñas humi- llaciones pagó aquella victoria!

Cuando Santiago volvió, después de dos años de guerra, Sollar le había dicho: "Abrazame, hijo mío", y durante tres meses se había mos- trado indulgente y afectuoso con el joven soldado. Este había en- trado en la misma casa de Banca en que trabajaba Jorge. Puntual, laborioso, desplegó en seguida una actividad que le valió las felicita- ciones de Mirail. Entonces el pa- drastro empezó a sentir celo. Su hi- jo quedaba en segundo lugar... Y trabajó hasta conseguir que Borel hiciera su proposición.

Pero Elena pensaba que si anta- ño había podido salvar a su hijo del internado, ahora le salvaría también de una cruel separación. ¿Acaso no había vuelto sano y sal- vo de la guerra?

—¡Oh!... ¡El señor Mirail!

La verja del jardín se había abierto, y el banquero avanzaba lentamente hasta el banco en que se hallaba Elena. Era un hombre bajito, grueso y de cabellos grises.

—¿No está su esposo? — dijo después de saludarla.

—No... Ha seguido en el auto hasta el pueblo.

—¿Y sus hijos?

—Allí, están, jugando al "ten- nis".

—¡Ah, ah!... Muy bien.

Y después de una pausa, agregó con el acento de quien se resuelve a algo grave.

—Le ruego que me disculpe, se- ñora, pero es absolutamente forzo- so que le hable.

—¿De qué se trata? — preguntó Elena un poco alarmada.

—De sus hijos.

—¿De Santiago? ¿De Jorge?

—De uno o de otro... Lo que pa- sa es esto: Anteayer se hallaba au-

sente el cajero. Santiago y Jorge trabajan, como usted sabe, en el escritorio grande, que está al lado del mío. A eso de las diez he recibido la visita de la señora Bethencourt, quien ha vendido en estos días, por intermedio del escribano Jouvin, la granja de Trembles. Me traía treinta mil francos, y, le repito, Alexis, el cajero, no estaba. Coloqué el dinero en una de las mesas del escritorio grande. Comprendo que es una negligencia, que hice una tontería. Volví a mi habitación y estuve trabajando hasta mediodía. A esa hora ya se habían retirado sus hijos. Tomé el dinero para guardarlo... ¿No había más que veintiocho mil francos!

Elena palideció.

—Será un error — dijo. — Tal vez la señora no le dejó más que esa cantidad.

—Ojalá fuera así, señora — suspiró Mirail —; pero lo contamos ella y yo, varias veces.

—¿Por qué no interregó usted a mis hijos?

—¿Para qué?

—¿Cómo?... ¿Entonces quiere usted decir que alguno de ellos es un ladrón?

—¡Oh!... Esa es una palabra muy fuerte. Pero los jóvenes, a veces... Ya sabe usted que tienen deudas, compromisos... Yo también, a su edad, he tenido momentos de apuro, mis tentaciones... Tal vez hayan querido darme una broma.

—Sea usted franco, Mirail... Usted sospecha de alguno de mis hijos, y quiere que yo le ayude a descubrir al culpable.

—Sí, amiga mía—confesó el banquero—. Cuento con usted, y, en recompensa, puede usted contar con mi discreción. Naturalmente, será preciso que él... vamos, que uno salga de mi casa. Pero le doy mi palabra de honor de que esto quedará entre usted y yo, nada más.

—Muchas gracias.

—Hasta pronto, señora... Mis afectos al viejo amigo.

Mirail se levantó, atravesó el jardín, y franqueando la verja, se alejó.

Sola, Elena se absorbió en honda meditación. No lloraba; de vez en cuando recorría su cuerpo un escalofrío: ¡"Es un error! ¡Es un error!"

Luego, poco a poco, aceptó la idea de la posibilidad. Mirail no era hombre de acusar ligeramente. Uno de sus hijos había robado, pero, ¿cuál?... ¿Era Santiago? ¿Era Jorge? Mil pensamientos luchaban en su afiebrado cerebro. Trató de juzgar a sus hijos, de formarse una opinión, según sus caracteres e inclinaciones... Y, de pronto, Santiago se le apareció tan digno, tan honrado, que apartó de él toda sospecha. Quedaba Jorge, el niño mimado, gastador, amigo de las diversiones. Todas las semanas iba a Lyon en auto... ¿Qué amigos tendría allí? ¿En qué pasaba aquellas horas? Tal vez había jugado, perdido... Elena recordó que varias veces, a pesar de que su padre le daba una buena cantidad para sus gastos, Jorge había ido a pedir dinero a su "mamita querida", para terminar el mes. Pero, de ahí al robo... ¡Dios mío!...

Después del almuerzo y en cuanto hubo salido Jorge, Elena llamó a Santiago.

—Ven—dijo—; tengo que hablarle.

Y tomándole del brazo le llevó por el jardín hasta el banco de pie-

dra. Una vez sentados. Elena contó lo ocurrido: la vista de Mirail, sus sospechas, los billetes desaparecidos, la resolución de separarse del culpable, perdonándolo...

—¿Cómo, mamá?... ¿Y tú has sospechado de mí? — interrumpió Santiago.

Y había en su acento tal nobleza y lealtad, que la madre le abrazó, diciendo:

que su madre interrogase a Jorge? Y si éste confesaba su falta ¿qué pretexto darian a Sollar para justificar la salida de casa de Mirail?... Si negaba, comprendía que iba a iniciarse entre los dos una lucha espantosa en la que fatalmente sucumbiría, pues su padrasto no vacilaría en acusar de ladrón al hijo de Jorjioz, el suicida.

LA FELICIDAD

Hay un gran número de personas que se creen desgraciadas porque se forman una falsa concepción de la felicidad y no han reflexionado lo bastante sobre el significado de las palabras dicha y desgracia. Para ellos la felicidad es un lingote de oro, un bloque conteniendo toda clase de comodidades.

Antes de considerar si la felicidad existe y se manifiesta, hay que establecer el carácter de las verdaderas desgracias.

La única, la absoluta, por decirlo así, es la muerte, es decir, la desaparición de un ser querido, desaparición material que nos llena de congoja porque no sabemos ver en el más allá.

Lo que llamamos desgracia, es, en realidad pruebas a que nos somete la vida, tenemos siempre una cierta tendencia a exagerar y aumentar nuestros dolores, sólo con el objeto de hacernos compadecer de los demás.

Examinad con cuidado vuestras penas, las que más os abrumen, y veréis cómo vuestra imaginación las agranda y las prolonga, porque la humanidad, por un extravío pernicioso, se complace en sufrir y en propagar el sufrimiento como si fuera algo necesario.

Todos podemos ser felices, sin oro, sin riquezas, aun sin comodidades. Todos llevamos la fuente de la dicha en nosotros mismos.

Ser feliz es no haber hecho nunca, voluntariamente, daño moral o material a nadie; no haber destruido una ilusión, una alegría o una creencia; haber distribuido palabras de consuelo y de perdón; tener la generosidad de olvidar una ofensa, una injusticia; darse al bien y a la alegría en cuerpo y alma, aceptando, no con resignación, sino con paciencia, el momento difícil de la prueba.

¿Es imposible alcanzar la felicidad? No; nada hay más fácil. Reunid cada día esa cantidad de pequeñas felicidades: la sonrisa que prodigáis a un triste, la dulzura que tenéis para un enfermo, la indulgencia que dáis para el error, y veréis que, sumadas, centavo a centavo, irán formando un capital enorme. La felicidad no es una; está compuesta de pequeñas dichas que van agrupándose, soldándose, por decirlo así, hasta formar un bloque indestructible.

A menudo se oye decir: la felicidad no existe.

Grave error: lo que no existe es el alma capaz de buscarla y encontrarla. Está al alcance de la mano; tan cerca que vive en nosotros.

Meditad un poco, nada más que un poco sobre esto; pensad que la desgracia es malsana; echadla de vosotros como a una enfermedad infecciosa.

Tan felices podéis ser comiendo un trozo de pan en una misera covacha, como saboreando ricos manjares en un palacio.

La dicha existe, y todos, absolutamente todos podemos encontrarla, porque está dentro de nosotros mismos.

E. RAYMOND.

—No, no, hijo mío...

Y agregó con íntimo dolor:

—¡Entonces, es Jorge!

—¡No!...

—¡Pero sí debe ser uno de los dos!

—Es verdad—repuso Santiago.

Y quedóse largo rato pensativo.

¿Qué iba a ocurrir?... ¿Dejaría

Entrevió de pronto el martirio de su madre, el hogar destruido, todo un porvenir de odios y lágrimas... Si él se alejaba nada ocurriría y todo quedaría olvidado.

—Madre — dijo serenamente — fui yo el que tomé el dinero.

—No te creo—contestó Elena.

—Sí, sí; convéncete.

—¿Y por qué has hecho eso?...

—Por... En fin; es necesario, madre. Para tí, para mi padrastro, para Mirail, el ladrón debo ser yo. Te dejo a Jorge, vigílate. Harás de él un hombre honrado.

—¡Oh, hijo mío!

Y, sollozando, la madre le besó con íntima ternura.

Santiago se ha ido. En la quinta hay siempre la misma tranquilidad. Pasan los días, las semanas, los meses... Elena sigue cortando flores en su jardín. Ha envejecido un poco y sus cabellos se han vuelto blancos junto a las sienes. De vez en cuando recibe una carta. Santiago trabaja mucho y se acostumbra a su nueva vida.

—Debo hablar a Jorge—se dice Elena diariamente.

Pero cada vez le es más costoso hacerlo. ¿Y si negase? Entre ella y él ahora hay un abismo. Y poco a poco se deja llevar la madre por una cobarde y miedosa resignación.

Una mañana, mientras sentada en el banco está perdida en sus ensueños, ve llegar a Mirail un poco sofocado.

—¡Oh, señora! — exclama el banquero. — Soy un bruto, un salvaje...

Y el buen hombre cuenta de un tirón, sin casi tomar alientos, que ese mismo día, arreglando papeles, ha encontrado los dos billetes de mil francos.

—Una distracción estúpida — dice —, un crimen... Ahora lo recuerdo todo... tenía que hacer unos pagos y guardé distraídamente ese dinero entre los recibos... Perdóneme, amiga mía; le debo una indemnización. Me retiro el mes próximo y cedo a Jorge mi casa de Banca.

El hombre se agita, sigue hablando, suplicando... Elena podría insultarle, arrojarle de allí como a un perro, pero se limita a decir:

—Gracias, señor Mirail. Me siento muy feliz, muy feliz...

Y cerrando a medias los ojos, ve de pronto algo inmenso: el mar...

Y sobre él un barco que se aleja a toda marcha, hacia el Destino.

La curación del cáncer

El doctor Torfs, de Bruselas, anuncia que logró descubrir el tratamiento para conseguir la curación del cáncer externo y del lupus.

Al mismo tiempo la revista médica "Lancet", de Londres, publica las interesantes experimentos realizados por el doctor Thomas Lumsden.

El procedimiento empleado consiste en la inoculación de un suero especial durante las primeras etapas del mal, el cual aumenta la actividad de ciertos elementos de la sangre, que automáticamente combaten el avance de la terrible enfermedad.

El doctor Lumsden explica que el crecimiento del cáncer es gradual y en consecuencia la sangre — que es impotente para combatirlo cuando se halla en pleno desarrollo — debe ser fortalecida a tiempo, evitando así su crecimiento y eventualmente eliminándolo por completo.

Curiosidades

Se ha encontrado en Florida, Estados Unidos, un ídolo de madera de siete metros de alto, que se dice fué adorado hace 2.000 años.

Que los hombres pueden oír por la piel, y quizás hasta ver, es la teoría de un profesor francés de Universidad, cuyas experiencias en sordomudos han asombrado a los que las han presenciado.

Un teatro de Chicago gasta en sus anuncios luminosos de la fachada tanta electricidad como una ciudad de 8.000 habitantes.

Actualmente se fabrican guantes y mangas de goma aisladores, para proteger a los obreros de las descargas eléctricas.

Las montañas de la Luna son inmensamente más grandes que las de la Tierra en proporción al tamaño relativo de ambas. En nuestro satélite hay veintidós montañas más altas que el Mont Blanc.

El interior de los templos de Buda, en el Japón, puede ser reproducido por la cámara cinematográfica, siempre que las vidas de los sacerdotes y las ceremonias religiosas figuren en películas de propaganda misionera.

El franqueo postal en China es el más barato del mundo.

Los antiguos egipcios comían repollos después de haber bebido en abundancia. El repollo es excelente para combatir los efectos de la ebriedad.

El puerco-espín de cola empenachada difiere del ordinario en que tiene en la extremidad de aquélla un penacho de púas suaves que, aunque son inofensivas, sirven para atemorizar a sus enemigos.

En el Museo de Bulak (Egipto) se conserva un puño de un abanico de plumas del siglo VII antes de Cristo.

Los griegos usaban barba hasta el tiempo de Alejandro el Grande. Este ordenó que todos sus soldados se las cortaran para que en el combate cuerpo a cuerpo, los enemigos no se asieran de ellas.

En ciertas islas del Sur, los salvajes engordan a sus mujeres y se las comen.

Las acuarelas bajan rápidamente de tono cuando están expuestas a la luz. Se ha comprobado, por otra parte, que la luz no tiene acción sobre los colores si atraviesa antes de

llegar a ellos una materia fluorescente, el sulfato de quinina, por ejemplo. Pero como aplicado directamente sobre la pintura alteraría los colores, se le distribuye sobre el vidrio que protege la pintura (por la cara externa o bien sobre los vidrios de la habitación donde se hallan las acuarelas).

Como la solución es incolora, en nada se altera la visibilidad del cuadro.

Los habitantes del Tirol creen que los sapos son almas en pena que están purgando pecados cometidos cuando eran hombres. Por eso nadie se atreve a matarlos, y se les mira con respeto.

Entre los indígenas del Tibet es costumbre,

cuando se tienen invitados, atarse la lengua como prueba de respeto.

El elefante es el único representante viviente del prehistórico mamut.

Hay plantas que aborrecen la música. Y plantas muy corrientes y familiares: el clavel, por ejemplo. Desde el instante en que llega a sus "oídos" un aire de piano, comienza a estremecerse y poco a poco se vuelve en dirección opuesta a la de donde viene el son. Esto es, le vuelve la "espalda".

En la medicina antigua tuvo el oro un papel muy importante. Se administraba un elixir en el cual había oro, que se tenía como la panacea universal.

EL COMODIN

para aliviar las molestias y dolores de los pies es



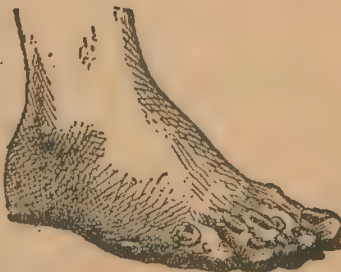
SALES SANATIVAS

Vd. sufre de los pies, ya sea porque camina mucho, porque está siempre parado o porque lleva botines ajustados. Con el calor también sufre de los pies el que tiene callos, durezas y juanetes, males todos que se convierten en un verdadero martirio. Para evitar estas calamidades, tome por la noche antes de acostarse un baño de pies caliente donde se ha disuelto un puñado de



SALES SANATIVAS

cuya eficacia es notable, da una sensación de bienestar asombrosa. Bajo su acción toda hinchazón y magullamiento, así como toda sensación de dolor y quemazón, se alivian inmediatamente, desapareciendo los efectos desagradables de un sudor excesivo. — El baño Tarborado reblandece los callos y durezas a tal punto que pueden quitarse fácilmente sin peligro de herirse. El paquete de Tarborats para varios baños se vende a \$ 2.60 en todas las farmacias.



Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

Banco Municipal de Préstamos



El intendente de la Capital, doctor Horacio Casco, acompañado de las altas autoridades del Banco Municipal de Préstamos, durante la inauguración de la Sucursal de Remates, que la mencionada institución ha establecido en su local de la Avenida de Mayo 1073.



BANQUETE EN HONOR DEL SEÑOR JUAN CASTELLS



Con motivo de su destacada actuación como jefe de la Oficina de Revisión de Impuestos y de su reciente designación, con el mismo carácter en la Oficina de Patentes de la Dirección General de Tráfico, el señor Juan Castells fué objeto de una demostración, consistente en un banquete servido en su honor en el salón Augusteo. A la izquierda: la cabecera de la mesa. A la derecha: vista parcial de los comensales que asistieron al acto.

En el cuartel del regimiento de granaderos



Ofrecido por el jefe de dicha unidad, teniente coronel Ernesto Sánchez Reinafé y presidido por el ministro de Guerra, general Justo, sirvióse el almuerzo con que fueron obsequiados los oficiales superiores de la guarnición de Buenos Aires, festejando la iniciación del año militar. — Grupo de comensales que asistieron al acto.

Liga Patriótica Argentina



El presidente de la Liga Patriótica Argentina, doctor Manuel Carlés al terminar su conferencia de propaganda nacionalista, recientemente pronunciada en el Dock Sur

Bibliografía



El poeta uruguayo, E. Pedro Bergara, autor del libro "La esfinge doiente", recientemente aparecido.

Necrología



Señor Cayetano Ganghi, cuyo fallecimiento ha sido muy lamentado en nuestros círculos políticos y sociales



De Canarias



Señor Emilio Ley Arata, distinguida personalidad de Las Palmas, a quien el gobierno español acaba de condonar con la gran cruz del Mérito Militar, por los señalados servicios que prestara a la escuadrilla Atlántida, en su viaje aéreo a la Guinea Española. Esta es la más alta distinción española concedida a un civil.

SOCIALES



ENLACES.—Celia Richarte Leonart-José Grau.



Señorita Rosa Olives, cuyo compromiso matrimonial con el señor Angel Arregui se ha formalizado recientemente.



María del Rosario Serrano Vivanco - Teniente Javier de Verda.



Irene Mamberto - Santiago Casivaghi



Mercedes Usandizaga-Patricio J. Whelan



Armanda Rousseani Jeanot - Luis Copello



Raquel M. Mettler - Subteniente Francisco Angel Veyezzi



Leconte - Martinez



Haydee del Campo - Beltrán Louge

GENTE MENUDA



Augusto Machado Fragueiro



Licia Teresa y Atilio Emilio Vitelli
Piñma.



Milton Horacio Porro Freire



Giampaolo Malaspina

— ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS —



Ronald Colman y Vilma Banky en "La llama mágica", film extraordinario que Artistas Unidos estrenará mañana



Vilma Banky, la belleza húngara, que reaparece el 21 del corriente en "La llama mágica", de Artistas Unidos



Otra escena de "La llama mágica", primera extraordinaria que conocerá el público este año desde el miércoles próximo



Virginia Valli y George O'Brien en "Pagada para amar", que la Fox Film estrenará pasado mañana

¡Un film sensacional!

El Fin de Monte Carlo

Reaparece en esta película la famosa actriz **FRANCESCA BERTINI**



Estreno: **MIERCOLES 21** en los cines

GAUMONT
—
GRAND PALAIS



Programa **SPLENDID ESPECIAL**

∴ **NEW YORK FILM EXCHANGE** ∴



Marion Nixon y Edmund Burns en "El loro chino", cinta Jewel, que la Universal estrenará hoy



Nita Naldi y Pierre Cendron en "La dicha de una mujer", que la General exhibe desde anteayer.



Francesca Bertini y Jean Angelo en "El final de Monte Carlo", que la New York Film estrenará mañana



“Salve, Dimora casta e pura”

Sebastián Gomila

I

Mañanita abrilfeña, diáfana, límpida, riente, andaba Lina camino del manantial. Costanero y distante, era una fatiga cargar con la jarra y el botijo, emprender por el atajo y subir, subir hasta el abra, casi en el picacho. Pero el agua era fresca, riquísima, y el caño era una tentación para las golas.

Olia el sitio a tomillo y a retama, amén del bálsamo del pinar a cada falda de montículo, con efluvios resinosos purificando el aire.

Lugar delicioso. En invierno, para solearse unas horas; en verano, para hallar frescor. A no esperar la vieja en casa y a no apurarla un retorno tardo, Lina prolongara a gusto la ausencia, sentándose junto al chorro, en aquella espelunca breve cuya humedad templaba los ardores del solazo.

Placiale la soledad o se había hecho a ella. Porque Lina, un primor serrano, era toda reflexión y entendimiento; lo cual encuadraba su figura, donairoso, ajuciada, sin carecer de polidez, a pesar de la sencillez. Sus sonrisas escasas, por lo mismo, eran valiosas. Cuando las dibujaba su boca de guinda la contracción era digna del pincel.

La estada en el manantial iba a ser corta aquel día. La rica agua esperaba a los principales. Malucho el primogénito de Alcañiz, había ido al villorrio a tonificarse. Aquel manantial y aquellos contornos eran sus específicos. Solía atreverse de cuando en cuando a la ascensión, y se paraba en la fuente.

Ya Lina había llenado su jarra y su botijo, disponiéndose al regreso. De la margen frontera partió una voz:

—¡Lina!...

—¡Señorito!...

—¡Cómo tardabas!...

—¿Está usted sediento?...

—Sí. Pero ya no te apures.

Descendió por la veredilla, se llegó a la gruta en un santiamén, bebió un sorbo y se sentó sobre el musgo.

II

—Nadie apesura. ¿Por qué no te sientas, Lina?

—Es que en casa hay que hacer. Y madre...

—No habrá ansiedad. Sabe que vine.

—Bueno, unos minutos, supuesto que le place a usted.

—Así me gusta, Lina. Eres tan buena como linda.

La muchacha ni pestañeó. El joven disimuló el asombro. Y se puso:

—¿No te lo dice tu novio?

—¿Para qué? No había yo de creerlo...

—¿No te lo dice el espejo?... Más que linda, hermosa.

Lina se limitó a mirarle, con mirada serena, apacible, naturalísima.

Y objetó:

—Se ve en el espejo lo que los ojos quieren ver. Y los ojos son a veces engañosos.

El de Alcañiz, un poco adonisado, no era mal mozo. La alcurnia dábale cierta altivez. Pero tan sutil, que resultaba, más que empalagosa, atrayente. Añadió:

—¡Hombre feliz tu novio!

—¿Por qué?

—Porque obtiene tu cariño.

—¿Es usted envidioso?

—¿Quién no lo será de esos encantos? Porque eres un primor, Lina. Yo creo que me pongo aquí bien con sólo verte... Vales tú mucho, chiquilla.

—¡Amos, no me confunda usted, señorito, que me da vergoña!...

Y apuntó una de sus sonrisas, una tentación.

Alcañiz le cogió de una mano, y la piel sedosa, finísima, provocó un estremecimiento. La retuvo, no hallando oposición, y renovó la tentación:

—¡Vales más oro que pesas! ¿Le quieres mucho a tu novio?

—¿Por qué no? Yo quiero a todo el mundo, a todo el que es bueno, señorito...

—¡Querer, querer!... ¿En qué forma me quieres a mí?

—No la vió turbarse ni enrojecer. Y el caso era que no tenía trazas la moza de frialdad en el corazón.

Insistió el señorito:

—¿No has notado que yo te adoro?... Dí, Lina, ¿no lo sospechaste? Barrunto que no tuviste gran suerte. Tu novio es un zafio, indigno de ti, roñoso e incapaz de apreciar esas mieles... Puedes tú aspirar a más alto. ¿No soñaste en un cariño, un amor sin límites?

Con expresión indefinible, objetó la joven:

—¡Cállese, cállese, que voy a enmalecer con esas jaculatorias, señorito!

Sería precisamente tu felicidad. ¿No te parece, Lina?

No.

—¿No? ¿Y por qué?

—Porque..., cadascuno en su lugar. Y mi lugar no es ese que usted pinta.

—¿De modo que crees que te engaño?

—Que se engaña usted.

III

El mozo se quedó contemplándola. En aquella faz traslucíase una serena dulzura que la hacía inmaculada.

En el sombrero se estaba bien. Manaba rumorosa la fuente; soplabla mansa la brisa. Pero el sol iba a picar a la vuelta.

Hubo un silencio expresivísimo. Con toda su penetración, erraba esta vez el cortesano, mientras calaba hondo la lugareña. Creía aquél que iba a embairarla; juzgaba ella que todo era parlero y no cabía tal privanza.

Tranquilamente dijo:

—¿O usted regresa el primero, o yo?

—¿Por qué no juntos y a qué tal prisa?

—Lo primero, porque siempre hay juzgamundos. Lo otro, porque ya es hora de volver. Además, piense usted en lo alto que está el sol; de lleno cae, y no le ha de hacer bien el acaloramiento.

Soltó estas palabras con una naturalidad pasmosa.

Realmente, los preludios de estío eran pronunciados.

—Me desencantas, Lina.

—¿Yo?

—Sí. Te tengo por muy distinta de otras muchachas, y me resisto a achacarte la ingratitud...

—¡Déjese de cantadas!

—¿Desconfías de mí?

—¡Palabra que no!

—Pruébame.

—¿Y cómo?

Ahora fué el linajado quien notó el embarazo. La expresión no fluía, y entre la imposibilidad y el ímpetu se produjo un impulso. Abrazó súbitamente a Lina.

En el acto se sintió receloso. Pensó que tal vez había extremado las cosas, y esperó el rechazo. Pero Lina permaneció impasible. No hizo más que inclinarse y coger el botijo puesto a refrescar, luego la jarra, y decir pausadamente:

—¡P'abajo, que ya es ocasión!

Nítido el azul, saturado el ambiente, verdeantes las lomas, dorada la vereda, descendían Lina y Alcañiz pisando guijos y salvando baches. La cigarra apestosa interrumpía el “reg-gear” al paso de la pareja; volaban trabajosamente unos insectos; corrían por entre plantas vírgenes unas lagartijas; brincaban minúsculos saltamontes... Desde el otero descubriase el lugar, piña de casucas de un blanco lechoso, sobresaliendo la torre parroquial, chatona y pesada, destacándose por cima del ama-

sijo. Los brezos, abundantes, enrojecían el cuadro aquí y allí, con manchas salientes...

Lina, airoso, caminaba con brillo. El de Alcañiz, medio absorto, la seguía, esforzándose. Sus labios resecos, su tez sudorosa, sus ojos encendidos. Desabrochóse el cuello, y tremoló a merced del aire la chalina.

—¡No corras tanto, muchacha, que echo los bofes!

—¿Quiere agua?

—No apagaré mi sed, la sed que tú no entiendes.

—¡Apáguela!

Y se detuvo al doblar una cañada.

IV

Susurró el vástago de Alcañiz, mirando a Lina:

—¡No serías capaz!...

—¿De qué?

—De apagar este incendio...

—¿Cuál?

—El que me abrasa.

—¡José!...

Y se plantificó tan fresca, contemplándolo entre compasiva y absorta.

El joven se le acercó con ebriedad indecible, hasta rozarla.

—¿Serías capaz, Lina?

—Pero... ¿de qué?

—De darme un beso!

Ni esquivó el ademán, ni soltó la carga, ni se inmutó lo más mínimo. Clavó la mirada en el mozo y preguntóle:

—¿Eso le hará bien?

—¡Pura gloria!...

—Pues... ¡tómelo!

Ni el cenit brillante, ni el matiz de las lomas, ni el frescor de la brisa, fueron más puros que aquel ósculo. Alcañiz notó la impresión misma de la nieve. Y en el acto remitió la sed, se templó el deseo. Arrancaba de dentro algo material que, al salir, convirtiéndose en caricia casta.

Hubo otro silencio; anduvieron callados un trechito más, hasta prorrumpir el joven en esta exclamación:

—¡Eres admirable, Lina!... ¿Cómo me besaste?

(Continúa en la página 35).

POR LOS Balnearios



EPECUEN. — Un grupo de familias veraneantes



Sirenas de pileta



Señor Carricaburo y familia



Señorita Amelia Molteni



Señorita Celina Duprat y señor F. A. Rosito



Señoras de Dugurday y Richeri y señorita de Cominges



CACHEUTA. — Señora Berta S. de Liprimberg y su hijita Lidia.



Señoritas de Vega Herrera y doctor Haekel



Señoritas Motti y Baca y doctor Castillo



MAE CHIQUITA. — Señores Juan D. y Hugo Devalle y Pedro Allegrotti.



NECOCHEA. — Chiquito, pero de a caballo.



María Eugenia y José Salvador Arenaza Baña



Niños de Azcoaga.

ECOS DE LAS FIESTAS DE CARNAVAL REALIZADAS EN EL INTERIOR



SANTA ROSA. — Las señoritas de Fuentes, de la Matta y Corchón, disfrazadas de "Pocker", ocupando un palco en el corso oficial



Las señoritas de Balerdi y Gamboa, de "fantasía", reunidas en otro de los palcos de dicho corso



Vista parcial de la concurrencia al baile de la "cretona", realizado en los salones de El Círculo.



RUFINO. — Señoritas Sofía Frant, Rosita Hirth y Cecy Heynen, de "Charleston".



Señoritas Olimpia Galán y Leonor Carzón, de "bataclanas".



PUAN. — Empleados de la casa Torre, Puga y Cía, tripulando el destructor "Cervantes", con el cual obtuvieron el primer premio en el corso de carnaval.



Roberto José Ferrarotti, presidente de la sociedad candombera "Los modernos africanos".



LOMAS DE ZAMORA. — Palco ocupado por las señoritas de Cabello, Costa, Petianini, Torcianti, Nocetoni y Esclaper



Señorita de Camarotti, Scarpito, Cardone, Carroso y Aguilar, en otro palco



Hebe Martínez



Carlos Alberto Weis



María y Mercedes Mariño



Agustina Sastre



Félix Sala

Notas montevideanas



Señorita Aina Blanca Basaldúa



Señor Miguel Amigó, su esposa doña Delia Pujol y su hijito



"Para FRAY MOCHO, mi primer sonrisa uruguaya", dice una simpática porteña



Señor Martín C. Goicoa y su hermana



Durante el paseo matutino en Pocitos



Señora Irene Santiago de Basombrio y su hijo Guillermito.



Señorita Zulema E. Peralta Martínez



Lobos marinos



Señorita Alcira Berro.
(Fots. José E. Maique.)



Señorita Susana Triani

DE ROSARIO DE SANTA FE



ENLACES: — Dionisia Galli — Lucas Alsina.



Ferrero - Grana



Magdalena de Arco - Jenaro de Francesco



Rosa Sigal - Juan J. Tol



María H. Cuello. — Moisés Rodríguez

Las dos hermanas

Por E. M. Bell

—De modo que no quiere usted casarse conmigo — dijo el Conde Wyverton, con una amargura que en vano trataba de ocultar, mientras una sonrisa se dibujaba en su rostro completamente afeitado, y mirando a la joven con cierta expresión de curiosidad enigmática.

En aquel momento inclinábase ella para cortar una de las hermosas azucenas que crecían en las orillas del camino. Al oír aquella frase, que fué pronunciada con la mayor calma por el noble lord, hizo ella un movimiento de sorpresa y se le cayó la flor.

Bajóse él a recogerla, contemplóla un momento y dejóla caer luego dentro de la cesta que colgaba del brazo de ella.

—No se inquiete usted — dijo con dulzura. — No debe tomar mis palabras en serio... a menos que usted lo quiera.

Volvió la joven el rostro hacia él, temblando de azoramiento, y con ademán suplicante le dijo:

—¡Oh, lord Wyverton, por Dios! ¡No me haga usted esa pregunta! ¡Se lo suplico! ¡Estaba... estaba tan segura de que no me la haría usted!

—¿De veras? — dijo él. — ¿Y por qué?

El noble lord era un hombre alto, esbelto, muy bien formado, pero cualquiera le hubiera llamado feo al contemplar su rostro. Muchos de sus íntimos teníanle por tal y otros lo tenían por hombre terrible. Sin embargo, la expresión de honradez y bizarría que se notaba en su persona, suplía con creces los atractivos físicos de que carecía.

—Dígame por qué — dijo.

—¡Oh! Sencillamente porque está usted muy por encima de mí — contestó la joven haciendo un esfuerzo. — Debe usted tener eso en cuenta. Claro que la culpa de esto no es suya. Siempre he creído que no hablaba usted formalmente.

—¿Eso ha creído usted? — dijo sonriendo lord Wyverton. — ¡Vamos! Veo que me tiene usted en un concepto muy elevado, miss Neville.

La joven volvió a sus flores.

—Hay cosas — dijo en voz baja, — que comprende cualquiera.

—¿Y una de ellas es que lord Wyverton es demasiado bromista para que se le tome en serio — preguntó.

La joven no quiso o no pudo contestar.

El, de pie ante ella, la contemplaba con aire escudriñador.

—¿De modo que no tiene usted nada que decirme? En suma, que no le gusto a usted.

Miss Neville le miró de nuevo con ademán suplicante.

—Sí, me gusta usted — dijo pausadamente, — pero...

—¡Pero! ¡Nada de peros!... ¿Quiere usted casarse conmigo?

El noble advirtió que la joven se había puesto intensamente pálida.

—¿Lo dice usted de veras? ¿Es en serio?

—No se asuste. Sí; en estos momentos hablo muy en serio. La quiero a usted.

Irguióse ella y se puso más pálida todavía, pero no despegó los labios.

Wyverton fué quien rompió el silencio.

—Si no me quiere, si no le gusta, no vacile en despedirme en se-

guida. Mis sentimientos no le deben importar. Ya lo sabe.

—¡Despedirle a usted?... ¿Yo?... Mirólo de repente con una mirada penetrante, y le tendió la mano.

—No le importe el mundo, Filly — dijole gravemente. — Deje que digan lo que quieran, adorada mía; si ambos nos queremos,

dola con ojos asombrados y casi con reconvención.

Sólo dos niñas habían quedado de las diez que habían sido. El padre, clérigo de aldea, contaba con mantener la familia con poco menos de trescientas libras anuales. Filly, la hija mayor, tenía que trabajar para ganarse el sustento; estaba empleada en una casa de

Pidan

“Quilmes Cristal”

La mejor cerveza

no habrá poder en la tierra que nos separe.

La joven respiraba fatigosamente al dejar una mano entre las suyas.

—Y ahora... respóndame: ¿quiere ser mi esposa?

El noble lord sintió que la mano de ella temblaba.

Inclinóse, la atrajo hacia sí y murmuró a su oído:

—Sí, Filly. Es menester que me digas que sí...

Y tras de un momento de vacilación, sus labios, lívidos, le contestaron:

—¡Sea!... ¡Sí!

—¿Y lo has aceptado? ¡Oh, Filly! — decía su hermanita mirán-

Londres, en la que actuaba de secretaria particular y hacía poco que se hallaba entre su familia, con la cual pasaba un corto período de vacaciones.

—Lord Wyverton, que la había visto una o dos veces en la gran ciudad, había seguido hasta allí con la intención de continuar haciéndole la corte. Pero ella no podía creer que fuese el objeto de sus atenciones y se había negado, repetidas veces, a creer que le hablaba con familiaridad, hasta la tarde en que había sucedido aquello que hasta entonces le parecía increíble. Y aun en aquellos instantes, sentada con su hermanita en el saloncito que les servía de dormitorio, apenas podía dar crédito a lo que le había ocurrido.

—Sí — dijo; — claro está que

le he aceptado. ¿Por qué no? Díme, querida Molly, ¿cómo había de negarme?

Molly no replicó, pero su silencio evocaba una escena trágica.

—Piensa en mamá — prosiguió la mayor de las hermanas — y en los niños. ¿Cómo podía negarme, aun cuando hubiese querido?

—Sí, ya lo veo — dijo Molly; — pero creí que amabas a Santiaguito Freeman.

En el silencio que siguió a estas palabras, volvió sus ojos escrutadores hacia su hermana.

Molly tenía veinte años justos, y desempeñaba todas las funciones de una ama de casa con el mayor esmero. Su belleza traspasaba los límites de lo común. La naturaleza había sido pródiga en hermosura con todos los individuos de la familia; pero ella era, sin duda, la más hermosa. Bajo sus negras y arqueadas cejas brillaban unos ojos negros como la noche; sus facciones eran delicadísimas en color y en perfil; su cabellera, de oro rojizo, causaba admiración por su exuberancia. Además, era de clarísimo entendimiento, sabía gozar de la vida, a pesar de hallarse la familia en circunstancias algo difíciles, y era tal su presencia de ánimo, que las adversidades, por grandes que fuesen, no influían lo más mínimo en su espíritu.

Después de haber estudiado con detenimiento las facciones de su hermana, reanudó la tarea de remendar la media, deteriorada por el uso, que tenía en la falda.

—El otro día hablé con Santiaguito Freeman — dijo; — conduela la “charrette” del anciano doctor que iba a visitar a un enfermo, y me ofreció un asiento.

—¡Oh! — exclamó Filly con un acento en el que se observaba que aquello no le interesaba gran cosa.

—Le pregunté cómo estaba — continuó Molly. — Me dijo que el doctor Finebury era muy bueno con él, y que le trataba casi como a un hijo. Me preguntó reiteradamente por tí y quiso saber si yo creía que tú eres feliz.

—¡Ya! — Esta vez percibiase en el tono de voz de Filly que la falta de interés que mostraba no era natural.

Molly cambió de asunto con un ademán de indiferencia mejor ejecutado que el de su hermana.

—¿De modo que vas a ser la esposa del Conde Wyverton? — dijo. — ¡Qué lindo, Filly! ¿Te ha dicho que te amaba?

Filly aguardó un momento antes de contestar, y dijo:

—No; no había necesidad.

—¿Ah, no? — exclamó Molly.

—Es que yo no le di ocasión para ello — contestó Filly. — Vino directamente a decirme lo, y añadió que mañana vendrá a comunicárselo a papá.

—Creo que es riquísimo — dijo Molly reflexionando.

—Enormemente rico. — El hermoso rostro de Filly se tiñó de púrpura y se puso a temblar a pesar suyo.

Molly soltó de repente la media y se inclinó hacia su hermana:

—Fil, Fil — dijo con un cariñoso acento; — ¿quieres que te diga lo que me dijo Santiaguito el otro día? Me dijo que dentro de poco tiempo se hallaría en condiciones de crearse una familia. Yo comprendí lo que quería decir, y le contesté que sentía una satis-

facción vivísima. ¡Oh, Fil, querida hermana mía! ¿Qué le contestarás cuando venga a pedir tu mano?

Levantó Filly la vista en ademán de protesta, y se torció las manos con desesperación.

—¡Molly, Molly! — exclamó, — no me tortures más. ¿Qué quieres que haga? No tendré más remedio que despedirle.

—¡Oh, pobre hermanita mía!

Y Molly abrazó a su hermana estrechándola contra su corazón, con una ternura de la que pocos la creían capaz. Llevábanse solamente un año, pero Molly había sido siempre el espíritu director, protector y consolador a la vez, en todas las penas que afligían a su hermana.

Hasta en aquellos momentos, mientras consolaba a Filly y trataba de devolverle la tranquilidad, no cesaba su cerebro de meditar acerca de la situación difícil en que su hermana se encontraba. Era preciso hallar alguna fórmula para salir airoso de ella, y la hallaría: estaba convencida. Siempre habría un medio, aunque de momento no le encontraba. Su amistad con Wyverton era casi nula, y deseaba saber con qué clase de hombre tenía que habérselas.

En un punto, por lo menos, estaba firmemente determinada. Aquel monstruoso sacrificio no debía consumarse, aun cuando debiese asegurar el porvenir de toda la familia.

—Pero, ¡qué lástima! ¡Qué lástima, Dios mío! ¿Por qué nos ha de ser la suerte tan contraria? — pensaba.

Si le hubiesen ofrecido a ella una posición tan brillante, la cosa hubiera variado completamente. El mundo, para Molly, hubiese sido la tierra de los sueños de oro; porque su corazón estaba en absoluto libre; virgen de todo sentimiento.

Semejante idea la fascinaba y la atenaceaba el pensamiento. Empezó a preguntarse si el Conde amaría realmente a su hermana o si la quería por puro capricho, tan sólo porque era hermosa.

También lo era ella, pensaba, y tenía aún más aptitud que Filly para aprender las cosas. Con la rapidez que un meteoro atraviesa el espacio, cruzó por su mente aquel pensamiento. Quizá la escucharía; quizá se mostraría cariñoso. Tenía una mirada tan singular, que hacía concebir esperanzas. Pero, ¿se atrevería ella a poner a prueba su proyecto? ¿Se atrevería a intervenir entre su hermana y el deseo o el capricho del noble lord?

Por ver primera en su vida, joven y exuberante, sintió Molly que su ánimo decaía, pero estaba segura de que podía confiar en él para llevar a cabo su proyecto.

A las nueve de la mañana del siguiente día, hallábase lord Wyverton almorzando en un saloncito del café del León Rojo, cuando oyó una voz conocida que pronunciaba su nombre en el corredor.

—Ha bajado ya lord Wyverton? — decía.

Levantóse el conde, que vestía de rigurosa etiqueta, y dirigiéndose a la puerta encontró a su paso a la patrona, que entraba llevando un cesto de huevos en la mano. Al pasar junto a él hizo una reverencia.

—Es miss Molly, de la casa rectoral, milord — dijo.

Molly hallábase en último término. Por detrás de las anchas espaldas de la patrona hizo un rústico movimiento de salutación.

—He traído huevos para la señora Richards; nosotros se los proporcionamos, y me ha parecido que no estaba bien entre vecinos que me marchase sin saludar a su señora — dijo.

Fijáronse sus negros ojos en los del joven lord, hasta que sus miradas se encontraron. Y al tenderle la mano, díjole él a sí mismo que aquella niña era una verdadera belleza y que sería, a no tardar, una

—Creo que ya sabe cuáles son mis ocupaciones — dijo con naturalidad.

Molly no contestó.

—Vamos a campo traviesa. Así llegaremos más pronto. ¿No fuma usted?

Había en la actitud de ella algo que le llamaba la atención al lord, y que creía no era natural, y meditó acerca de aquella pregunta mientras encendía un cigarrillo.

—Están segando la hierba en los campos de la iglesia — dijo Molly; — ¿no oye usted?

VIDENCIA

En el limbo sereno de las gayas visiones
Donde mora la alondra del divino cantar,
Vaga el estro inefable de intensas emociones
Que tienen al misterio por norte y hontanar.

El esparce el reflejo que sin decir su esencia
Nos dice vagamente su eterna evolución;
¡Evolución que luce la extraña florescencia
De todo lo engendrado para la incompreensión!...

Omniscientes profetas tan sólo han destejido
La indefinible trama de ese halo sutil,
Coronador de genios que del Edén perdido
¡Encontrarán las llaves ocultas en lo vil!

Wellington ZERDA.

mujer magnífica en toda la extensión de la palabra.

—Mucho me alegro de verla, señorita. Ha sido usted muy amable en venir a saludarme. ¿Quiere que vayamos a dar un paseo por el jardín?

—No dispongo de mucho tiempo. Esta mañana me toca hacer en casa las tortas. ¿Va usted a venir a la Rectoría, según creo? ¿Quiere usted que vayamos juntos?

—Ciertamente — replicó en seguida el lord — a menos que no me crean importuno por ser tan temprano.

Los labios de Molly dejaron dibujar una preciosa sonrisa.

—Nos levantamos antes de las seis — dijo.

—¡Cuánta energía! ¡Cuánta actividad! — contestó él a guisa de comentario. — Yo sólo estoy activo cuando estoy de fiesta.

—¿Está usted, pues, ocupado ahora? — preguntó Molly.

Cuando llegaron a un camino en que el sol daba de lleno, contemplóla él con atención.

A través de los céfiros estivales, llegaba a sus oídos el ruido de la máquina.

Era el mes de julio.

—Ese ruido es el más pesado de la tierra — respondió Wyverton.

Desvióse Molly del camino para cruzar una empalizada.

—Debería usted tomar un día de fiesta — dijo al lord mientras subía a ella.

Cogióse de la barandilla que formaba la empalizada, y le dió la mano cariñosamente.

No soy tan haragán, miss Neville.

Molly, que se encontraba ya al otro lado de la empalizada, le observaba atentamente.

—¡Claro que no! — exclamó; — ya supongo que habrá usted venido aquí para algún asunto de interés.

Wyverton dejó caer la mano que le había tendido a la muchacha.

—Vamos a ver — preguntó con tranquilo acento: — ¿qué es lo que tiene usted que decirme?

ANECDOTA

Durante la revolución de 1848, en Francia, pasaba Brifaut por el Pont Royal, de París, cuando vió acercarse a uno de los vencedores, hombre de aspecto poco tranquilizador.

Entonces se llevaban escarapelas de cinta tricolor para seguridad personal. Brifaut sólo llevaba la pequeña condecoración de la Legión de Honor.

—¡Alto! — gritó el revolucionario. — Ciudadano: ¿por qué no llevas en tu traje el signo de la libertad?

Sin desconcertarse Brifaut contestó sonriendo:

—Para probar, ciudadano, que soy completamente libre y por lo tanto puedo hacer lo que quiero.

Molly tenía las manos pegadas a la falda; pero se asían a ella fuertemente.

—He de decirle muchísimas cosas — pudo decirle después de un momento de vacilación.

Lord Wyverton se puso a sonreír... Sus cejas se unían, pero su sonrisa era tranquilizadora.

—¿Sí, Molly? ¿A propósito de su hermana?

—En parte.

Y levantó ella las manos con alguna impaciencia para quitarse el sombrero. Su cabellera brillaba espléndidamente bajo la acción de los rayos solares, que caían muy atenuados a través de las bóvedas del follaje.

—Tengo que hablarle seriamente, lord Wyverton — replicó Molly.

—Ya estoy serio.

Siguió luego un instante de silencio.

Los ojos de Molly iban de un lado para otro.

—He oído muchas veces — comenzó — que los hombres y las mujeres de la clase a que usted pertenece, no siempre se casan por amor.

Las espesas y largas cejas de Wyverton se unieron confundiendo en una sola.

—Supongo que personas de esas, se encuentran en todas las clases — contestó.

Los ojos de Molly, desviándose del campo de heno, posáronse resueltamente en los del lord, y le dijo:

—Está usted mucho mejor cuando frunce el ceño. No crea que traté de ofenderle.

Volvieron las cejas del Conde a su estado natural, pero dejó de sonreír.

—Estoy segurísimo de ello, señorita. Tenga la bondad de proseguir.

Inclinóse Molly un poco hacia adelante.

—Creo que una debe siempre decir la verdad, cueste lo que cueste. Pues bien, lord Wyverton, sepa usted que Filly no le ama, ni poco ni mucho. A quién ama es a Santiago Freeman; ya sabe usted: es el ayudante del médico, muchacho de todas prendas; y él también la ama. Pero... considere usted. Usted es rico y nosotros terriblemente pobres; mamá está enferma a cada rato, principalmente porque no tenemos lo bastante para subsistir a sus necesidades. Por eso, Filly creyó que había sido una mala hija si hubiera rehusado sus ofrecimientos. Quizá no me comprenda; pero ya hará usted todo lo posible por comprenderme; así lo espero. Si no fuese por Santiago, jamás se lo hubiera dicho. Pero... siendo así... ya ve usted...

Calló de pronto la muchacha, y se cubrió el rostro con ambas manos. Su silencio era tan persistente, que el noble lord se quedó atónito.

Acercóse a Molly después de algunos instantes, algo pálido, pero conservando toda su presencia de ánimo.

—¿Sí? — dijo. — Prosiga, hágame el favor. Quiero que termine.

Su acento denotaba cierta autoridad, aunque amable. Pero Molly continuaba silenciosa.

Esperó él breves momentos, y luego puso una mano resueltamente encima de su hombro.

—Ya veo que...

Molly levantó la cabeza y como si estuviera bajo una influencia extraña, contestó con el rostro oculto todavía:

—Ya ve usted que con ella no es posible... Pero yo... me he atrevido a pensar que tal vez me tomaría a mí... en lugar de ella. Yo... no amo a nadie... y no amaré nunca a nadie... Si usted ama a Filly no digo nada, pero si la quiere usted, sólo por su belleza, creo que yo no soy más fea que ella. Y crea que haré todo lo posible para serle agradable...

Molly no pudo hablar más. Su acostumbrada presencia de ánimo había desaparecido en aquel crítico momento.

El silencio que siguió después fué terrible para ella, y más tarde se preguntó cómo pudo salir tan bien de aquel paso tan difícil.

Conmovióse él por fin y la tomó por las muñecas.

—¿Quiere usted mirarme?— dijo.

El timbre de su voz hizo estremecer. Jamás, durante su vida, exuberante de juventud y de belleza, sintióse tan desesperadamente afligida y avergonzada al mismo tiempo. Y sin embargo, cedió a la insistencia de su acento y aguantó firme y serena la escrutadora mirada del lord. No se advertía en ella el más ligero enojo, ni la menor sombra de desdén. Esto fué lo único que pudo leer. Bajó los ojos y esperó. Su pulso latía con violencia, pero a pesar de ello no temblaba.

—Es definitivo este ofrecimiento?—preguntó él después de pensar unos minutos.

—Sí—contestó ella, bajando el tono de la voz.

Aguardó él un segundo. Molly sintió que sus ojos la dominaban por completo, y no podía ya aguantar su mirada.

—Perdóneme—dijo luego;—¿ha hablado usted leal y desinteresadamente?

Las manos del Conde oprimieron con fuerza las de la muchacha.

Es usted magníficamente bella, y hermosa.

Observábase en el acento de su voz una nota extraña, que bien podía ser de burla.

Molly levantó los ojos involuntariamente hacia él, y con satisfacción inmensa, vió que su mirada era en extremo cariñosa.

—¿Me permitirá, señorita, que le diga que no puedo creer que haya usted nacido para ser otorgada como accésit?—dijo con alguna aspereza, aunque con un tono no desprovisto de buen humor. Creyó que la ofendía brutalmente, pero que estaba en su derecho de tratarla de aquella manera.

—Ya veo que habla usted seriamente—prosiguió después de observar el efecto de sus palabras anteriores.—Si no fuese así, no podría tolerarlo. Dígame, pues: ¿espera usted en realidad que la tome la palabra?

—¡Ojalá!—respondió ella sin vacilar.

—¿Cree usted que sería feliz, siendo mi esposa? Sabe que yo soy muy excéntrico, según dicen...

—Si que lo es usted. De lo contrario, jamás hubiera soñado casarse con una de nosotras. Y en cuanto a ser feliz, no está en mi naturaleza el ser desgraciada. Yo no necesito ser condesa, sino ser el ángel tutelar de mi familia. Esto, por sí sólo, me hará feliz.

—Mucho le agradezco que me haya dicho la verdad—respondió el lord con solemnidad.—Así me lo ha parecido desde el principio. Y ahora, escúcheme bien. Pedí a su hermana que fuese mi esposa por-

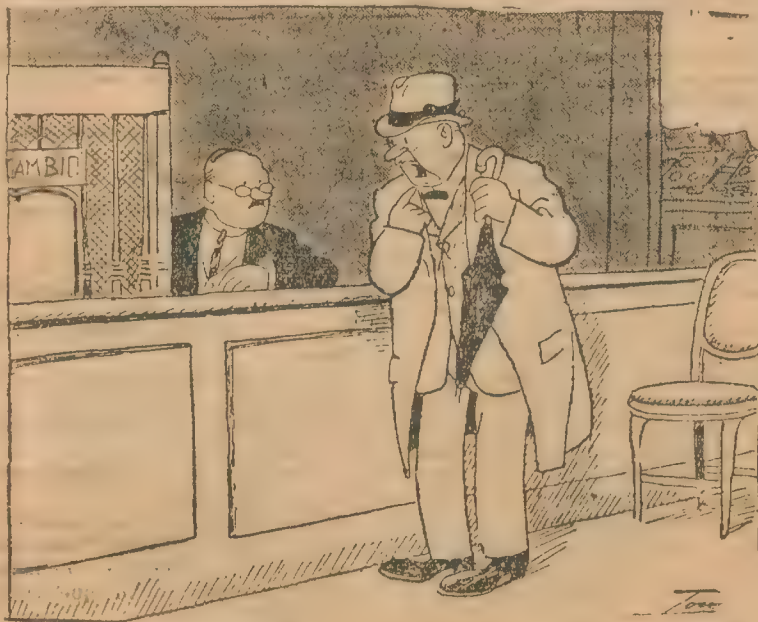
que me convenia; pero no quiero en modo alguno destruir la felicidad de una mujer. No quiero nada que no deba pertenecerme. Su hermana quedará libre, yo le devolveré su palabra.

Una breve pausa siguió después. Molly fijaba sus ojos encantadores en los del Conde, como quien concibe una esperanza próxima a realizarse. Bajo el influjo de su mirada, hizo más dulce la expresión del semblante Wyverton.

—No sé si me habré expresado bien—dijo.—Pero... no me pesa haber dicho lo que he dicho.

—¡Gracias!—exclamó Wyverton, sonriendo y besando una tras otra las manos que aprisionaba entre las suyas.

Nadie, excepto Filly, supo el contrato que se había celebrado aquella hermosa mañana de junio en el lindero de la pradera, y aún Filly,



—Quisiera cambiar oro por billetes.
—¿Tiene usted mucho?
—¡Casi toda la dentadura!

—En cuanto a usted, hermosa niña, no creo que pueda considerarse como definitivo lo que me ha ofrecido. No es poco lo que usted posee, Molly, y me ofrece usted todo lo que tiene. Una mujer no debe desprenderse de ello tan fácilmente. Sin embargo, ya que lo ha ofrecido, no puedo ni debo despreciarlo. Si persiste usted en la misma idea dentro de seis meses, a partir del día de hoy, vendré a tomarle la palabra. Pero... ¿debería usted casarse por amor, niña, por amor!

Tendióle el lord la mano que Molly aceptó, tendiéndole las suyas y con el rostro encendido como una amapola.

si bien se enteró de la entrevista, ignoraba los detalles.

El propio lord Wyverton, le aseguró que la dejaba libre, que le devolvía su palabra empeñada y que no sentía pesar alguno por el desengaño sufrido. El noble lord no pronunció una sola frase de reproche ni siquiera insinuó si le había dado algún motivo para quejarse.

Presentóse ante Filly sereno y tranquilo y hasta como amigo sincero y leal. Mencionó someramente, la intervención que en el asunto había tenido su hermana y no dijo una palabra acerca del método singular que había adoptado para despejar la situación.

MORIR BIEN

Se puede ser un espíritu irónico y tranquilo, no creer en nada y dejar esta vida valientemente. Petronio, entregado a los placeres, hace cuanto puede para morir voluptuosamente. Se mete dentro de un baño tibio, relee la orden de Nerón, recita algunas poesías amorosas; después coge un cuchillo y se corta las cuatro venas; hecho lo cual, mira correr su sangre, separa la cortadura de una vena con sus dedos, luego la otra, las cierra, las abre de nuevo; ya es el brazo derecho, ya el izquierdo, y dice riendo a sus amigos: "Las musas gustan de los cantos alternados". Verdaderamente es ésta una actitud grandiosa ante la sombra; pero esto sólo es hacer la salida y no morir bien.

Morir bien es morir como Leónidas por la Patria, como Sócrates por la razón, como Jesús por la fraternidad.

Víctor HUGO

Molly fué quien le enteró de todo, y con tal cuidado y circunspección lo hizo, que Filly no halló en su explicación motivo alguno de censura.

Reanudó luego sus múltiples tareas, sin que se observara en su semblante, aparentemente al menos, la menor sombra de preocupación. Nadie se imaginaba, sin embargo, las dudas y las esperanzas que en confuso tropel se revolvían en su mente.

Despidióse lord Wyverton, y volvió a su placidez acostumbrada.

El anuncio de la próxima boda que iba a realizarse entre la hija mayor del párroco y Santiago Freeman, ayudante del médico de la vecina aldea, dió mucho que hablar a las comadres de la localidad. La opinión general era que, por bueno que fuese el joven Freeman, podía la hermosa Filly Neville haber encontrado un partido mejor, y hasta corrió el rumor en algunos círculos de que por amor a Santiago Freeman había rehusado la mano que un poderoso aristócrata le ofreciera.

No eran muchos, sin embargo, los que persistían en estas creencias. Semejante decisión hubiera sido una locura demasiado sublime.

Cuando Filly se marchó para reanudar sus tareas después de las vacaciones, las comadres cesaron de hablar. Habíase dispuesto que la boda se verificaría durante el próximo invierno. Molly, pues, estaba ocupadísima y no tenía tiempo de hablar sobre la elección de su hermana.

En la casa rectoral se recibía solamente la visita de una persona de cumplimento, y aun ésta no iba más que dos veces al año, con la agravante de que las visitas se parecían a las de un monarca que desea dispensar su real protección a las personas de su agrado.

Era ésta lady Carly, propietaria del señorío en donde se hallaba enclavada la rectoría, y a la cual debían el beneficio eclesiástico que su padre disfrutaba.

Lady Carly había demostrado siempre una preferencia ostensible por la hija segunda del párroco.

—Molly Neville—acostumbraba decir a sus amigas—es una muchacha a la que las circunstancias han puesto a prueba; pero, llegará a ser algo. Su belleza es extraordinaria y no puedo creer que la Providencia la haya destinado a ser la esposa de un labriego.

Era una nebulosa tarde de fines de noviembre, cuando por segunda vez, aquel año, penetró por la puerta de la rectoría el carruaje de lady Carly.

Molly, sola, recibió a milady. Su madre hallábase en el piso superior atacada de bronquitis.

Lady Carly, hermosa, aunque de edad madura, y de aristocrática presencia, entró en la pobre estancia con el aire de una reina. Acomodóse en un viejo sillón y comenzó a hablar de diferentes asuntos, triviales todos ellos.

Molly sirvió el té y contestó jovialmente, según era su costumbre, a todas las palabras de la dama. Lady Carly no la amedrentaba. Su padre decía que ella era de lo más audaz que existía, y valiente como un león.

Tras de una ligera pausa en la conversación, lady Carly dejó de hablar de los asuntos de la parroquia con una precipitación algo característica en ella, aunque bastante impetuosa a la vez.

—¿Habéis visto alguna vez, por casualidad, al Conde Wyverton, querida Molly? —preguntó.— Este verano ha estado aquí a pasar algunos días.

—Sí. Vino a visitarnos varias veces, —dijo Molly, ruborizándose, pero mirando de hito en hito, con una actitud casi infantil.

—¡Ah! —exclamó lady Carly—. Yo estaba ausente del castillo, entonces; de lo contrario, le hubiese suplicado que se quedara en él. Siempre me ha gustado. ¡Es tan bueno!

—También nos gusta a nosotros, —respondió con sencillez Molly.

—Es un perfecto caballero. Y esto hace su desgracia más sensible.

—¡Su desgracia!...

Lady Carly, al oír la exclamación escapada como un eco de los labios de la muchacha, hizo un pequeño movimiento de asombro.

—¡Ah! No lo sabéis... Ya veo... No quisisteis averiguarlo. Ello es que esta desgracia ha sido el tema de todas las conversaciones. Dícese, y aun se asegura, que ha perdido hasta el último penique en una empresa americana gigantesca, y que para no hundirse del todo, tendrá que vender o dar en arrendamiento todas sus fincas. Es tanto más de sentir cuanto que es un hombre que asume siempre seriamente la responsabilidad de lo que emprende. ¡Ah, sí! Son muchos, querida Molly, los que consideran sus principios como una excentricidad suya. Pero yo no me cuento en este número, y como tú, Molly, le tengo en el concepto más elevado y tiene mis más calurosas simpatías.

Tras este discurso siguió un momento de silencio.

—¡Qué lástima! —dijo entonces Molly.— debe ser peor perder una cantidad tan grande de dinero, que ser pobre desde un principio.

El rubor que coloreaba sus mejillas había desaparecido y le había substituído una sombra de palidez.

Lady Carly dejó la taza encima de la mesita, y se levantó.

—Así debe ser, sin duda alguna. Creo que lograré persuadirlo a que venga a pasar un tiempo entre nosotros, a fines de este año. ¿Y tu hermana, va a casarse, por fin, en enero? Eso será un verdadero acontecimiento para vosotros.

Despidióse lady Carly de la muchacha, y salió. Cuando el carruaje que la conducía hubo traspasado el portal de la rectoría, llevó Molly las tazas a la cocina y se dedicó a sus tareas.

En la víspera de la boda de Filly, Molly andaba atareada en la cocina, sola, entregada a sus labores y pensamientos.

Todos los moradores, grandes y pequeños, hallábanse en un estado de excitación indescriptible. Muchos eran los invitados que habían acudido, llenando todas las habitaciones de la casa, menos la cocina, en la que estaba prohibido terminantemente el ingreso de personas extrañas a ella.

Hallábase Molly inclinada al hornillo, terminando un plato que requería un esmero exquisito, cuando llamaron a la puerta de la cocina.

Ni siquiera volvió Molly la cabeza al contestar: "Marchaos; no puedo hablar con nadie".

Hubo luego algunos segundos de silencio y Molly inclinóse todavía más encima de la cacerola, creyendo que el intruso se había marchado.

Luego notó que la puerta se abría silenciosamente y alguien entraba.

En aquel momento no podía volver la cabeza.

—¡Oh, haga el favor de marcharse! —dijo.— No puedo disponer de un minuto y si esto se me echa a perder, tardaré todavía más tiempo.

Cerróse cuidadosamente la puerta de la cocina, y Molly, suspirando con satisfacción, concentró toda su atención una vez más en la tarea que tenía entre las manos.

Llegó, por fin, la última fase crítica de la operación; quitó la cacerola del fuego y volvióse con ella hacia la mesa.

—¿Cómo ha llegado usted hasta aquí?

—He venido a pasar una temporada en casa de lady Carly. He llegado esta tarde para ofrecer un humilde presente a su hermana de usted, y para hacerle a usted una insinuación, igualmente humilde. Pero si está usted demasiado ocupada para escucharme, esperaré.

—Ya puedo escuchar —dijo Molly.

—Gracias. Recuerda usted cierta conversación que tuvimos hará unos seis meses?

—La recuerdo.

Su turbación era tan grande, que él no dejó de notarla. Las faccio-

nes del Conde se alteraron, y continuó:

—¿Y continúa usted todavía en ser generosa? —preguntó.— ¿Persiste usted todavía en su ofrecimiento tan espléndido que me hizo? ¿O ha cambiado de parecer? No hay que compadecerme mucho, a pesar de mi ruina. Tengo lo suficiente para vivir; lo suficiente para dos años... si es que usted quiere cuidar de la cocina y limpiar la manija de la puerta de la calle.

—¿Y qué hará usted?

—¿Yo? Pues, limpiaré los zapatos, o fregaré los suelos y lo que haya que fregar; o también estaré junto a mi mujercita para ayudarla a quitar la cacerola del fuego y substituiría en sus tareas cuando esté cansada.

Sintió Molly que el Conde la atraía como el imán. Ante él permanecía silenciosa e inmóvil, y latía el corazón con violencia.

—Le ofrezco cuanto tengo y cuanto valgo, Molly. La amo desde el momento en que me ofreció usted su mano. ¿Le basta esto?

Sí, eso bastaba. Aquella declaración era como una de esas olas gigantes que todo lo arrollan, sin que ningún poder humano pueda oponérsele. La muchacha lanzó un suspiro, y se rindió. Tendióle los brazos, dejando que su alegría y su emoción se manifestasen libremente.

Aquella noche, y ya muy tarde, cuando Molly se acostó por la última vez al lado de su hermana, que iba a desposarse a la mañana siguiente, vinieron las revelaciones.

—Aún no te he dicho nada de lo que lord Wyverton acaba de hacer, Molly, —dijo Filly.— No lo adivinarías jamás. Ha sido una cosa tan inesperada y tan extraordinaria! Ya sabes que vino a tomar el té. Tú estabas atareada en la cocina, y no le viste. Santiago estaba también con nosotros, en la sala. Pues bien: figúrate que vino directamente a mí, y nos dijo muchas cosas de la manera más amable del mundo. Nosotros dos estábamos algo separados de los demás. Sacó un sobre del bolsillo y me lo entregó diciéndome con aquella sonrisa que tanto le caracteriza, que lo aceptase en prueba del cariño de un antiguo amigo. Y en seguida desapareció como una visión. Y... ¡oh, Molly, Molly!... era un cheque de mil libras esterlinas.

—¡Santo cielo!

—¿Has visto algo más sorprendente? Estuve a punto de perder el aliento. Después vino lady Carly y se lo enseñó, y me dijo que la historia de su ruina es apócrifa, y que la había inventado por motivos especiales que ya no existen. Más aún: añadió lady Carly que le creía más rico que antes. ¡Oh, Molly, Molly, hermana mía! ¡Qué bueno es!

De repente saltó Molly del lecho. La luna iluminaba en todo su esplendor su hermoso rostro.

Con la vista perdida en la lejanía, a través de la ventana, y con un acento de infinita ternura, dijo:

—Sí, sí; ya lo comprendo. Es rico, sí, es cierto... querida hermana mía. Es más rico ahora de lo que ha sido siempre, y yo... yo también he hallado riquezas incalculables... porque le amo... sí; le amo, ¡y él lo sabe!

—¡Molly! —exclamó su hermana Filly en medio del mayor asombro.

Ella no se volvió. Continuaba dando el rostro al astro de la noche, y veía... veía con los ojos del alma.

GRATIS!... LIBROS DE TEXTO

Mandamos por correo nuestro nuevo CATALOGO de

de Enseñanza Secundaria, Normal, etc. Sus precios son los más ventajosos de plaza.

Pedirlo a la Librería J. LAJOUANE y Cia. - Bolívar, 270.

Entonces vió que la había distraído de su trabajo y que casi fué causa de que dejase caer al suelo la cacerola y su contenido: el Conde Wyverton hallábase de pie con la espalda vuelta hacia la puerta, contemplándola burlonamente al través de su monóculo.

Avanzó inmediatamente unos pasos, y tomó de sus manos la cacerola.

—¡Permítame usted —dijo.

Molly le dejó hacer. En aquel momento encontrábase sin fuerzas para resistir. El Conde le dijo:

—Vamos a ver, ¿qué hay que hacer ahora? ¿Derramar esto en esta vasija de cristal? ¡Ah sí! Haga el favor de no mirarme; estoy nervioso.

Molly soltó una pequeña carcajada.

—Ya sé que soy feo; pero no me como a nadie, créame usted.

Comprendió ella la alusión y quiso reírse.

—¡Oh, no! No me da usted miedo, lord Wyverton.

—Gracias. Esto es ser amable. Y ahora... vamos al caso. Tengo que hacerle dos preguntas. Primeramente, ¿le han dicho que estoy arruinado?

Las facciones de Molly volvieron a turbarse, pero procuró dominar sus nervios.

—Sí; lady Carly me lo dijo, y lo sentí... por usted.

Pronunció Molly estas dos últimas palabras haciendo un poderoso esfuerzo.

Esta vez el Conde no le expre-

ANIMA...

I

No sé quién eres
tú, la que pasas
siempre gimiendo
como una llanta...
o abriendo heridas
con tu cantata
de notas tristes
y entrecortadas
por los rincones
de la montaña!

¿Reina del indio...
florcita humana
que no tuviste
la acción de gracias,
que te impidieron
ser desposada
o que prolongas
tus esperanzas...
por los rincones
de la montaña?

Anima en pena...
¡Si fueras mi alma!

II

No sé, tampoco
por qué me tocas
en lo más íntimo
de mis congojas...;
por qué se ponen
tristes las rosas,
tristes las cumbres,
tristes las ondas,
y tristes... tristes...
hasta las rocas!

Poeta errante...
visión de Dios...
¿no ves que cuando
cantas o lloras,
surgen las penas,
dolores brotan...
y en la montaña,
de angustia tornan
tristes... muy tristes
hasta las rocas?

Anima en pena...
¡Mi alma hecha nota!

A L B E R T O G. O C A M P O

La encantadora fantasía de los pueblos que florecieron en las riberas del Mediterráneo Oriental y el Occidente asiático, puso destellos de candorosa ideología en todas las realidades de la vida, tratando de encubrir el doloroso prosaísmo del mundo material con las galas sutiles de un espiritualismo que hiciera tolerable una existencia dura e irremediable, donde el ser humano se encontraba desamparado ante los rigores de la naturaleza. Por la formación de imágenes y el lenguaje metafórico y simbolista, se entrelazaban los hechos con el pensamiento, promoviendo una contemplación de los fenómenos y de los hechos reales en armonía con el medio y los designios directivos y de explotación de los elementos dirigentes de los primeros pueblos. La ideología y su forma expresiva, la metáfora, fueron dos potencias de disciplina y progreso primitivos, en la tenaz e ingénita tendencia del hombre en buscar la libertad y asegurar su existencia, independizándose en la animalidad de la naturaleza, a la que pretende dominar, para basamentar su éxito en la vida y llegar, más tarde, a proclamarse Rey de la Creación.

¿Y cuánto no lleva logrado en esa cruenta lucha el hombre moderno que sabe dominar el rayo y convertirle en dulce luz de su hogar y brazo potente de su industria, dominando, desde ya, a su voluntad, las poderosas energías con que construye y eleva toda la compleja estructura de sus civilizaciones?

Esas fantasías, la profusa ideología de que está llena toda la mentalidad de los pueblos pretéritos, han respondido a la satisfacción de aspiraciones y necesidades materiales de la época y ellas han representado el empeño y esfuerzo del hombre para el dominio del mundo físico por la fuerza incontrastable del espíritu. Por lo demás, toda esa potencialidad, encerrada en las formas y pensamientos que instruyeron el pasado y que puede decirse que saturan toda la historia, animándola con fuerzas ancestrales, son un admirable y benefactor contrapeso a los continuos esfuerzos que vienen realizando elementos desorbitarios que arrastran la corriente del progreso por cauces de disolución.

Y también el viejo arte, la arcaica filosofía y la metafísica, no obstante, han dado de sus fecundas entrañas lo mejor de nuestra cultura, que tan pagana es en su médula milenaria. Lo ideológico, lo mitológico, todo lo espiritual, es fruto del esfuerzo mental, que sólo es el reflejo de lo subjetivo, obrando en lo objetivo y promoviendo la "Idea" que es la fuerza impulsora del progreso humano. Un maestro de la moderna filosofía ha dicho que "lo espiritual y lo metafísico de ayer, es hoy, el concepto de lo material que busca su fuerza y belleza en lo ideal. Este concepto que exponemos de lo consubstancial del idealismo y del ideologismo, en sus diversas formas de expresión y de acción, dentro de la materia que lo sustenta e inflama, ha sido vista y expuesta por Leibnitz y por Kant y resuelta por Hegel, en su doctrina de la "compensación de los contrarios".

De una sensación nació el amor o el temor y surgió un culto, una "idea", que tuvo doctrina, sistema

El potencial ideológico en la ciencia positiva

(DEL LIBRO A PUBLICARSE "LA ATLANTIDA MAGNA")

Por Juan Domenech



Señor Juan Domenech, nuevo colaborador de FRAY MOCHO, y autor del libro "La Atlántida Magna", que aparecerá en breve.

y templo. Allí nació el pensamiento, que analizó a su manera, y este pensamiento dió el contenido para una filosofía y para un arte

y de ambos surgió la ciencia que, evolucionando, concibe y contempla nuestro mundo bajo otras formas más amplias, siempre ilumina-

das y animadas por nuevos y más concretos motivos, que van a su vez, enriqueciendo el eterno "Ideal".

Dentro de este concepto fundamental, el menosprecio hacia la profusa ideología y sus excesivas fantasías con que está revestida la tradición de la Atlántida, — es una mezquindad de nuestros tiempos en que sobra la petulancia científicista demasiado adobada con los postulados del materialismo histórico que tuvo su patriarca en Marx. Aprovechemos, pues, cuanto material precioso pusieron la religión, las artes y la leyenda, en los conocimientos históricos del pasado y, especialmente en las narraciones atlantistas, porque ello constituye la más fecunda fuente demostrativa de la existencia de aquel continente situado entre ambos mundos, a los que unía, y en cuyas tierras, amplias y geográficamente privilegiadas, hubo de aparecer el hombre y los animales superiores de la escala zoológica, que luego se esparcieron por el planeta. (Afirmación que concuerda con las teorías de Ameghino).

Pensar así significa, también, estar de acuerdo con un moderno concepto científico del aprovechamiento de todas las fuerzas históricas, tanto físicas como éticas, en bien del progreso general. Ya los viejos maestros fundadores de las teogonías, habían obrado con este sabio criterio, aprovechando el valioso acervo común de mitos y creencias para organizar y disciplinar a sus pueblos, en los que, espontáneamente, bullían fuerzas ideológicas capaces de sofrenar y orientar a las incultas masas. Aquellos directores primitivos, nos enseñan que las milenarias gravitaciones de los ideales y sentimientos, por toscos que sean, sirven como potenciales para contener y equilibrar los naturales impulsos desorbitarios de la animalidad humana, en cualquier tiempo y lugar de la evolución histórica.

Y es admirable el contemplar ese sabio y profundo aprovechamiento de las fuerzas psíquicas e ideológicas, para ponerlas, como fuerzas naturales, poderosas, al servicio de una cultura y de un sistema social y político. Lo mismo que hoy aprovechamos las fuerza destructiva de un torrente para convertirla en motor de nuestra riqueza.

Las teogonías asiáticas, que conocemos, encierran ese sabio procedimiento: en todas ellas aparecen frente a frente las fuerzas antagónicas del Bien y del Mal, en abierta y eterna lucha. Zoroastro organizó los pueblos de su conglomerado cultural, bajo el sistema ideológico de la brega entre Ormuz y Arimán. — Los egipcios representaron la pelea con los contrarios Osiris y Tifón; — el primero, hijo bienhechor del relámpago y el segundo, hijo temible de las tinieblas. Para muchos otros pueblos el sistema moral estaba representado por Bichnú y Siva, — que en terrible combate destruyeron todos los valores existentes para que el benéfico y sabio Brahama, tomando los materiales dispersos y destruidos reconstruya un mundo, cada vez más perfecto, llegando por estas concepciones hindúes, a los sistemas profundos de la Mentemp-sicosis — ley de depuración y perfeccionamiento por la evolución, en sucesivas reencarnaciones, y al nirvana o nimbo de la felicidad absoluta por la eterna quietud.

LA NIÑA DORMIDA

Con finísimo lino cobijada,
blanca, limpia, virgínea, primorosa,
en la alcoba secreta y silenciosa
la niña duerme y sueña enamorada,

Yacente la cabeza en la almohada,
vaga el ensueño en la onda deliciosa
del cabello de oro, y la anhelosa
sonrisa de los labios inviolada.

El brazo ebúrneo apenas encogido;
del hombro blanco cae la camisa,
y hasta los senos núbiles desliza
la finísima gracia del tejido.

Ansioso, acaso, el sol de la mañana
de acariciar la carne de alabastro,
pérfido un rayo azul envía el astro
cruzando el leve tul de la ventana.

Toca la frente, y de la linda boca
el cáliz purpurino...
Y sobre el ténue lino
carne dormida y palpitante toca.

Y huye después que de la niña roba
el íntimo pecado
del finísimo lino cobijado
en la secreta y perfumada alcoba!

Luis REYNA ALMANDOS.

Pasados cincuenta años...

El periodista, descubridor del Congo

Enero del 1878. — Regresaba el Zar victorioso de Turquía, y el pueblo ruso le acogía de ciudad en ciudad, hasta San Petersburgo, con enloquecido entusiasmo; moría Víctor Manuel II en el Quirinal, y en el Vaticano agonizaba Pío IX; ardía Madrid en fiestas, celebrando la boda del Rey con su prima, la linda sevillana María de las Mercedes, hija del duque de Montpensier; se coronaba Rey de Italia Humberto I... La curiosidad de la gente tuvo en aquel mes hartos sucesos con que saciarse; sucesos de amor, de guerra, de muerte... Los espigadores de efemérides pueden recolectar centenares en los días de aquel enero del año 1878. Entre ellas figurará, sin duda, la llegada a Marsella de Stanley... Su desembarco inesperado, cuando se le había olvidado casi, cuando se le creía perdido en el centro de África, como Livingstone; muerto, acaso; produjo en toda Europa, en medio de los grandes sucesos acaecidos, una honda y sincera emoción. No la producía solamente la presencia de un hombre abnegado, valeroso, heroico, que había llevado a feliz término una hazaña singular, como en tiempo ya legendarios, sino la convicción cierta en las cancillerías y en la opinión de que el regreso de Stanley planteaba ante Europa, imperativa e inexcusablemente, el reparto de África, que había entregado al osado explorador el misterio de sus bosques vírgenes, de sus cordilleras inaccesibles, de sus ríos caudalosos...

Hubo otros exploradores anteriores: los franceses Mage, Lejean, Albert Marche, el marqués de Compiègne y Duveyrier; los alemanes Barth, Decken, Rohlf, Comerón, Nachtigal y Heuglin, los ingleses Livingstone, Baker y Speke; el americano Long-Bey; el italiano Miani; el ruso Schweinfurth... Españoles, ninguno... Al menos, sus exploradores no habían sido comunicados a las sociedades geográficas de Europa y no fueron tomadas en consideración en la hora del reparto que se acercaba. Españoles y portugueses seguían creyendo en 1878 que regía aún aquel meridiano ficticio con que repartió el mundo entre ambas potencias la fácil liberalidad del Papa Alejandro VI.

Todos aquellos exploradores, movidos unos de celo religioso, como Livingstone; otros de aficiones etnográficas, geográficas o botánicas; aventureros osados los menos, habían ido creando en la conciencia europea un sentimiento mezcla de ambiciones imperialistas y codicias comerciales, que pudo purificarse y legitimarse, y aun denominarse el deber africano, cuando Stanley desembarcó en Marsella, demostrando que el continente misterioso, podía cruzarse de mar a mar. Y es que la hazaña de Stanley no fué del misionero ni la del sabio, sino la del periodista, que logró llevar a las muchadumbres cuanto hay de humano, lícito e il-

cito, sublime y afrentoso en las empresas coloniales.

Stanley era periodista. Corresponsal en París del *New York Herald*, había venido a Madrid en 1868, a presenciar el espectáculo de la revolución española. Contaba entonces veintisiete años; en la guerra de Secesión, y acompañando a la expedición inglesa contra el Negus de Abisinio, Teodoros, cuyo suicidio narró con honda emoción en un relato telegráfico, había ganado fama de reportador sagaz de informes periodísticos. Estando en Madrid recibió el aviso de

Gordon Bennett, empresario y director editorial del *New York Herald*, para que se trasladara a África, a buscar en la inmensa extensión ignota, salvaje y misteriosa, a Livingstone, de quien no llegaban noticias.

Partió de Zanzíbar, se abrió camino a viva fuerza hasta llegar a Olliji, y encontró, al fin, al anciano Livingstone. Se dijo entonces que algún día este encuentro de los dos exploradores europeos entre tribus recelosas y hostiles sería narrado por un Homero o un Camoes. Pasado medio siglo, parece olvidada aquella hazaña, sólo comparable, según un leal comentarista inglés, a la de "algunos conquistadores españoles". Regresó Stanley a Europa; Livingstone no quiso acompañarle. Se hallaba bien entre las tribus de procedencia árabe con la que Stanley le encontrara, y no quiso volver a las comodidades de la civilización europea.

Stanley también se había dejado prender por la fascinación líbica, que recuerda la terrible leyenda de

LA ENAMORADA DEL MAR

Fué en una tarde del estío cuando los vecinos y veraneantes de un pueblo costero conocieron a "la enamorada del mar".

Nadie sabía quién fuese aquella mujer, rodeada de impenetrable misterio.

Hermosa, con hermosura recatada y perfecta de líneas, tenía su rostro un aire inexpresivo, como si alguna prematura desilusión hubiera definitivamente paralizado los entusiasmos y extinguido la sed de vida de su espléndida juventud. No era el rubio de sus cabellos el cálido y alegre rubio de los rayos del sol; dijérase más bien su color triste, apagado, de oro viejo. La intensa palidez de sus mejillas dábale ese aspecto enfermizo exquisitamente atractivo a los espíritus románticos, que gustan de la melancolía de los ocultos y aman el silencio y la quietud de los jardines umbrosos. Verdes eran sus ojos; verdes e inexpresivos también, como constantemente extasiados en una contemplación interior o demasiado distante.

"La enamorada del mar" habitaba una casita moderna y sencilla, que ella hiciera construir, no lejos del acantilado.

Una criada vieja y silenciosa, como demandadera de convento, era toda su servidumbre en aquella mansión de misterio.

Por las tardes, a la hora del vespertino, "la enamorada del mar" situábase en la orilla más apartada de la costa, como quien puntualmente asiste a la cita con un amante.

Sus vestidos, cual galas de novia, tenían el mismo color blanco de su rostro. Por bajo del pequeño "canotier" con que tocaba su cabecita blonda, asomaban, como tímidos, los bucles de su pelo, mecidos suavemente por la brisa.

Unos instantes — horas a veces, hasta muy entrada la noche — parecía entablarse un extraño diálogo, en que las palabras de la mujer diríanse contestadas por el murmurio de las aguas.

A ratos, el sonido estridente de la sirena de algún barco lontano traía en el viento, a los oídos de la "enamorada", como la queja triste y calofriante de un alma en pena de amor.

Arriba, destacando del fondo azul obscuro de las nubes, Sirio semejava una pupila brillante que vigilase aquellos amores enigmáticos.

En la sobremesa del hotel al que hubió de relatar a los curiosos huéspedes una historia romántica.

La desconocida era un mujer a cuyo amado, en las vísperas nupciales, dió muerte el mar entre sus olas, como garras de fieras hambrientas...

Esta bravura del coloso triunfando de la vida y la juventud del elegido despertó en la dama un amor extraño, que fué desprecio al débil, al impotente, para disputarle a quien se le arrebatara la posesión de la amada...

Desde entonces ella era "la enamorada del mar", dispuesta a entregarse a sus abrazos, hechos suave espuma para recibirla...

...Y otra tarde estival los vecinos y veraneantes del pueblo costero, vieron, desde lejos, cómo la mujer blanca y rubia, y toda hermosa, despojada de sus albos vestidos, cual galas de novia, se hundía en el blando lecho de las aguas, para darse a las caricias del mar en una trágica y larga noche de bodas...

F. GONZALEZ-RIGABERT

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior y maduro

la esfinge. Consiguio que el *New York Herald* y el *Daily Telegraph*, de Londres, pagaran los gastos del viaje, y corrió nuevamente a África, con la fiebre del informador periodístico que creía que habían transcurrido ya demasiados siglos sin que el mundo tuviera noticias ciertas de lo que existía en el corazón de África — un corazón de más de cuatrocientas leguas que, al borde de todas las civilizaciones pasadas, había logrado mantener ocultos sus enigmas indescifrables.

Y fué el periodista, y no los avezados guerreros ni los sabios expertos y técnicos, profesores de la Geografía y la Geología quien venció a la esfinge y le arrancó plenamente su secreto. Stanley descubrió el curso entero del río Congo y tomó posesión, no en nombre del *New York Herald* ni del *Daily Telegraph*, que le pagaban, sino en nombre de la ciencia, de aquella inmensa arteria de agua viva y fecunda que sólo puede compararse a los dos caudalosos del Nuevo Mundo.

Cuanto acuden en Marsella a saludar a Stanley no le reconocen. Era, cuando partió, un hombre apuesto, joven todavía, lleno de vigor y de energía... Retorna envejecido, cansado, arrugado, como la tez olivácea, los ojos amarillentos. Torna a Europa con un mundo nuevo en la mano; ha encontrado y explorado y calculado las más asombrosas riquezas; bosques inmensos, minas de diversos metales, campos cultivables, manadas incontables de elefantes, cuyos colmillos valen millones, y apenas posee en su bolsillo unas cuantas libras esterlinas que le han remitido a Marsella los periódicos que le tienen por reportador. En aquellos días de enero del 1878, algunos periódicos preguntan qué fines prácticos tienen estos largos y aventurados viajes cuando Europa no ha podido ni intentar siquiera colonizar las costas africanas, de fácil acceso. Portugal y España consumieron en los siglos XV y XVI buena parte del heroísmo de sus aventureros en la costa guineana, sin otro provecho para la Humanidad que marcar las rutas que siguieron luego los mercaderes negreros.

No muchos meses después, Bismarck convocaba en Berlín una Conferencia, que había de poner término a las cuestiones de Oriente; que había, en realidad, de hacer estéril e inútil para Rusia su victoria sobre Turquía. Acudieron allí el marqués de Salisbury y lord Beaconsfield, y allí conocieron, en sus entrevistas privadas con Bismarck, el ensueño colonial concebido por el canciller, leyendo los relatos periodísticos de Stanley. Acaso nadie más, en Europa tuvo la visión cierta de lo que representaba aquel inmenso territorio regado por el río Congo; aquel corazón de África, que se ofrecía en manos del periodista explorador al amor de Europa. Y fué allí, en estas entrevistas, donde se definió el porvenir de este territorio, que el siglo XXI cono-

cerá habitable y civilizado y próspero... Ni de Alemania, ni de Inglaterra, ni de nadie que pueda provocar guerras en su defensa o en su guarda. Seis años pasados, en 1884, Bismarck convoca una nueva Conferencia en Berlín, después de convencer a Jules Ferry, que gobernaba en Francia, de que eran compatibles los intereses coloniales francoalemanes frente a la coloniofagia de Inglaterra.

Apareció, entonces, en toda su amplitud el ensueño ambicioso de Bismarck... Las islas Samoa y Tonga y una mitad de la Nueva Guinea, isla más grande que Francia, en Oceanía; el país de los grandes Namacuas, en Africa Occidental, donde se le ocurriera establecerse antaño a un comerciante de Bremen; el Camerón, por donde pasara el explorador alemán así apellidado... Y el protectorado de toda la costa de Zanzibar, desde el país de los Somalis hasta la provincia portuguesa de Mozambique, con el pretexto de que en los últimos años habían superado allí las exportaciones alemanas a las inglesas y francesas.

A este Congreso llevó Francia un mapa, trazado por el geógrafo M. Desbuissons, en que no se señalaban otras posesiones españolas en el continente que los territorios de la desembocadura del río Muni, "en litigio de posesión con Francia". Y Bismarck aceptó este mapa. Con rayas horizontales, verticales, oblicuas, seccionadas, se marcaban las colonias ya reconocidas de ingleses, franceses, portugueses y aun la improvisada alemana desde Cabo Frío al Río Orange... Quedaban espacios en blanco, y Bismarck cogió un lápiz rojo y fué escribiendo en ellos: "Posesión alemana..." "Posesión alemana..." Y así surgió todo un Imperio que había de desmoronarse en Versalles.

¿Y el Congo?... El pretexto de la Conferencia fué la necesidad de proteger la libertad de comercio y navegación en sus aguas, haciendo de este río una especie de internacionalizado Danubio africano. Ya Stanley, apoyado por el Rey de los belgas, había fundado la Asociación Internacional Africana y establecido dependencias y factorías en aquellos valles y creado la ciudad de Leopoldville, que hoy, antes de medio siglo, tiene todos los adelantos urbanos y todos los perfeccionamientos de cualquier ciudad europea... Y Bismarck, con asentimiento de los delegados en la Conferencia, le regaló el Congo a Leopoldo; no a Bélgica ni al Rey de los belgas, sino personalmente a Leopoldo... Regalo espléndido; cerca de dos millones y medio de kilómetros cuadrados. Luego, después de una escandalosa sentimental bien movida por Inglaterra, Leopoldo cedió el Congo a Bélgica, que lo posee...

Han pasado cincuenta años desde que Stanley desembarcara en Marsella. Ya no le conocen las muchedumbres. Va quedando su nombre en el índice biográfico de los eruditos, y allí casi se recuerda ya su verdadero nombre... No se llamaba Enrique, ni se apellidaba Stanley. Esta fué la firma del gran periodista... Se llamaba, en verdad, John Rowland...

Dionisio PEREZ.

ESCOZOR

(Del libro "CASI LIRICAS", recientemente aparecido)

Amo y cuido mis libros: ellos moldearon mi espíritu.

Lamennais.

Ayer me rozó una espina.

Y fué tan pequeña la incisión, que estoy irritado al notar que el efecto perdura. Si; porque quiero ser como el lago, que recibe el golpe de la piedra, se abre en ondas circulares y torna a su limpidez de espejo.

En la casa del amigo me recibieron con alegría, y esto me elevó a una dulce emoción. Son ya tan raras estas flores en el camino moderno... En vez de armonía y corazón encontramos temor, insensibilidad, egoísmo, antifaces, motivos para aislarnos en el refugio del hogar, premisas para comprender el porqué del ermitaño.

Mi alma gozaba en aquel oasis...

Era un día de junio, y no obstante parecíame que el jardín estaba coronado de flores, que el rayo de sol tenía flúidos de ternura, que los gorriones buscaban plumas para terminar su nido de amor...

Hablábamos como hoy no se habla ni entre hermanos.

Rodando los temas, mi confianza dejó deslizarse en la atención del amigo el agua turbia de un problema de escritor y de pobreza.

El amigo, llenos de divina luz los ojos, corrió a traerme la hucha de sus ahorros.

Después, por no llorar, me puse a reír, mientras él, yéndose a guardar otra vez sus economías, iba diciendo: "No eres amigo... No eres amigo..."

Instantes de la vida bella...

El César de la casa, un fornido y nada tímido señor de cuatro años — llegóse corriendo, a mostrar a la visita sus hazañas de lápiz. Puso sobre mis rodillas un montón de hojas de libro, con la parte impresa cubierta de garabatos, y me gritó:

—Aquí tenés mi trabajo... Esto es un cabayito... Esto es un cameyo... Esto es un alopáno... ¿Pelo vos no milás? ¡Milá, hombre!

Le di un beso y miré:

Las hojas sueltas correspondían a un ejemplar de mi primer libro. Y allí estaba también la página con el manuscrito de la dedicatoria...

Y sentí el frío de junio.

A. WASHINGTON de la PEÑA.

El naufragio imposible.—Los polvos maravillosos del doctor Marcks.

El director de una casa de productos químicos, de Berlín, llamado el doctor Rodoifo Marcks, ha descubierto unos polvos que, según él, tienen la virtud de impedir que se hundan los barcos y los hidroaviones, y que son capaces, además, de sacar a flote en poco tiempo, a los submarinos o a cualquier otra embarcación. Merced a estos polvos una persona puede llevar un traje salvavidas en el bolsillo.

Los ensayos para comprobar la eficacia de estos polvos se han verificado en la Compañía de Navegación Aérea Alemana Lufthasa, la cual, después de ellos, ha decidido equipar con los mismos a todos sus hidroplanos.

El capitán Baum, agregado naval de los Estados Unidos en Berlín, los ha enviado al Gobierno de su país para que haga también las pruebas oportunas.

El secreto de estos polvos "misteriosos" consiste en que al contacto con el agua producen una enorme cantidad de gas.

Este gas, tan ligero como el aire, llena unas bolsas plegadas sobre el recipiente que contiene los polvos.

Las bolsas se dilatan entonces y levantan o mantienen flotando el objeto a que están adheridas.

Marcks está seguro de que si se hubiera podido emplear su descubrimiento en el caso del submarino norteamericano "S. - 4", recientemente hundido, hubiera sido posible sacarlo a flote en pocas horas, y con ello salvar la vida de la tripulación.

Las bolsas pueden hacerse de varios tamaños y formas, según el fin a que estén destinadas.

Con este sistema se han fabricado unos salvavidas que caben en el hueco de una mano.

También se ha construido un aparato compuesto de unas cien bolsas pequeñas, que cuando están plegadas ocupan muy poco espacio; pero que cuando se arrojan al agua se dilatan automáticamente en unos pocos minutos, y se convierten en una balsa capaz de sostener a unas trescientas personas. Unos flotadores de parecida construcción pueden ser fácilmente adaptados a los automóviles y ser utilizados para pasar ríos.

Además se ha hecho una serie de grandes bolsas que puede individualmente adaptar un buzo al casco de un submarino hundido. Cada bolsa es capaz de levantar una tonelada de peso. Al casco del submarino se le pueden adaptar tantas bolsas como sea preciso, según el peso de la embarcación.

La composición de estos polvos es lo que Marcks guarda en el más impenetrable secreto. Lleva trabajando en su descubrimiento más de diez y ocho años. Los primeros trabajos los comenzó en unos laboratorios de San Petersburgo, antes de la guerra mundial.



ELLA. — ¿Me juras que me has de ser fiel toda la vida?
EL. — Y tú, ¿me juras que no vas a ser viuda por tercera vez?

Desde "Mar del Plata"

Breves minutos de charla con nuestro gran cómico
Florencio Parravicini

Una nota típicamente popular que venía a evidenciar que el artista ha sabido comunicar al público argentino, y en forma magistralmente chispeante, toda la pujanza de su difícil arte de bufón, la constituyó la entrada de Florencio Parravicini al Club Mar del Plata la tarde del te de gala en obsequio de las señoritas premiadas en el concurso de belleza femenina organizado por un colega porteño. La concurrencia que llenaba los salones, aplaudió sin reservas al gran cómico, que fué designado presiden-

das a su género de vida amplia y de artista inteligente.

Ampararse en el paseo de la Rambla para conversar con Parravicini era un tarea archi-difícil, pasaba como una constelación...

Pero, lo abordé en un instante que un colega lo reportaba a vuelta pluma.

—Para FRAY MOCHO, Parra...

Sin jactancias, podemos declarar que nuestro gran cómico, nos aten-



te del jurado para discernir los premios.

Hallándose entre las bellezas de Córdoba y de Misiones, a quienes miraba con una curiosidad digna del insaciable observador de cosas bellas... nos, aproximamos, diciéndole:

—Habrá que convenir en que está usted, Parra, muy bien situado...

—¡Cómo no! Entre Córdoba y Misiones. Siempre he tenido algo de hombre nómada! Me encantan los alfajores y gusto del cimarrón calentito... Siento inclinación por todas las provincias y por todas las gobernaciones... ¡soy un gran patriota!...

—No olvide usted que es el presidente del jurado...

—¡Dios mío! qué difícil es esto!... Me convertiré en la hoja de Parra... Estaré en la constante disyuntiva de vencer o morir...

Y con su indumentaria blanca y sus ojos elocuentes nos recuerda cien hazañas portentosas y adecua-

dió con una gentileza digna de la gallarda usanza de los galanes de Cervantes, Lope y Calderón.

—Para FRAY MOCHO mis saluciones marinas...

—¿Y sus opiniones sobre su futura labor teatral?...

—También... Pienso trabajar bien (como siempre). Que mi querido público halle en mi teatro el solaz necesario para reír, que el saber reír es saber ser feliz...

—A usted le sobra ingenio, travesura, inventiva y habilidad para obtener con su obra de arte reidero la virtud de alegrar las tristezas del corazón...

—Sí, nunca la filosofía ha persuadido a las masas sino por medio del arte; y yo, artista sincero, me dejo arrastrar por el torrente de la civilización, no quiero vivir fuera de ella...

—Las ideas de la civilización deben ir al ritmo de la sutileza en el pensamiento...

—Por eso, los franceses defienden también sus adelantos, porque

la idea es el verbo que se encarna a la obra reidera...

—Y los autores argentinos ¿responden a este progreso artístico?

—Los autores argentinos deben trabajar mucho y ofrecer sus obras en las delicias del festín artístico, romper un poco los moldes, esparcir sus ideas de civilización y de progreso con la maravillosa sátira de los franceses...

pero, trabajar... Yo tengo varias obras argentinas para estrenar; necesito muchas más. Mis anhelos vehementes hubieran sido, que este año la renovación de mi cartel fuera una exposición clarísima de la labor artística de nuestros autores nacionales, que tanto se interesan por el teatro grande...

—¿No le parece, Parravicini, que las luces artísticas bufonescas son escasas en nuestros escritores?...

—Yo no sé qué contestar... pero sí, puedo decirles que tengo vena cómica para rato y, que voy a tener que apelar a las adaptaciones de obras francesas, si no se deciden a trabajar nuestros prestigiosos escritores argentinos con más decisión y empeño en pro del teatro cómico grande. Yo no dejo de declarar que en mí hallarán siempre los autores argentinos, la honda simpatía y el ansia de ser su intérprete central...

—Claro, siempre que sepan personificar en sus obras el difícilísimo arte que con tanta inteligencia posee usted, nuestro incomparable cómico...

—En eso consiste el arte de escribir... en pintar los tipos acordes con las aptitudes del intérprete, no en crear lo artificial y posito, y en pretender éxitos rotundos...

Y, con deleitosa fruición nos confiesa que tiene un argumento para una obra teatral que está floreciendo sin dudas ni incertidumbres, porque el personaje principal, que él encarnaría, tiene mucho de familiar con "cositas pasadas" en su

Fotograbados Tricromías Bicromías

Confección de élises para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cia.

Bme. Mitre 1259

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 2589

vida de mundano: engendro de aventurero y desdichado, de feliz y enamorado...

—¿El insaciable Fausto de Goethe?...

—Mire, mire; ahí va una belleza... de las del Concurso, pero, la de Buenos Aires... linda chica para jugar al ta-té-ti... ¡cómo extrañó la ruleta!... Y un gesto de honda intención y un saludo cordial cierra esta amena charla con el gran cómico, el genial artista argentino, Florencio Parravicini.

Adela GARCIA SALABERRY.

Mar del Plata, Verano de 1928.

OJOS AZULES

Me entenece el grillo, me entusiasma el color de una nube, me ilusiona la brisa que pasa volcando en la noche no sé qué perfume; pero en medio de todas las cosas, siempre me gustaron los ojos azules.

Cuando era muy niño, sin saber lo que amor nos traduce, los amé como se ama una estrella que fuera juguete cargado de lumbre, y, más tarde, al andar por la vida, mirando la albura que vive en las cumbres y buscando en el huerto florido la rosa rosada del amor que triunfe, por raro decreto de un raro destino siempre me gustaron los ojos azules.

Y ya siendo mozo, andando el camino que al ensueño sube, con las manos cargadas de flores y el alma repleta de líricas luces, daría la vida, sin pensar en el triste derrumbe, por saber tan solo lo que nunca supe: cuál es el secreto de color de cielo que hay en unos ojos muy grandes y dulces...

Norberto G. MELGAR.

Continuación de "Salve, Dimora casta e pura"

—Puse el alma en los labios, señorito. Yo sé que la privación aviva el anhelo. Ya lo ve usted: las cosas son según el modo de donarlas.

—Sí, en verdad. Tu resistencia me habría enardecido y tu complacencia me anonada.

—¿No vale más así?

—Ciertamente, vale más.

El regreso fué cuestión de minutos. Ya no veía el joven en Lina fruta apetitosa. Comedido y formal, la adoraba al modo que adorara a una Virgen.

La madre, temblona la barbilla, preguntó al verle:

—¿Probó la caminata?

—Mucho. Me curé de dos dolencias: la de mi sangre yiciada y la de mi alma corrupta.

En un ángulo del lar, Lina, vuelta de espaldas, ahogó un suspiro. Quién sabe si se esforzó en que no la traicionaran sus ojos...

¿A quién se debe el cinematógrafo?

Las últimas noticias procedentes de Inglaterra dicen que el inventor del "Biofantoscopia", más tarde el cinematógrafo, fué el inglés Arturo Roebuck Rudge, fotógrafo de profesión que concibió la idea de hacer mover sus fotografías en una pantalla.

De su primer intento, en 1862, nació un juguete, una especie de cromotropeo, que consistía en dos discos giratorios, uno de los cuales contenía unas veinte figuras en diferentes fases de movimiento, y el otro disco era de metal con una ranura o corte largo y estrecho que actuaba de obturador.

Los dos discos giraban a diferentes velocidades, y cuando una figura del primer disco caía verticalmente en posición con la luz de una abertura, el disco segundo realizaba una revolución completa dando una exposición momentánea sobre la pantalla a una fase del movimiento.

Esto mismo fué patentado en 1877, y es curioso observar, dicen los ingleses, que el primer "cinematógrafo" de Edison funcionaba de modo análogo.

El invento de Rudge recibió el nombre popular de "Vida en la Linterna" y aunque un tanto tosco y raro en su funcionamiento, era lo suficiente para probar que se podían proyectar sobre una pantalla los movimientos de personas y objetos por medio de la fotografía y la mecánica combinadas.

En los años 1875 y 1876, Rudge construyó el instrumento objeto de estas líneas. Lo llamó, como ya hemos indicado, el "Biofantoscopia".

La operación para ver todas las fases del movimiento de una serie de fotografías, consistía solamente en dar a una manivela para hacer girar, un eje a cuya extremidad iba ajustado un levador y un percutor, y en el frente una palanquita que abría y cerraba un par de obturadores de cristal.

Alrededor de una lámpara cilíndrica hay una galería giratoria con siete aberturas, debajo hay una serie de planchas semicirculares y otras aberturas y al girar cada una de las fases aparece proyectando un momento distinto. Este es el primer aparato de este género que se conoce, y el primer asunto al que se le dió movimiento fué el retrato del autor quitándose y poniéndose la cabeza.

Una serie de siete fotografías en diferentes posiciones completaba el efecto.

W. Friese-Greene, que también era fotógrafo en Bath, se unió con Rudge para mejorar el aparato. Greene puso una banda de papel en lugar de los bastidores corredi-

zos y más tarde empleó la película de celuloide para que la invención del cinematógrafo diese resultados comerciales. Este aparato fué patentado por Greene el año 1889.

El biofantoscopia de Rudge lo conocían sus parientes y amigos, sabían que existía, pero pasaron muchos años sin que se supiera dónde a pesar de haberlo buscado con ahínco.

A principios del año pasado llegó a oídos de un curioso que un individuo de Colehester tenía un aparato muy original que, como el cinematógrafo, proyectaba figuras de movimiento y consideraba el aparato como el primero en su género.

Después de probar la autenticidad de dicho aparato, éste fué adquirido por un coleccionista y considerado como el eslabón que faltaba en la historia y de la invención del cinematógrafo.

El primitivo aparato, había estado arrinconado en un armario, y allí olvidado durante cuarenta años y había sido adquirido por mister F. Willoughby que se lo compró a su inventor Rudge por cinco libras esterlinas y diez chelines, en la ciudad de Bath.

Si tanto el inventor como el comprador, se hubieran dado cuenta de lo que aquel aparato, aquel juguete significaba, de lo que aquella invención valía, es seguro que en poco tiempo hubieran hecho una fortuna de millones y el público hubiese gozado de las sensaciones del cinematógrafo veinte años antes.

Pero ni pensaron en ello, ni se les ocurrió registrar el invento en el negociado de patentes.

Su inventor murió en Bath a la edad de setenta y seis años, el 3 de enero de 1903, completamente pobre.

En el cementerio de San Miguel, en Locksbrook, fué enterrado y olvidado hasta hace pocos meses, en que gracias a la generosidad del alcalde de Bath Chivers, se le ha erigido un pequeño monumento sobre su tumba.

Es curioso que en los años 1888, 1889 y 1890, no se hablara para nada de semejante invento.

Bath es una población de lujo, de antigüedades, de diversiones, y es constantemente visitada por turistas ingleses. Es una ciudad que tiene fama por sus conciertos y espectáculos y una de las primeras en presentar al público las novedades. Pues bien, en los tres años citados que fué cuando se patentó el aparato de Rudge, el escritor que ahora habla de este invento, pasó en Bath una temporada y no oyó hablar del inventor ni de sus autores.

"Buenos Días"

Tanto se ha hablado en Lomas, durante estas últimas semanas, de "Buenos Días", el "semanario del domingo para su casa", como dicen los carteles, anunciando su aparición fijados en todas las calles, que no hemos podido substraernos a la curiosidad de entrevistar a sus redactores.



Alberto Casal Castel, uno de los redactores.

Encontramos a Luzuriaga Agote en la casa de los hermanos Casal Castel, en el rincón de estudio de aquellos rodeados de libros, de periódicos, de cuadros y recuerdos de la vida literaria; retratos dedicados de Pirandello, Américo Castro, Ermete Zacconi, Roberto J. Payró, entre muñecos que dan al lugar la impresión de que allí estuviera instalado el laboratorio de un titiritero y se lo decimos:

—Tiene usted razón. En estos muñecos hemos aprendido a comprender la humanidad. Todos son muñecos, formas, apariencias.



Guillermo Luzuriaga Agote, otro redactor.

Y como no es el caso de que nos definan la vida sino de que nos expliquen la empresa que iniciarán dentro de poco, les preguntamos:

—¿En qué consiste la originalidad del Semanario?...

—En nada. O en casi nada. En qué hacemos justamente todo lo contrario de lo que hacen los otros.

Y además en que personalmente atendemos las diversas secciones de que se compone.

—¿Muchas páginas?

—Pocas.

—¿Cuántas?...

—Las necesarias. Cuatro por ahora y más adelante veremos. En cambio muchas ideas, técnicas nuevas, procedimientos originales.

—¿Saben usted que en Lomas se les aguarda con vivo interés?...

—Sí; lo sabemos, pero tenemos por lema no confiar mucho en "intereses previos". En cambio confiamos en que dentro de muy poco tiempo "Buenos Días" ha de ser esperado en todos los hogares porque sostenemos un principio que no puede fallar: decir lo que todos piensan y nadie ha dicho.

—¿Colaboradores?...

—Muchos y buenos. Seis firmas de "La Nación" y las mejores plumas locales. Dos firmas de "La Prensa". ¿Quiere más?

Estos muchachos, responden casi a coro, hablan el uno por el otro, como si fueran una misma persona y dan la impresión de que tuvieran las respuestas hechas. Lo sugerimos esta idea y responden:

—Es que "Buenos Días" no es la obra, precipitada de un optimismo



Raúl Casal Castel, que también forma parte de la redacción, en su estudio de pintor.

cualquiera, sino la realización de un proyecto suficientemente madurado y de largo tiempo atrás masticado por nuestros cerebros. Queríamos tener una cosa nuestra, ya que no siempre se puede contar con las ajenas. Eso es todo. Cuando comenzamos a conversar con nuestros amigos nos dijeron: "Se van ustedes a fundir". Lomas no es un lugar propicio para publicaciones. Estaban equivocados. Nuestras suscripciones se llenaron prontamente y el comercio resolvió a buscarnos para anunciar en nuestras páginas. Puede usted afirmar que tenemos la vida asegurada.

Nos despedimos de estos muchachos que emprenden una empresa demasiado seria riendo y teniendo una broma para todo, hombres, cosas, hechos...

—¿Ve usted los muñecos? — nos dicen — ellos nos han enseñado a no ser trascendentales. Hay que reírse un poco, y nos despiden con una risa prolongada, más clásica de las estudiantinas bullangueras que de las empresas comerciales.

Cómo se hace un diagnóstico

Por Nore Brune

Llamaron a la puerta.

Onofre, a quien sus recursos pecuniarios no permitían disponer de una sirvienta, fué por sí mismo a abrir.

Era el médico, que acudía a visitar a la señora de Onofre, la cual tenía, a la sazón, una fiebre altísima.

Hacia cuarenta y ocho horas que se encontraba en el lecho, y a cada momento empeoraba en su dolencia.

El médico dirigió las preguntas de ritual, mandó dar más luz, colocó su sombrero negro sobre una silla desde donde se cayó al suelo; cogido nuevamente, lo puso en mejor situación, rectificó el lazo de su corbata negra, inclinó la cabeza sobre la enferma y la examinó atentamente.

—¡Saque usted la lengua — ordenó con imperio.

La señora de Onofre exhibió una lengua de regular tamaño, como un chico mal educado.

—Me hace usted el favor de sentarse?

Con grandes dificultades la enferma obedeció e incorporóse para ser reconocida.

El médico colocó un paño sobre las espaldas y aplicó uno de los oídos sobre el paño. Luego realizó la misma operación para observar el pecho, mandándola que contase desde cuarenta hasta cuarenta y nueve.

—Cuarenta y uno..., cuarenta y dos..., cuarenta y tres..., cuarenta y cuatro...

—¡Tosa usted!

La señora de Onofre tosió.

El médico inclinó la cabeza.

—Veamos el vientre—dijo.

La enferma prestó su vientre al examen de la facultad de medicina y la facultad le palpó, le oprimió y paseó sus dedos como por un teclado.

Luego dió golpecitos con el dedo índice sobre el izquierdo y sobre el corazón.

—¿Qué temperatura ha tenido?

—preguntó el facultativo.

—Cuarenta—contestó Onofre.

—¿Ha echado la enferma sangre por la nariz?

Onofre se inclinó sobre su mujer y le dijo:

—Melania, ¿has echado sangre por la nariz?

Melania hizo señas negativas.

Onofre se volvió al médico y le manifestó:

—Dice que no, señor doctor.

—¡Es, extraño!—repuso el médico moviendo la cabeza con disgusto.

Después se sentó en una silla, trazó unos signos cabalísticos en un trozo de papel, y se marchó rezongando:

—Volveré mañana; hoy no puedo diagnosticar.

En efecto, el facultativo se presentó al día siguiente y se entregó a los mismos ejercicios que el anterior; hizo contar a la enferma de cuarenta a cuarenta y nueve, la obligó a toser y por último preguntó:

—¿Ha echado sangre por la nariz?

—Melania, el señor doctor pregunta si has echado sangre por la nariz.

La enferma contesta negativamente.

—¡Es raro—exclamó el hombre de ciencia — Todavía no es posible saber a qué carta quedarse. Volveré mañana.

Cuando se ausentó el facultativo, Onofre se quedó pensando en que cada visita del médico le costaba 20 francos, y que si Melania se obstinaba en no echar sangre por la nariz aquello le iba a costar un ojo de la cara.

En su conciencia, decidió poner orden en los negocios, y mientras la enferma se encontraba somnolienta, Onofre se acercó y le dió un puñetazo en pleno rostro, capaz de hacer migajas a un queso de Holanda.

Y Melania sangró por la nariz. Cuando por tercera vez se presentó el doctor, Onofre ni siquiera le dejó sentarse.

—¡Ha sangrado por la nariz!—gritó el esposo.

Una vaga fugitiva sonrisa iluminó el rostro del médico.

—Ya supe—indicó—que eso tenía que suceder. Estoy ahora convencido de que padece una fiebre tifoidea.

DEL SUD MENDOCINO

El valle de "Los Molles"

Por Pedro C. Corvetto

Para FRAY MOCHO.

(El presente trabajo es un fragmento de las impresiones de un viaje por el sud mendocino, hasta las famosas termas de "Los Molles").

"El Salado", ese río de cauce tortuoso y de aguas de frialdad de hielo, que nace en el cerro "El Deshecho", cerca del límite chileno y que une su caudal en "Las Juntas", al de "El Atuel", corre siempre encajonado entre montañas elevadas, que a cada trecho forman amplios valles, donde el viento se arremolina para luego proseguir con nuevo empuje al desembocar por estrechas gargantas.

Uno de esos valles, sin duda, el más dilatado de todos, es el de "Los Molles", denominación que debió motivarse por lo abundoso del monte del mismo nombre, pero que en la actualidad, apenas si crece — como para muestra — uno que otro ejemplar. Un sucesivo cordón de montañas se levantan a ambos lados del valle; con particularidad, las del Sud son de singular elevación, destacándose la opaca cumbre de "La tumba del Indio". Al costado Norte, como agazapadas, se cobijan las techumbres del hotel y de los baños, guareciéndose de los vientos que, penetrando por el "Cajón de Ubillas", hacen sentir su empuje titánico en épocas determinadas.

Una vez allí, visitamos los baños que, en pequeñas piletas se vé en clarísimos borbotones surgir el agua, la que en cada uno de esos cómodos compartimentos tiene una diferente graduación de calor: Es el agua milagrosa, en cuya búsqueda llegan ansiosos y plenos de esperanzas, viajeros de lejanos tierras, arrastrando consigo — muchas veces — males que la ciencia no pudo desarraigar, y que allí — en contacto con los dones de la madre naturaleza — suele verse realizado el prodigio de lo que se juzgó imposible. Y es de oír las muchas y variadas narraciones que al respecto se bordan, que sumen en la perplejidad o hacen creer en tramas de leyendas; pero, la verdad es otra, pues aquellas aguas que alcanzan a una alta graduación calorífica y que arrancan de las gigantescas entrañas de granito todo el poder de sus materias benéficas, revelan excepcionales dotes curativas.

Pero, sino bastara la nobilísima bondad de estas aguas que maravillan, podría conformarse el viajero con las comodidades que le brinda la excelencia de un hotel, allí, donde se está aislado de todo y a más de doscientos kilómetros de la Ciudad de San Rafael; perdido entre montañas, rodeado de paisajes

imponentes y bajo la benignidad de aires incomparables.

Y más aún: Hay el atractivo de las cabalgatas a parajes cercanos y pintorescos, como al "Agua del Tesoro", una ponderada fuente en plena montaña, a la que se asciende por un caminito en espiral, rodeado todo de silvestres heliotropos, azucenas, aguas de nieve y manzanillas que, en un brillante conjunto de múltiples colores, embalsaman deliciosamente la atmósfera. Adentrándose hacia el poniente, por "El Salado", no tarda en llegarse al "Pozo de las Animas", enorme cavidad de trescientos metros de diámetro, que asombra por su perfección circular y sus bordes rectísimos, en cuyo fondo, en una profundidad que puede calcularse en un centenar de metros, flota el agua en menudas hondas, mezcla de un verde y azul claros, y a la contemplación de lo cual se experimenta el pasmado de lo ignoto, de lo misterioso...

Ya sin necesidad de proseguir más lejos, se recrean las pupilas a la vista que ofrecen las cercanas montañas que, en pleno Enero, quiebran aún el azul purísimo de sus picos, las manchas de alba nieve que, como majadas de plácidas ovejas, los revisten, y que al correr de los días disminuyen sus dimensiones, al dilatarse en serpenteados arroyos, que como blanco hilo, se ven precipitarse, hasta volcar su caudal en "El Salado".

Trás no pocos días de holganza, llega el término de emprender el regreso, y siento, entonces, que se adueña de mí una pena honda al tener que abandonar el valle, al que ahora, me siento ligado como a algo mío, y donde, a pleno aire, he vivido la vida simplísima del campo, lleno mi espíritu de la emoción del paisaje y henchido el corazón de bondad.

... Y cuando una madrugada, antes de que empiecen a clarear las luces del alba, retornamos por el antiguo derrotero, mi espíritu — interiormente — va modulando un canto de alabanza para estas tierras que el Supremo Hacedor favoreció con creces en la imponentia de sus montañas, que se me figuran únicas; llenas de verdequeantes valles, saturados eternamente con el polen de un aire vivificante y con perfumes de aromáticas yerbas...

Torno los ojos hacia el valle, que va achicando sensiblemente sus contornos, y lo envuelvo todo en una contemplación de ternura.

Pronto, los picos del naciente se incendian con el bermellón de los primeros rayos del levante; abajo, en incesante murmullo, "El Salado", expresa una canción de gracia al Altísimo.

SONETO DE AMOR

Mi amor es un amor que si se menta,
quiere ocultarse con temor tan santo,
que no acierta a decir, en su quebranto,
la palabra que esconde y que contenta.

Amor que en el silencio se acrecienta
como suspiro que se vuelve llanto;
y, que sólo muestra su grave encanto
al alma amada, de visión exenta.

Amor, que del ayer hasta el mañana
la ha de sentir igual, con desconuelo,
distante, al mismo tiempo que cercana;

como el suplicio excesivo y blando
del agua triste que contempla un cielo
que está muy lejos y lo está besando!

Carlos María PODESTA.

La poetisa ciega Vicenta Castro Cambón.

Su alma a través de su nuevo libro.

La mano fraternal de dos amigos intelectuales, me ha llevado a casa de Vicenta Castro Cambón.

En el silencio de su villorrio, allí donde apenas llega el rumor de la ciudad, donde la alegría del sol parece más pura, la poetisa ciega tiene su casita, no una casita moderna de elegante arquitectura, ni menos como aquellas de los hombres primitivos, sino un hogar sencillo, donde las flores se vuelcan de las macetas en extraña policromía, y adornan las vetustas rejas

que fluctúan en el éter, Vicenta Castro dicta sus versos, exactos, armoniosos, sinceros, como si aquellos fueran perlas de agua de la fuente de su ser. Y si entramos a analizar el conjunto de esos poemas que fluyen de su espíritu, nos asombra la corrección, la fantasía, el impecable clasicismo y la ausencia del ripio. Tiene tan aguzado el sentido del ritmo, tan poderosa la memoria, que se ha dado el caso de dictar un poema y luego volverlo a hacer ocho días después, sin



La poetisa Vicenta Castro Cambón

la antigua glicina y la verde madreselva.

La naturaleza sabía por excelencia, no tuvo la elocuencia de su arte y fué injusta con esta mujer, y le quitó el don de percibir los sonidos de las cosas, que son música divina para el artista, ya sea el alto o el cantar de un arroyo lo rumor del ala de un pájaro en lo que se desliza entre puricos: Vicenta Castro Cambón no percibe ningún sonido y sus ojos cerrados a la belleza no pueden descubrir el misterio de sus rosas ni seguir el vuelo de las nubes que se observan desde la faz de su jardín risueño, pero como dice la escritora Gilberta S. de Kurth, refiriéndose a la poetisa. "En todo signo externo en el que haya intervenido la voluntad humana, y aún sólo la subconciencia, halla pie la perspicacia psicológica para penetrar las almas". Y así la poetisa ciega, parece que la luz que no recogen sus ojos penetrara a su espíritu por las ventanas de su corazón y se encerrara allí para hacerle presentes la vida, el color, la armonía de todo lo que habla en lenguaje eterno y que sólo descubren los elegidos.

Con la certeza del astrónomo que predice el misterio de los mundos

cambiar una frase, una consonante. Es que su mente ha recobrado una fuerza inaudita ante la ausencia de sus sentidos.

Y es digno de admiración verla acompañada de su sobrinita, por quienes siente un inmenso afecto, como así también expresarse con una gran elocuencia, porque cuando habla se embellece. Su dicción clara, sus frases chispeantes contrarrestan a aquel cuerpo vencido, de donde se escapa un alma en perenne vibración.

Con una fe inquebrantable, con una gran serenidad, como la de San Francisco de Asís, se resigna a su destino, y sus palabras y sus versos destilan bondad, y cuando su mundo interior la sumerge en un éxtasis, exclama:

Fué muy largo este día. Estoy cansada, y algo sufro también; mis sienes arden, compañera almohada hoy debes serme algo así como el seno de una madre.

Y en otra composición que tomo de su libro "Rumores de mis noches", dice:

Tú serás poeta.
hijo de mi vida!
Tú nombre ha vibrado por todo el planeta
en el verso alegre de la bienvenida!
Tú serás poeta porque te conjuro

sobre las auroras de mi fantasía,
entre las gardenias del amor más puro
y entre las canciones de mi idolatría.

Como nuestros poetas Gervasio Méndez y Guido Spano que sufrieron la cruz de la parálisis, Vicenta Castro lleva la suya pesada y dura, quizá como la del mártir del gólgota.

El próximo libro de la poetisa que intitula "Cajita de música", marca una gran superioridad sobre su anterior. A medida que va entrando en esa madurez que dan los años, su alma se vuelve más pura y sus versos adquieren un contorno filisófico, así dice su canto ini-

cial de su libro próximo a aparecer:

"Hermano que sabes de hambre y
(de sed, espera!
Aquí tienes rústica miel y en mi
(cántaro
hay para tus labios febriles, agua
(fresca".

Por la composición transcripta se registró la nueva tendencia de la escritoria, que tiende al bien a la perfección.

Quien visite a Vicenta Castro Cambón, la poetisa ciega, saldrá de su casita con el alma impregnada de la melancolía de sus versos y de la poesía de sus flores.

Félix B. VISILLAC.

UNA MUJER ECONOMICA

Escipión Verjou, grave y digno como la justicia immanente, tosizó previamente y dijo a su mujer:

—Reconozco, querida, que eres modelo de esposas; pero, aun reconociendo tus excelentes cualidades, faltaría a mi deber si no tratara de corregir tus pequeños defectos. Acabo de examinar el libro de los gastos de la casa y estoy aterrado. Se gasta aquí con exceso. No vigilas bastante a la cocinera y, por tu parte, haces a veces unos gastos exagerados. Precisamente...

—Si todo eso lo dices por lo que compré ayer y piensas reñirme...

—No pienso reñirte, y creo que la ropa que compraste ayer te es necesaria; pero me asombra que por el precio de un 5 HP no te hayan mandado más que una camisita de muñeca y un pantalón como un confite. Siguiendo así, mis rentas no bastarán a cubrir tus gastos. Hay que contenerse, querida. Piensa en el porvenir, Lucía. Economiza.

—Eso se dice muy fácilmente.

—Y se hace. Nada más sencillo. Decídele a guardar todos los meses en el cajón de mi mesa quinientos francos de los dos mil que te entrego, y verás.

—Trataré de hacerlo; pero...

Desgraciadamente, la mujer propone y el diablo dispone de un modo tentador los escape rates de los grandes almacenes.

¡Qué importa! Al final del primer mes, Lucía Verjou puso triunfalmente en el cajón de la mesa de despacho de su marido un cartucho de veinticinco lises. Ciertamente es para poder hacerlo se olvidó de pagar a la cocinera, y a la modista, y la factura del gas.

Ignorante de esto, y satisfecho del resultado, fruto de sus buenos consejos, Escipión regaló a su mujer un soberbio par de medias de seda y la llevó a la Opera Cómica. Total, 233 francos; pero de algún modo hay que alentar los buenos sentimientos.

Al segundo mes, como la modista se disponía a enviar la cuenta al Juzgado, la Compañía amenazaba con cortar el gas y la cocinera se despedía de la casa, la señora de Verjou tuvo que recurrir a los buenos oficios de un alma caritativa, que le prestó los quinientos

francos que necesitaba, mediante un reconocimiento de deuda de mil francos, aumentada con un interés de un diez por ciento.

Cada vez más encantado. Escipión regaló a su esposa un magnífico bolso de piel de lagarto y la invitó a cenar en un lujoso restaurante. Total, 498 francos.

Con el tiempo, fueron mayores las dificultades con que tropezaba la pobre señora de Verjou, que por nada en el mundo hubiera dejado de meter en el cajón de la mesa del despacho su billete mensual de quinientos francos, billete que, además del carifio de su esposo, le valía regalos y obsequios tan apreciados. Para salir bien del apuro tuvo que realizar heroicos esfuerzos. Supo encontrar acenos patéticos para calmar a los acreedores impacientes y arrancar nuevos préstamos a los usureros rapaces. Hasta aprendió a imitar la firma de su marido en el cuaderno de cheques.

Entregado por completo a la dicha de tener una mujer económica, Escipión no vela nada y colmaba a Lucía de regalos y distracciones. Un mes era un par de pendientes y una excursión en automóvil; al siguiente, una pulsera y una cena seguida de una función de teatro. Al final del año, ante los seis mil francos guardados en el cajón, Escipión se creyó en el caso de felicitar a la que llevaba su nombre. Por toda respuesta, la señora de Verjou abrazó a su marido cariñosamente.

—He visto en la peletería de enfrente — le dijo — un soberbio abrigo de marta cibellina pagadero a plazos. Añadiendo cuatro mil francos a los seis mil que he ahorrado, tendrías para pagar el primer plazo.

Escipión sonrió indulgente.

—Sea. Tendrás el abrigo.

Aprovechando entonces la buena disposición de su marido, Lucía sacó de su bolso un puñado de papeles.

Escipión dió un salto.

—¿Qué es esto? ¡Letras! ¡Citaciones del Juzgado! ¡Facturas! ¡Veinte mil francos de deudas! ¡Y eres tú quien...!

Pero Lucía contestó altivamente:

—¡Yo, sí! ¿Qué pasa? ¡Cuándo se quieren hacer economías no hay que reparar en los gastos!

Michel HERRERT.

Conocimientos útiles ::

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Papel incombustible. — Se impregna con la siguiente solución: 8 partes de sulfato amónico; 3 de ácido bórico; 2 de borax y 100 de agua.

También puede emplearse esta otra fórmula: 8 partes de sulfato amónico; 2 de borax; 3 de ácido bórico, 2 de almidón y 100 de agua. Después se deja secar.

Limpieza de aves disecadas. — Trátase de una receta nueva, publicada en el Work.

Se empieza por humedecer bien el ave con bencina o benzol, y se la coloca sobre una hoja de papel. Con una muñequilla grande de algodón en rama bien impregnada en almidón pulverizado se espolvorea por todas partes al animal, y se le deja absorber el hidrocarburo durante un par de horas, transcurridas las cuales, se le sacude sin deteriorarle hasta que suelte una buena parte de almidón y después se le sigue sacudiendo con un trozo de alambre rígido. Esto hay que hacerlo con cierta precaución para que no se estropeen las plumas.

La limpieza se acaba pasando otra muñequilla de algodón para alisar las plumas. Conviene que la muñequilla esté impregnada en un poco de alcohol.

Jabón para los objetos de plata. Hágase una mezcla con 80 gramos de jabón blanco raspado, 18 id. de magnesia calcinada, y 2 id. de rojo de Inglaterra en polvo, muy fino. Añádase agua en cantidad suficiente para formar una pasta bastante espesa. Impregnando en esta pasta un paño suave, se frotan bien los objetos que se quieren limpiar; después se quita la pasta con un trapo limpio, y por último, se pasa una gamuza para sacar brillo.

Para devolver el color azul a las turquesas. — Lo mismo que los seres vivos, la materia inorgánica está sujeta a la influencia del transcurso del tiempo. Muchas piedras finas, al envejecer, pierden su brillo y otros cambian de color. Entre estas últimas figuran las turquesas, que de azules que son cuando se las compra, al cabo de algunos años empiezan a palidecer y amarillear en ese estado pierde toda su belleza y con ella su valor comercial. Por fortuna, nada más fácil que devolverle su color primitivo; para ello basta sumergirla en una solución de carbonato de sosa, y pronto se la ve recobrar un hermoso matiz azul.

Este color desaparece también al cabo de algunos años, y, según parece, no sirve de nada repetir de nuevo la operación. Sin embargo, este último hecho no está aún bien comprobado.

Desde luego, el procedimiento no se aplica más que a las turquesas ordinarias. Las buenas turquesas de Oriente no lo necesitan, por la sencilla razón de que no pierden nunca su color natural.

Las esponjas se limpian de muchas maneras. Uno de los procedimientos más sencillos consisten en echar en agua hirviendo diez centimos de sales de limón y dejar la

esponja en este baño una hora, transcurrida la cual se aclara con agua caliente o bien se echa en agua en la que se haya disuelto un buen pedazo de sosa, hirviéndola después lentamente.

La operación se termina aclarando la esponja con agua fría y se pone a secar al sol.

Marfil artificial. — Mézclense veinte partes en peso de goma laca blanca, dieciséis partes de polvo de

marfil, nueve partes de acetato de plomo y diez de alcanfor. Calientense estos ingredientes, y déjen-se secar en molde.

Todavía puede imitarse mucho mejor el marfil disolviendo un kilo de caucho en dieciséis litros de cloroformo, saturando la solución con gas amoniacal puro. Destílese después el cloroformo a una temperatura de 85 grados. Mézclase el residuo todavía caliente, con fosfato de cal o carbonato de zinc y

échese la mezcla en moldes, donde se dejará enfriar. Usando carbonato de zinc, la preparación resulta más blanca y más fina, pero si se usa fosfato de cal, se parece más al marfil natural y participa en cierto modo que contiene suficiente cantidad de la substancia sólida del hueso (fosfato de cal) y el caucho hace el papel de la substancia cartilaginosa que sirve de cemento.

Para broncear el hierro. — Los medios que generalmente se indican para dar al hierro la apariencia del bronce, exigen ingredientes metálicos o barnices que saltan al menor golpe; pero hay un procedimiento para conseguir con más facilidad el mismo efecto. El objeto de hierro que se desea broncear se limpia perfectamente y se baña después con una capa uniforme de cualquier aceite vegetal. Enseguida, se mete en un horno o se somete a una temperatura elevada, aunque no tanto que pueda carbonizar el aceite, de este modo, el hierro absorbe oxígeno en el momento en que el aceite empieza a descomponerse, y se forma en la superficie una capa de óxido de color pardo de bronce, fuertemente adherido al metal y que admite el ser pulimentada por frotamiento, dando al objeto de hierro el aspecto de cualquier otro bronceado.

El atragantamiento pasa más pronto levantando el paciente el brazo izquierdo todo lo que pueda, mejor que dándole palmadas en la espalda.

Muchas veces al comer y cuando están jugando, los niños se atragantan, y el primer remedio que se les aplica es el de los golpes en la espalda, pero es de resultados mucho más rápidos el hacerles levantar el brazo izquierdo todo lo posible.

Tinta resistente a los agentes atmosféricos. — Podrá emplearse para escribir direcciones, señas, precios, anuncios, y en general toda clase de rótulos que hayan de estar expuestos a la lluvia, etc.

Se obtiene esta tinta, formando una pasta espesa mediante la disolución de negro de humo en aceite hervido; al tiempo de usarla se aclara con barniz de dorador y trementina.

Los sombreros de paja negra se barnizan con la siguiente preparación:

Cortada una barra de lacre negro en pequeños trozos, se mezclan éstos con ácido metálico en cantidad suficiente para que los disuelva. Una vez conseguido esto, se agita todo bien y se aplica a los sombreros con una brochita.

La operación queda terminada poniendo el sombrero al aire libre.

Se prepara una bebida efervescente muy agradable con:

Azúcar en polvo 5 partes
Bicarbonato de sosa... 1 "

Se echa una cucharada de agua para disolverlo, se llena del todo el vaso después, y se echan por último, unas gotas de ácido cítrico. Hay que beberlo en seguida.

AGUAFUERTES DEL ZOOLOGICO

Los derechos del tero

El Jardín Zoológico tiene una pared de circunvalación tan baja que no permite tener libres cierta clase de animales de cuerpo chico y que fácilmente pasarían por entre los barrotes de la reja. Sucede así que los teros "vanelius cayanensis" que podrían estar libres y felices como en la Pampa de donde proceden, hay que tenerlos encerrados en jaula donde es excepcional verlos emitir su alegre y bullanguero grito de alerta. Hasta el mes pasado vivían sin embargo felices, después de cuatro años de cautividad, no conociendo la campiña verde y poblada de haciendas, porque fueron robados en su nido. Santa ignorancia que era compensada en creces por la abundante y fácil comida que encontraban a toda hora a su alcance. Así también las sarcelas y patos silbones que nacen en el Jardín Zoológico permanecen en él, siempre que el celo de los viejos machos no los ahuyenten.

Mis teros, como decía, vivían felices, cuando un día de mayo atravesaron el Jardín de sur a norte unos teros libres que los descubrieron a la sombra de la madre reserva que los ampara y detuvieron en el aire su vuelo: desde lo alto empezó la gritería, lenguaje inusitado para mis presos y al que respondían tan sólo con su gracioso y a la vez ridículo balanceamiento del cuerpo. Siguió la bulla en las regiones del cielo; ahora los libres de la campiña del sur contaban a los prisioneros las delicias de la pampa abierta, sin horizontes, cuajada de cardales, llena de nidos de tero; y cantaban a su oído tendido, el canto de su misión en la tierra: vigilar y poner en guardia a todas las aves cruel. Y los teros cautivos, convencidos al fin, vibrantes sobre sus patitas de acero, contestaron al grito triunfal con su voz alegre que era quizás la primera vez que emitían con tanta pasión.

Los apóstoles libres, después de rápidos revolvidos alrededor de la jaula, partieron a predicar las añoranzas de sus antepasados a la libertad magnífica y a la santa misión de la vigilancia. Creo yo que esos apóstoles han tomado como "sport" esa misión caritativa de abrir los ojos al ignorante y hacerle vislumbrar la felicidad de mundos hasta entonces desconocidos: han cumplido y cumplen diariamente con su misión. Ahora mis teros pueden leer al Marx de los teros, pues, ya no son analfabetos, conocen perfectamente los derechos del tero, saben que hay muchos otros más felices que ellos, y han adquirido al fin el dominio de su lenguaje que emiten desesperados entre las mallas del tejido de su jaula.

Antes eran unos pobres ignorantes que vivían felices; y como la mortalidad del alma del tero, es segura para teólogos y materialistas, yo pienso que se les ha hecho un infierno esta vida, que para teólogos y materialistas debía ser su último paraíso.

Clemente ONELLI

"LA LLAMA MAGICA". — Artistas Unidos acaba de fijar fecha de estreno de la super producción "La llama mágica", que tiene por intérpretes principales a Ronald Colman y Vilma Banky.

"La llama mágica" será presentada el 21 del corriente mes en los cines Petit Splendid, Palace Theatre y Cine París, tres salones de lujo que han adquirido el derecho de estreno.

Se trata de una producción que tiene todas las características de las grandes obras de la cinematografía mundial. "La llama trágica" contiene melodrama, comedia y sentimental amor.

El amor de una linda acróbata de trapecio y un gallardo payaso se vé, amenazado por un siniestro conde italiano que se enamora de ella. El conde tiende un lazo, atrayéndola a sus habitaciones, pero ella se da cuenta de la trama y huye; en tanto, el payaso, que ha sido confundido con el propio conde no hace nada para deshacer el error, y es proclamado jefe de una sociedad misteriosa. Blanca, la enamorada trapecista, quiere vengarse del supuesto monarca, creyendo que es el verdadero conde, y se forma un embrollo del que surge, al fin, tras momentos dramáticos, la felicidad de los protagonistas, cuyos papeles están interpretados por Vilma Banky y Ronald Colman. Ambos han excedido en su trabajo al efectuado en otras películas. Están realmente soberbios y ella, sencillamente encantadora.

"LA TERCERA DIMENSION".

— La Corporación Argentino Americana de Films, ha recibido un cable de su representante en Nueva York, confirmando la noticia publicada en la sección telegráfica de "La Nación", de haber renovado por tres años la representación de las producciones de la "TIFFANY STHAL PICTURES".

Esta marca, que ya en sus anteriores producciones se destacó como una productora de gran valor, ha experimentado este año, grandes transformaciones internas, tanto en el orden técnico como en el administrativo, que la colocan en un relevante puesto de primera fila.

Mediante diversas negociaciones ha incorporado a su dirección al señor Sthal, prestigioso ex-director artístico de la Metro Goldwyn Mayer y profesional que goza en los EE. UU. de un altísimo concepto, lo que constituye una promesa de seguros adelantos en las producciones que la mencionada marca lance al mercado.

Otros de los aspectos que hacen muy interesante la reorganización Tiffany es, sin duda alguna, su ad-

quisición del invento mediante el cual sus films serán impresos con un novísimo procedimiento que se denomina la "Tercera Dimensión".

Como es sabido, la fotografía cinematográfica actual, aunque casi perfecta en su técnica, sólo puede presentar las imágenes en su alto y en su ancho, pero como quien dice, pegadas, sin profundidad. El nuevo procedimiento, llamado a revolucionar el arte mudo, dá a la fotografía el fondo profundo que necesita para que los objetos y las personas se destaquen; es decir le da relieve.

Es fácil imaginar el adelanto que significa la aplicación práctica de este sistema, teniendo en cuenta

"RENDICION". — Hace unos meses Leopoldo, Archiduque Austriaco, sobrino del difunto Emperador de Austria, Francisco José, fué huésped del Señor Carlos Laemmle, presidente de la Universal, en la espléndida villa que éste Señor ha adquirido hace un año en los Angeles.

El Señor Laemmle invitó al Archiduque Leopoldo a visitar los estudios en los que se estaba filmando en esos momentos la película "RENDICION", según la famosa novela europea "Iea Lyon" de Alejandro Brody. Esta novela está basada sobre la lucha entre los judíos y los cristianos y el visitante se ofreció para dirigir personal-

Notas cinematográficas

ANECDOTA

Un árabe, extraviado en el desierto, llevaba ya dos días sin comer e iba a morir de hambre, cuando cerca de un pozo en que las caravanas abrevan los camellos, encontró un saquito de cuero que pensó podría contener dátiles o avellanas.

Con esta dulce esperanza se apresuró a abrirlo, pero exclamó dolorosamente:

— ¡No son más que perlas y zequies de oro!...

que con él nos será posible admirar en la tela de proyección las escenas tal cual lo son en la realidad, perfectamente contorneadas las cosas y las personas y con la perspectiva del paisaje en toda su amplitud, cual si el espectador, las observara a través de un estereoscopo.

Lo más curioso de este procedimiento es que su proyección no requiere aditamentos de ninguna clase. Se proyectan las películas tomadas con el sistema de la "Tercera Dimensión" en los mismos aparatos que en los comunes y el espectador no tiene que aplicarse a sus ojos anteojos ni ninguna otra clase de utensilios para verlos.

La Corporación Argentino Americana de Films que en su afán de presentar al público argentino las novedades que van produciéndose en el mercado cinematográfico, trajo la temporada pasada el maravilloso invento del Dr. De Ferest, el "PHONOFILM" hará en la temporada que se iniciará en breve la presentación del nuevo invento producido por la Tiffany Sthal Pictures, que no dudamos causará verdadero asombro.

mente algunas escenas relacionadas con la entrada de las fuerzas austriacas a la guerra europea. Esta película en la que todos los detalles están cuidadosamente observados, está interpretada por MARY PHILBIN, EVAN MOSJOUKINE y NIGEL DE BRULIER y bajo la dirección del inteligente EDWARD SLOMAN.

"LA CABAÑA DEL TIO TOM".

— En esta película extraordinaria cuyo estreno está preparando la UNIVERSAL reaparece la actriz Margarita Fischer que hace algunos años gozó de mucho prestigio por sus interpretaciones de ingenia.

Desde su casamiento con HARRY POLLARD y por una promesa hecha a éste, la Fischer dejó de aparecer en películas pero cuando Harry Pollard, director de "LA CABAÑA DEL TIO TOM", estaba preparando el elenco para ésta película, pidió a su esposa que aceptara el rol de Elisa. Tras de muchas vacilaciones Margarita aceptando en esta película pone de relieve sus grandes condiciones de actriz dramática.

"ENTRE NARANJOS". — Se nos anuncia que en la segunda quincena de Marzo se estrenará en los principales Cines de la Capital la película "Entre Naranjos", producida en los estudios de Metro Goldwyn Mayer, como versión cinematográfica de la conocida novela del mismo nombre, del malogrado autor Español Vicente Blasco Ibáñez. La interpretación puede ser calificada de perfecta, y los protagonistas, Ricardo Cortéz y Greta Garbo, secundados por un conjunto selecto de los mejores artistas de la empresa realizan un trabajo admirable.

"Entre Naranjos" es sin duda de las mejores producciones cinematográficas de la presente temporada, y desde luego se le puede vaticinar un éxito extraordinario en nuestros teatros.

"LA MONJITA". — Cuando se decidió emprender la filmación de "La Monjita", cuya acción transcurre en Nápoles, tuvo que trasladarse a esa ciudad una numerosa compañía, compuesta por mecánicos, carpinteros, técnicos, electricistas, escenógrafos, fotógrafos, "cameramen", y el director con los artistas. Metro Goldwyn Mayer tuvo que fletar un vapor expresamente para ese fin.

Las bellezas naturales que abundan en "La Monjita", mostrándonos con suma nitidez la perla del Tirreno en sus más variados aspectos: suntuosos palacios del Renacimiento, vistas del Vesubio en erupción, y los pintorescos barrios populares, con sus cantores, sus mengidos y sus raras costumbres, hacen de "La Monjita" un incomparable documento, que nos ilustra sobre una de las regiones más hermosas del orbe.

En ese cuadro despiégase la acción del film, una acción intensa, muy humana, que abunda en situaciones de hondo dramatismo, y donde Lillian Gish se revela la gran actriz de siempre, Ronald Colman, en el papel de Juan Severi, el valiente oficial italiano, crea un personaje notable de virilidad y de constancia en el amor.

Entre los demás actores que figuran en "La Monjita", merecen especial mención por su excelente trabajo Charles Lane, que personifica al Príncipe de Chiaramonte, Gail Kane, que personifica con vigorosos rastros a la orgullosa Marquesa de Mola, Sig. Serena, Alfredo Bertone y otros.

"La Monjita" se estrenará en tó y según los críticos cinematográficos norteamericanos, su inter-nuestra capital próximamente, prometiéndole constituir uno de los acontecimientos artísticos más sensacionales del año.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U.T. 0428, B. Orden.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre . \$ 2.50	Trimestre . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre . \$ 5.00	Semestre . \$ 6.00	Semestre . oro 4.00
Año . \$ 9.00	Año . \$ 11.00	Año . oro 8.00
N.º suelto . \$ 0.20	N.º suelto . \$ 0.25	
N.º atrasado . \$ 0.40	N.º atrasado . \$ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo \$ 12 —	3.70
Tapas sueltas	" " " 8 —	3. —
" " " chico	" " " 6 —	2. —
" " " grande	" " " 8 —	1.50
" " " chico	" " " 6 —	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

LOTERIA DE FAMILIA

He aquí el tan conocido juego de los caballitos, puesto al alcance de todo el mundo por medio de un sencillísimo aparato. Péguense en el borde de un plato de porcelana, de la forma de los que se emplean para hacer huevos al plato, una serie de muñecos o animales, recordados en cartón, o contentaos solamente con dibujar y recortar números, colocándolos a igual distancia uno de otro. Póngase este plato, así preparado, dentro de otro mayor, como los que generalmente se emplean en las mesas, y bastará dar un pequeño impulso con la mano al más pequeño, para que comience a girar sobre sí mismo.

Si no tuviésemos a mano un plato algo profundo, llenaríamos de agua uno cualquiera, de modo que el pequeño, imitando una ruleta, pudiese girar fácilmente, anulándose el rozamiento casi por completo, por estar flotando en el líquido.

Así dispuesto el aparato, puede ser-

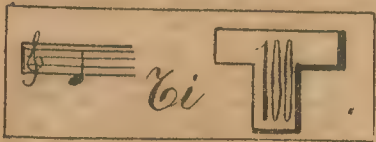


vir de entretenimiento en una reunión de familia; pues eligiendo cada jugador un número o una figura, ganará aquél que cuando se detenga el aparato tenga su número o figura enfrente del bulto colocado en una posición cualquiera, fuera del plato; pero he aquí cómo podéis hacer el juego verdaderamente científico e instructivo:

Cortad los muñecos dando al brazo de cada uno, por ejemplo una de las posiciones que va tomando hasta levantarse, de modo que al girar el plato desfilen ante vuestra vista un muñeco con el brazo caído, otro con el brazo levantado, después horizontal, y por último con el brazo vertical.

Mírese después con un ojo solamente con un agujerito practicado con una alfiler en una tarjeta, procurando fijarnos siempre en un mismo punto del círculo descrito por los muñecos al girar el plato: os parecerá ver una sola figura animada de los mismos movimientos que si fuera una persona; su brazo parecerá tomar la posición que en cada uno de los dibujos tiene en realidad.

No. 29 — COMPRIMIDO (POR J. FERNANDEZ)



No. 30 — CHARADA

La escena en todo. Con una todo, prima prima, ve como segunda segunda el niño, y abre una todo.

No. 31 — ABUNDAN

500 500
500
P

No. 32 — ¿Y TU QUE OPINAS?



No. 33 — ACERTIJO

¿Qué es lo que puede verse una vez en un minuto, dos veces en un momento, y no puede verse en cien años?

No. 34 — FRASE HECHA



No. 35 — CHARADA

—Más vale un prima segunda que dos te daré después.
—¿Primera dos dos y tres? interrogó Segismunda y le contesto:—No, tres.

No. 36 — COMBINACIÓN

Un nombre femenino, combinado con otro del mismo género, debe formar un tercer nombre propio, también de mujer.

No. 37 — ¿YA NO ES SOCIO JUAN?

H
115000500A5000
D

No. 38 — CHARADA

Si mi primera es un río, cifra romana mi dos y río también mi, tercera, ¿sabes mi todo, lector?

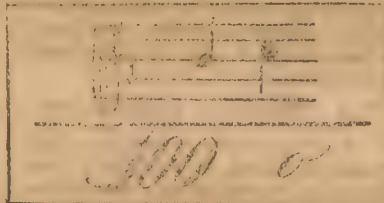
No. 39 — FRASE HECHA



No. 40 — UN CUADRO CELEBRE

PESO
S DON S

No. 41 — JEROGLIFICO



No. 42 — TELEGRAMA

Doct. Quintín Jarabe.—
Elena va mal.—
E.

Con las letras que componen este telegrama, formar el nombre y apellido de un autor dramático y una de sus obras más aplaudidas.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- No. 16 — Terminó a palos y a tiros.
- No. 17 — Lacayo.
- No. 18 — Párpados.
- No. 19 — Esponsales.
- No. 20 — Calabaza.
- No. 21 — El ama de llaves.
- No. 22 — Clámide.
- No. 23 — Cacerola.
- No. 24 — Relator.
- No. 25 — Es mantecosa.
- No. 26 — Ovíparo.
- No. 27 — Sevillano.
- No. 28 — Alzar el gallo.

PENSAMIENTOS

Los que se quejan de la fortuna, deberían quejarse de sí mismos. — Voltaire.

Muchos emplean la mitad de su vida en hacer miserable la otra mitad. — Franklin.

No hay más que una felicidad; el cumplimiento del deber. No hay más que un consuelo; el trabajo. — Carmen Sylva.

El placer que acompaña el trabajo hace olvidar la fatiga. — Horacio.

La recompensa de una buena acción está en haberla hecho. — Séneca.

Vale más ser corregido por el sabio, que ser engañado por la adulación de los tontos. — Eclesiastés.

¿Amas la vida? Pues no malgastes el tiempo porque es la tutela de la vida. — Franklin.

Todo exceso en las cosas o daña o no aprovecha. — Tennyson.

El corazón tiene sus razones que la razón no conoce. — Pascal.

"Poemas", por Jorge de Lima.

Entre los nuevos poetas del Brasil, Jorge de Lima es uno de los más personales. Sus versos son como flechas vibrantes que van a clavarse en el azul. O como una algarada juvenil que rompe sus carcajadas en la calle. O como un grito de amor en la selva, a la hora del amanecer. Es que bajo la arquitectura de sus poemas, a menudo cubista, late un corazón pagano, pronto a todas las jaculatorias de la vida. Por eso su voz resulta por momentos ardida de una presencia cósmica. Es que el poeta, desnudado de prejuicios, canta a los vientos su deseo sin saber a dónde irá a rebotar el acero de su canción.

El autor de "XIV alejandrinos", 1914; "A comedia dos erros", 1923; "Salomao e as mulheres"; 1927 y "O Mundo Impossível"; 1927, acaba de apuntalar, con "Poemas", su prestigio lírico.

"Don Luis de Góngora", por Arturo Marasso.

La editorial Sosin y Toia, acaba de publicar, en un elegante opúsculo, el estudio sobre Góngora de Arturo Marasso y que apareciera, fragmentariamente, en el número de junio de la revista "Nosotros". En estas mismas columnas hemos comentado más de una vez la obra poética y de crítica que viene realizando, para honra de las letras argentinas, este joven y ya consagrado escritor. En el estudio de don Luis de Góngora que acaba de aparecer, se muestra una nueva faz de su talento: la erudición. Conocedor experto de la literatura española, ha ido rastreando en el áureo resplandor del siglo de las luces la huella del magnífico poeta cordobés, discutido hasta en nuestros días.

Pocos ensayos hemos leído sobre el culteranismo y su creador tan profundos como éste. Y conjuntamente con las "Cuestiones Gongorinas" de Alfonso Reyes, la presente obra de Marasso dice bien claro hasta dónde puede llegar el esfuerzo creador de los eruditos de América, cuando hoy, como en el caso de los dos escritores citados, una evidencia de cultura tan manifiesta.

"La esfinge doliente", por E. P. Bergara.

De los muchos libros que me llegan del Uruguay, encuentro en éste del señor Bergara, una gran originalidad que mezclada a una dulce armonía, da cierto encanto a sus poemas.

No busquemos en los versos de este poeta la clásica forma, pues, sin entrar de lleno en la corriente moderna, a veces rompe aquellos moldes, y los sujeta a una armonía dominadora, que cautiva.

Hay un fondo triste, casi amargo en estos cantos nacidos de una gran sinceridad y cuando una obra es sincera, ya lleva en sí un dejo de arte. Bergara es poeta de alma,

PAPEL Y TINTA

que no se limita a decir cosas no sentidas, sino aquéllas, que brota de la fuente de su ser.

Tiene en su volumen versos excelentes, pero limitaré a decir que en aquéllos como "El Arroyito", "Balada de una noche de Mayo" y "Anima Solitaria", es donde más se definen las características de su espíritu amante de la belleza.

"La Esfinge Doliente", es un libro sonoro y bello que llega al alma y la emociona con su música recóndita.

Transcribimos un trozo de uno de sus más bellos poemas:

"Noche de mayo; ternura,
Luna en el alma y en todo,
pero sin literatura.
Yo sueño con un querer,

es así que, leyéndolos, parecen elaborados unos tras otros con sostenida emoción e iguales procedimientos, lo que en la forma se refieren.

El libro que nos ocupa, y cuyo título sirve de epígrafe a estas líneas, se inicia con una poética y magnífica dedicatoria a Amelia Heine, prima y amada del poeta Enrique, cuando éste estaba aún lejos de ser lo que después fué: el mimado de la sociedad aristócrata de París, de las mujeres de Hamburgo, de las señoras de Londres, y glorioso autor del "Libro de los Cantares".

Después de evocarnos admirablemente la ciudad del poeta, Düsseldorf, y del hogar de Heine en su

neana, que viene a sintetizar así, brillantemente, lo que piensa, siente y sabe el autor, respecto del inmortal alemán.

Por lo que dejamos dicho, don Alberto Gerchunoff ha hecho una obra de análisis, originalísima, y de gran transcendencia espiritual, y que, no dudamos, obtendrá el éxito que se merecen esta clase de publicaciones.

José Mauricio PEIXOTO.

"Nosotros"

Acaba de aparecer el número correspondiente al mes de Enero de esta importante publicación mensual, con un selecto y nutrido material de lectura.

Como siempre, "Nosotros" se mantiene a la altura del prestigio conquistado, merced a las brillantes firmas que engalanan sus páginas.

El número que tenemos entre manos, trae un interesante sumario. He aquí algunas de esas colaboraciones:

"Filosofía y Metáfora", por Reginaldo de Luca; "Paráfrasis de Shelley y Tomás Hood", por Jacinto Cárdenas; "El novelista se juzga a sí mismo", por Guido Da Verona; "La poesía popular y el Martín Fierro", por Juan Alfonso Carrizo; Tres poemas nuevos, por Fermín Estrella Gutiérrez; "El nuevo documento José M. Blanco", por Carlos Alberto Leumann; "El teatro de Pirandello", por Augusto César Vatteone; "Juan B. Justo", por la Dirección", etc., etc.

Artículos bibliográficos, notas y comentarios.

"La Revista".

Ha llegado a nuestra mesa de redacción, el número 10 de esta importante publicación quincenal argentina, que contiene un selecto material de lectura.

He aquí algunas de esas colaboraciones: "Un poeta español romántico: Víctor Hugo", por Vicente Blasco Ibáñez; "Las vacaciones", por Guillermo Ferrero; "Sobre el abuso en el deporte moderno", por C. H. Windmere; "¿Se puede criticar un libro sin leerlo por entero?", por Angel Ruiz y Pablo; "Más acá del centenario de Góngora", por José M. Ruiz Manent; Algunas traducciones de "El Novellino", por Roque C. Otamendi; "El último premio Nobel de Literatura", por S. B. Bollar; "Royal Circo", por Leónidas Barletta; Boletín Literario del mes de diciembre.

Para los próximos números anuncia el artículo más interesante publicado sobre Bernard Shaw y sus últimas opiniones. Es muy extenso y ha sido escrito por H. G. Wells.

Se titula "Como marcha el mundo", con los siguientes subtítulos: El hombre de ciencia y el hombre locuaz; ¿A quién de ellos pertenece el porvenir?; Algunos pensamientos acerca de Ivan Pauloff y de Jorge Bernard Shaw.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades
internas

MEJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

de 2 a 4 1/2

PARAGUAY, 1615

U. T. 7207 Juncal

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Médico oficial del Círculo de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club

RIVERA 1373

Consultas: de 3 a 5 p. m.
U. T. Chacrita 2612

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PENA 216

U. T. 33, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebilleau (París)

Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matrix, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500

Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

que pudo ser en mi vida
y que nunca pudo ser.
Noche de mayo, silente,
entre el rezo de las flores
Y la quietud de la fuente.
Sólo un sutil surtidor
roza el silencio con una
meditación de la luna
Sobre un motivo de amor.

v.

"Enrique Heine. El poeta de nuestra intimidad", por Alberto Gerchunoff. — Editorial Babel. — 1928.

He aquí un hermoso libro que ha de ser leído y gustado intensamente. En él se estudia la rica y multiforme personalidad del gran lírico germano, Enrique Heine.

Su autor, el reputado hombre de letras, Dn. Alberto Gerchunoff, ha compuesto esta obra con trabajos escritos en diversas ocasiones, pero que, en verdad, guardan absoluta unidad de pensamiento. Tan

adolescencia, le sigue la substancial y medular conferencia que dió en 1926, sobre la personalidad y la obra literaria de Enrique Heine, bajo el sugestivo título de "El poeta de nuestra intimidad". Es tan interesante este capítulo, que el lector vuelve a leerlo por segunda vez. Aparte del acopio de datos con que nos ilustra el autor, para determinar la índole de su poesía y la historia íntima del poeta, refleja y da su opinión referente a la posición ideológica del bardo y la escuela a que perteneció. A este estudio sigue una inspirada glosa sobre unos versos del poeta.

A continuación, el bello discurso pronunciado por Gerchunoff en la Sociedad Hebrea Argentina, con motivo del centenario de la publicación del "Libro de los Cantares", del citado Heine.

Finaliza el volumen con unas importantes y oportunas acotaciones puestas al margen de la obra Hei-



"EL PATO SILVESTRE"

Para inaugurar su actuación de este año en la Comedia, las compañías unidas Rivera-De Rosas y Eva Franco, escogieron este drama en 5 actos de Ibsen, una de las obras más claras y humanas del famoso poeta noruego. La interpretación puso a prueba las calidades del conjunto, sobre todo de las primeras figuras, que salieron triunfantes en el desempeño de sus difíciles papeles. Enrique De Rosas, a cargo del protagonista, realizó una notable interpretación, dando una vez más de su ductilidad y comprensión artísticas y sacando partido de las situaciones anímicas por que atraviesa el tipo en el proceso dramático. Las actrices Matilde Rivera y Eva Franco dejaron en el público una favorable impresión de su cometido, matizando sus papeles con sutil inteligencia. Realizaron también un loable trabajo los actores Diego Martínez, Carlos Belluci y José Franco, secundando con acierto a las primeras figuras.

La notable producción de Ibsen no llegó del todo al público, cuya educación artística no le permite valorar debidamente el sentido simbólico de "El pato silvestre". Empero, el drama fué muy aplaudido, abriendo una grata perspectiva para la temporada.

LA INICIACION DE CASAUX

Contra los augurios pesimistas de los que consideraron la actual temporada de Casaux como una declinación en su carrera artística, el éxito alcanzado y la calidad de las obras, de una de ellas para ser exactos, ha venido a demostrar que se puede pasar del teatro largo al corto, es decir, del de tres actos al de uno sin que ello signifique descaecimiento ni renunciación.

Son las del debut dos piezas de distinto género. "El mundo y yo no estamos de acuerdo" de Armando Moock es una comedia de tintes dramáticos, escrita con la pulcritud, el decoro y el talento que le hemos reconocido siempre a este prestigioso autor. Se echa de ver, es cierto que en la concepción y acaso también en una forma anterior, ha sido una obra en tres actos largos, los que fueron podados para responder a las exigencias del teatro por secciones. Por eso la acción resulta un poco esquemática y precipitado el desarrollo de las escenas para llegar a un final que resulta esperado porque no se ha podido dar a la evolución de los sentimientos de los personajes el detalle indispensable para la justificación de ciertos resultados. Con todo, es la de Moock una pieza de mérito, aunque no pueda contarse, por la causa apuntada, entre las predilectas de su producción.

Para completar el cartel y dar gusto a ese público de Casaux que tanto celebra sus maquiétras, se estrenó "El cañón catalán (Panadería y facturera)" de Antonio Botta, en la que el celebrado actor asume con su acostumbrada habilidad y el gracejo de siempre el papel de un hijo de Cataluña, asediado en su modesto negocio por las huelgas de sus obreros, la voracidad de una hija, todo lo cual pone a prueba la entereza de su ánimo, que triunfa al fin con la revancha de hacer entrega al yerno del peligroso y difícil negocio.

En ambas piezas Casaux destaca su labor con las características que le son conocidas y que el público festeja y aplaude ampliamente. Es-

TEATROS

peranza Palomero, Felisa Mary, Pepita Muñoz, Carmen Jiménez, Elías Alippi, Enrique Serrano, Oreste Soriani, Domingo Garriga, Eloy Alvarez y Palomero, completan un conjunto muy capacitado para la interpretación del ameno repertorio que sin duda ha de ofrecérsenos en el Nuevo.

"EL CABO RIVERO"

La lucha entablada entre las compañías de género chico, cada vez más numerosas, debió inspirar a la dirección del conjunto de Muñio a proveerse para su debut de una pieza de esas que no fallan. En el sainete, ningún autor más acreditado y más "acertador" que don Alberto Vacarezza, cuyos éxitos son innumerables.

"El cabo Rivero" participa de las características de casi toda la producción del popular sainetero. Es pintoresco, movido, gracioso y su protagonista parece inventado para Muñio. El asunto es de poca monta y carece de novedad. En un ambiente en que se evoca epidérmicamente la tiranía de Rosas está situada la acción, y el cabo Rivero, súbdito del tirano, interviene en forma generosa en favor de los amores de una dama federal, cuyo corazón se disputan un muchacho unitario y un sargento mazorquista. Cuando aquél se convierte al federalismo, el sargento va a ejecutar su venganza. Es el momento en que Rivero interviene para darle muerte y caer también él, para no levantarse más.

Muñio dió vivo relieve al personaje, cuya actuación noble se granjea la simpatía del público. Las actrices Poli, Cornaro y Faluggi y el elemento masculino, se desempeñaron con corrección.

UN DEBUTO AFORTUNADO

No podía faltar en esta temporada un buen conjunto que explotara con fortuna la revista y ya lo tenemos ocupando el escenario del Apolo. Bajo la experta dirección de Arturo de Bassi se ha formado un elenco numeroso, varío en aptitudes y organizado a conciencia, que debe sacar partido de los temas ágiles y frívolos de ese género.

Han servido para la presentación, la pieza "Apolo Revista", de Alejandro Berrutti y Arturo de Bassi y la comedia musical de gran éxito en París, "El Conde Obligado", de André Barde y el maestro Moretti.

Ambas producciones han gustado porque la revista, dentro de lo trillado y repetido de los motivos que inspiran los cuadros, tiene indudables aciertos y muchas veces soltura y gracia. La presentación lujosa y atrayente contribuye al efecto buscado.

Por su parte la comedia musical tiene un pequeño argumento que es lo de menos, porque todo el éxito estriba en la agradable y risueña forma de realización.

Citar los nombres de Gloria Guzmán, Francisca Alcaraz, debutante que con su preciosa voz se impuso fácilmente al entusiasmo del público, Tita Merello, Amanda Falcón y Perla Grecco, basta para dar una idea de la calidad del espectáculo, completándose el cuadro con un buen número de segundas partes y bailarinas, elegantes y disciplinadas estas últimas, y los actores

Marcos Caplán, Vicente Climent, Raúl Roullien y otros más que no recordamos.

Es, en suma, el del Apolo, un espectáculo interesante y bien vestido, que cumple ampliamente su misión de dar una nota de arte, alegría y buen gusto.

DEBUTO LA OLONA

En la sala del Marconi, arrendada por la compañía que encabeza la interesante actriz española doña Concepción Olona, se llevó a efecto la inauguración de la temporada, ofreciéndose la obra de Fernández Ardavin, "La diablo". La función, a beneficio de la Casa del Teatro, atrajo mucho público, que saludó con aplauso el debut del conjunto y gustó de la obra, interpretada con justeza.

RUGGERO EN EL SMART

Con buen éxito de público, pero más numeroso que entusiasta, se presentó en el Smart la compañía Ruggero, estrenando la pieza "El mago de Nueva Pompeya" de Edmundo Bianchi y "El que nace puntigudo no puede morir cuadrado", de Folencio B. Chiarello.

No cabe duda de que el elenco que encabeza el popular actor citado está en condiciones de interesar y desenvolver con soltura una provechosa temporada, pero será necesario ajustar ciertos resortes y cuidar mucho la selección de las obras para no caer en la gracia subalterna que rebaja la calidad del espectáculo.

Las obras del debut no habrán de servir para mantener el cartel durante mucho tiempo y como consecuencia de ello se están ensayando "5 por 8, cuarenta" —Te espero en la lechería" de Carlos R. de Paoli y "El teniente Peñaloza" de Alberto Vacarezza.

"EL AVION ROJO"

Con esta película se incorporará a nuestra plaza la nueva empresa cinematográfica "Ernemann film", de los Sres. Landoni y compañía, — Tucumán 1076 — que ofrecerá producciones especiales y superproducciones. Actuará de gerente don José Nebot, prestigioso y experimentado cinematografista y persona estimada en el ambiente.

"El avión rojo" es una producción alemana filmada de acuerdo con la técnica moderna y sin reparar en gastos. Alude a las hazañas del famoso as de la aviación alemana, capitán Richthofen, muerto en la guerra en forma misteriosa y contiene un romance de amor muy interesante. Es de agregar que esta cinta no hiere los sentimientos patrióticos de nadie y está desarrollada hábilmente.

SAN MARTIN

Salvo motivos de última hora, el sábado debió presentarse en el San Martín la compañía de revistas que dirige el autor Sr. Guillermo A. Cayol, incorporándose al número de conjuntos dedicados al género batallánico. Las obras de presentación "¿Nos hacen un lugarcito?" y "Hacete amigo del juez", originales del nombrado Cayol en colaboración con Alberto Ballester, prometían por los ensayos, siendo de esperar que el público haya sancio-

nado con su aplauso la buena acogida que se aguardaba.

DIAZ-PERDIGUERO

En el Avenida fué bien acogido el debut de la compañía Díaz-Perdiguero. A "La jaula de la leona", pieza de la noche de la presentación, siguió el estreno de "Los lagarteranos", comedia sainetesca de Luis de Vargas. Renueva la fábula las pretensiones de los "nuevos ricos", presentados en esta pieza por un matrimonio de industriales que aspira a emparentarse, mediante la boda de sus hijos, con gentes de pro. Nada tiene, pues, de novedoso y la pieza asume perfiles caricaturescos a cada momento. Muy animada la interpretación, fueron aplaudidas las figuras principales del conjunto y los actores Tudela y Ferrer, especialmente.

TRABAJANDO FUERTE

Se tiene en el Cómico el decidido propósito de mantener el interés del público siempre en auge y así, antes de que se note sintoma alguno de decaimiento, se ensayan las obras que sucesivamente irán ocupando el cartel de este teatro, por el siguiente orden: "Yo soy un tipo de línea" de Goicochea y Cordone, "Las golondrinas", de Novión, "Stéfano" de Discépolo y "Los ricos tipos del pueblo", de Peralta.

LA CABALGATA DE LOS REYES

Con esta pieza de Muñoz Seca y Pérez Fernández, debutó la compañía de Sanjuán en el Mayo. Tienen los autores, famosos en el género cómico, a escribir en serio; pero si bien conocen todos los recursos escénicos para lograrlo, no lo consiguen del todo. Sanjuán realizó una creación con su tipo y le auxiliaron bien sus compañeros de escena.

PARIS

El hermoso cine de la casa Scherrer se ha incorporado desde su inauguración al número de salas aristocráticas de la capital. Un público selecto asiste a sus funciones, en las que se exhiben películas de las marcas más acreditadas.

GRAND SPLENDID

Un programa de todo punto interesante ofrecerá en la semana este grandioso salón, siempre concurrido por familias selectas de nuestra sociedad. Los espectáculos se verán, pues, muy animados.

CAPITOL

Mucho público asiste a las funciones de este prestigioso salón, cuyo cartel se caracteriza por la excelencia de las cintas que se pasan, cuidadosamente elegidas por la empresa.

GLORIA

Este acreditado cine de la avenida de Mayo brinda diariamente a sus habitués notables películas que el público acoge con simpatía. En la semana a iniciarse el programa no desmerece a las funciones anteriores.

PARC

Prepara para estos días la empresa de este salón atrayentes películas que atraerán numeroso público de Palermo, barrio en que está ubicado.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. Traje para la tarde, confeccionado en crespón de China azul ultramar, con falda adornada de volantes cortados en forma conveniente. — 2. Traje de raso ligero, estampado en los tonos madera de rosa y rosa pálido. El cuerpo y el tablero de la falda calados con raso liso de tono más sostenido. — 3. MODELO JULIETTE COURTIEN. — Traje para la tarde de raso blanco con pastillas azul, gris y rojas, adornado con un "fichú", anudado y terminado por largas solapas de Georgette rojo antiguo, forradas con crespón crudo y sostenidas en el talle por una hebilla de plata. — 4. MODELO BERNARD. — Traje sastre confeccionado en "reps" verde aceituna claro con flor de la misma tela orlada metal. Cuello y pechera de organdí blanco.



Postre delicado y "cumplimiento" feliz para las visitas



Mermelada de Ciruelas
Marca "GIRASOL"
Elaborado por BAGLEY

Garantizamos su esmerada elaboración
con fruta pura y azúcar de primera
(sin pulpas ni materias extrañas).

El *Surtido Visitas* de Bagley merece la gran aceptación que le han dispensado millares de hogares del país. A las señoras les resuelve un interesante problema diario: En cualquier momento pueden ahora disponer de un postre fino, exquisito y variado, siempre fresco y listo para complimentar a las visitas o servir como postre.

Bagley ha creado su rico *Surtido Visitas* con una selección de sus mejores galletitas de calidad, y lo presenta en un elegante y vistoso envase, digno de la mejor mesa.



GALLETITAS BAGLEY

SURTIDO VISITAS